

Deseo®

Un hombre de negocios

Annette Broadrick

Annette Broadrick

Un Hombre de Negocios

(The Man Means Business)

Dean Logan pensó que aquel viaje de negocios al Caribe sería la manera perfecta de demostrar su agradecimiento a su eficiente secretaria, Jodie Cameron. Pero lo que el atractivo millonario no había previsto era que Jodie necesitara algo más que una puesta de sol para relajarse. Lo que ella realmente quería era pasar de la sala de juntas al dormitorio. . Pero pronto tendrían que regresar a la oficina y a su antigua relación sólo laboral. ¿Podría Dean negar que lo único en lo que podía pensar era en volver a la cama con ella?

¿Cómo podría volver a trabajar para él después de aquellas apasionadas vacaciones?

Un Hombre de Negocios

Colección: Deseo N° 1446 — 5.4.06

Título original: The Man Means Business

Capítulo 1

—¡Hombres a sus puestos! ¡Alerta! ¡Alerta!

Jodie Cameron sonrió al oír la innovadora forma en que la recepcionista la avisaba de que su jefe por fin había llegado a la oficina ese nublado día invernal.

—Gracias, Betty —Jodie se apartó de la cara un mechón de pelo que se había escapado del moño y esperó.

Algo debía de haberle sucedido a Dean Logan. En los cinco años que había trabajado para él, nunca había llegado tan tarde. Siempre llegaba antes que ella.

Había consultado su calendario para ver si tenía que salir de la ciudad, pero no había nada apuntado. Había pensado que tal vez no había ido a trabajar porque estaban a viernes y se iba de vacaciones el domingo. Pero era improbable; habría llamado para decírselo.

Eran las primeras vacaciones que iba a tomarse desde que era su secretaria, y estaba deseando aprovechar para limpiar los archivos, montar subcarpetas y trabajar sin interrupciones.

Al menos, Betty la había avisado de que no estaba de buen humor. Dean era taciturno en sus mejores momentos, pero por malhumorado que estuviera esa mañana, podría soportarlo un día más.

Era un hombre de negocios astuto que había trabajado duro para levantar su empresa de seguridad electrónica. Ella no entendía por qué no parecía contento con lo que había conseguido en los últimos quince años.

Tenía más aspecto de jugador de fútbol americano que de dirigente de una empresa multimillonaria. Era una lástima que apenas sonriera. Nunca lo había oído reír. No era un hombre jovial.

Su rostro parecía tallado en granito y en algún momento de su vida le habían roto la nariz. Sus espesas cejas y agudos ojos azul plata no lo ayudarían a entrar en la lista de los solteros más sexys de América.

Pero su aspecto no detenía a las bellezas que lo rodeaban, todas con la esperanza de adquirir la distinción de convertirse en la señora de Dean Logan.

Por lo que Jodie había visto, ni las animaba ni desanimaba.

Rachel Hunt era su última conquista. Llevaba saliendo con ella casi tres meses, lo que para él era casi un récord.

Jodie sabía cuándo empezaba a ver a una mujer nueva porque era quien se encargaba de enviarle flores, comprar regalos, reservar entradas para diferentes eventos y, a veces, de escuchar sus comentarios sobre las mujeres que entraban y salían de su vida.

Dean sabía que la mayoría de las mujeres estaban más interesadas en su dinero y en sus conexiones que en él. Escuchaba con cinismo declaraciones de amor eterno y súplicas de un compromiso que él se negaba a asumir.

A eso se debía el alto número de mujeres que entraban y salían en su vida.

Jodie, a veces veía la soledad en sus ojos. Mucho antes de que ella se incorporase a la empresa, Dean debía de haber decidido impedir que se acercaran demasiado a él. A ella le parecía triste, aunque nunca permitiría que él supiera que le tenía lástima. Se limitaba a escucharlo cuando necesitaba hablar y callaba sus opiniones.

Su hermana no lo creería si lo oyera; Jodie tenía fama de expresarse sobre cualquier tema en todo momento. Sonrió al pensarlo.

Dean se movía de forma muy silenciosa y se había acostumbrado a que apareciese en su puerta de repente. Como hizo justo en ese momento.

—Buenos dí. .

—No, definitivamente, no lo son —Dean se detuvo ante su escritorio, sacó un sobre del bolsillo del abrigo y se lo entregó—. Ya no me harán falta —puso rumbo hacia su despacho—. ¿Te importaría traerme un café, por favor? Tengo un dolor de cabeza endemoniado.

—Ahora mismo —contestó ella, distraída. Miró dentro del sobre. Eran los pasajes de avión, destino Hawai, que había reservado para Dean y Rachel. Se preguntó si Rachel había cambiado de opinión.

Se puso en pie, fue hacia la cafetera, llenó una taza y fue al despacho de Dean. Él estaba con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Dejó la taza sobre su escritorio y se sentó en su silla habitual.

—¿Qué ha ocurrido, Dean?

Él no contestó. Siguió mirando la nieve que el viento hacía chocar contra el cristal.

Ella esperó. Tras varios minutos de silencio, él se sentó tras su escritorio.

—¿Tienes aspirinas? —preguntó Dean.

—Desde luego —ella se acercó a un pequeño bar que había tras una puerta corredera y sirvió un vaso de agua antes de agarrar el frasco de aspirinas y ponerlo ante él.

Sin duda, Dean estaba de un humor terrible. Su ceño era aún más intimidador de lo habitual. No era raro que la gente lo temiera. Ella pensaba que él no era consciente de lo brusco que sonaba. . y eso en los días buenos.

Cuando Jodie llegó a la empresa, sabía que era la quinta de una serie de mujeres que habían dejado el empleo a las pocas semanas. Había estado advertida. Pero Jodie era muy dura. Creciendo con tres hermanos varones, su hermana y ella habían aprendido a defenderse de los chicos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Dean con expresión desconcertada, varios minutos de silencio después.

—Trabajo aquí —contestó ella con expresión seria.

—Perdona —Dean cerró los ojos—. No estoy del mejor humor.

Eso era indudable. ¡Y había pedido disculpas! Ella se dijo que debería marcar el día en su calendario.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para mí?

—Cinco años.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Si soy tan desagradable, ¿por qué me aguantas?

—¿Quién ha dicho que seas desagradable? Yo te considero muy agradable, siempre y cuando consigas lo que quieras —contestó ella con levedad.

—Rachel dice que todo el mundo en esta oficina se siente intimidado por mí. Pero no es tu caso.

—No sabía que eso formara parte de mi descripción de trabajo. ¿Es eso lo que te preocupa esta mañana?

—No.

—¿Te importa lo que piense la gente de la oficina sobre ti?

—No. Bueno, excepto tú. ¿Qué opinas tú de mí?

Ella se recostó en la silla y consideró su respuesta.

—Creo que eres un hombre brillante que se impacienta con la gente, un hombre que, sin ayuda de nadie, ha creado una empresa de éxito ignorando las advertencias pesimistas y siguiendo su propia visión —contestó por fin, mirándolo a los ojos.

—Humm —tomó la aspirina y se bebió el agua. Después levantó la taza de café y tomó un sorbo.

Siguieron sentados en silencio unos minutos más.

—Rachel rompió conmigo anoche —confesó Dean.

Ella no pudo ocultar su sorpresa. Debía de ser la primera vez que le ocurría eso a Dean. Él solía ser quien rompía las relaciones, cuando las mujeres empezaban a pedirle más de lo que estaba dispuesto a ofrecer.

—¿Fue porque querías que fuera a Hawai contigo? —preguntó ella con obvia incredulidad.

—La verdad es que no me dio la oportunidad de sorprenderla con los pasajes antes de decirme que no quería volver a verme nunca.

—Ah —la admisión asombró a Jodie—. No sabía que habías planeado el viaje como una sorpresa.

—Pues lo hice. Pero al final, el sorprendido fui yo.

—¿Qué ocurrió?

—Olvidé que teníamos entradas para la ópera anoche. Trabajé hasta tarde para limpiar el escritorio y había olvidado apuntar lo de la ópera en el calendario.

—¡Uy, vaya!

—Cuando escuché los mensajes de mi móvil, de camino a casa, ya iba una hora tarde a recogerla.

—Oh-oh.

—Cuando llegué a su casa estaba furiosa. Le dije que aún podíamos llegar antes del descanso; tampoco era como si no conociésemos el argumento. Sin embargo, a ella ya no le importaba la ópera —se frotó el rostro con la mano—. Me dio una bolsa con las cosas que había ido dejando en su piso desde que salimos juntos y me dijo que me fuera.

—Es obvio que Rachel estaba molesta en ese momento —dijo Jodie—. ¿Por qué no la llamas hoy y le cuentas lo del viaje que has organizado? Estoy segura de que volverá a adorarte cuando

descubra tu sorpresa.

El negó con la cabeza antes de que ella acabara.

—No voy a hacer eso. Dijo que no quería saber más de mí, ¿para qué voy a molestarme? —su boca se curvó levemente—. Admito que mi ego se sintió dolido y me marché a casa enfadado. Pero dejó claro que habíamos acabado y puedo aceptarlo —

señaló con la cabeza el sobre que ella había puesto sobre el escritorio—. Así que no necesitaré esos billetes.

Jodie se había prometido no ofrecerle su opinión a no ser que se la pidiera; y cuando lo hacía era siempre sobre temas de negocios. Batalló con su conciencia un momento, pero decidió hablar.

—No estoy de acuerdo —dijo con valentía, preparándose para su reacción—. Creo que necesitas pasar tiempo fuera de aquí, con o sin Rachel. Te encanta Hawai y hace tres años que compraste el piso allí. Deberías pasar unos días en la playa, olvidarte del trabajo, dormir y descansar. Una vez estés allí, sé que disfrutaras.

Él se recostó en la silla y la miró. Jodie esperaba que le dijese que se ocupara de sus propios asuntos, y la sorprendió que, en cambio, hiciera una pregunta.

—¿Consideras que estoy casado con mi trabajo?

Ella lo miró con incertidumbre. Ese hombre nunca se había cuestionado a sí mismo delante de ella. Se preguntó hasta qué punto podía ser franca con él.

—Tal vez —dijo con cautela.

—Vaya, gracias —él bajó las cejas y la miró.

—Míralo de esta manera —siguió ella, más decidida—. Tuviste que trabajar muchas horas cuando creaste la empresa y te acostumbraste a pasar aquí la mayor parte del tiempo. Ahora has contratado a gente en la que puedes delegar el trabajo del día a día.

Quizá haya llegado la hora de que descubras otras cosas que podrían interesarte en la vida, aparte del trabajo.

—Supongo —se rascó la barbilla y movió la cabeza—. No puedo dejar de pensar en lo enfadada que estaba Rachel cuando llegué. ¿Qué hice que estuviera tan mal? Podría haber llamado a un taxi, cuando no me localizó, y ver la ópera entera.

—¿La llamaste después de escuchar sus mensajes?

—¿Para qué? Ya iba de camino a recogerla.

—Supongo que su irritación la provocó el cúmulo de veces en

las que has llegado tarde, has olvidado llamar o te has ido de viaje sin avisarla —tosió para disimular su diversión—. A algunas mujeres les disgusta ese tipo de comportamiento.

—Tú no.

—Me pagas bien para que no lo note. Además, soy tu secretaria, no tu novia.

—Eso sólo va a durar unos pocos meses —la estudió en silencio un momento—. En junio pasarás al departamento de Frank — siguió, con voz de disgusto.

—Todo gracias a ti —sonrió ella.

—Me pillaste en un extraño momento de gratitud por tu duro trabajo. Acabas tus estudios de empresariales esta primavera, ¿verdad?

—Eso es. No habría podido asistir a las clases nocturnas si no hubieras pagado mi matrícula.

—No la pagué yo —gruñó él—. Lo hizo la empresa. Fue estrictamente una decisión de negocios. Con lo bien que conoces la compañía y lo rápido que aprendes, sería estúpido impedirte desarrollar todo tu potencial.

Se frotó la frente, como si siguiera doliéndole la cabeza.

—Por desgracia, eso significa que pasaré por un infierno hasta encontrar a alguien que trabaje para mí.

—No. Yo haré la selección. Si encuentro a alguien, hombre o mujer, capaz de trabajar para ti sin echar a correr la primera vez que levantes la voz, concertaré una entrevista contigo.

—Supongo que podría funcionar —dijo él con desgana.

Ella sabía que ascenderla había supuesto un gran sacrificio para él. Bajo ese aspecto duro y huraño, se ocultaba un hombre justo. Por supuesto, era un inepto en todo lo referente a las mujeres; pero ¿qué hombre no lo era?

—¿Sales mucho? —preguntó él, sorprendiéndola de nuevo. Nunca había demostrado interés por su vida.

—De vez en cuando. Ir a clase tres noches a la semana y estudiar ocupa casi todo mi tiempo libre.

—Planeé el viaje para apaciguar a Rachel, aunque llegara tarde. Sin embargo, en Honolulu hay un hombre, Steve Furukawa, que tiene varios negocios en las islas y me gustaría ofrecerle nuestros servicios —la estudió un momento—. Si está interesado, necesitaría

tu ayuda para hacerle una presentación. Creo que deberíamos ir los dos.

Dedicaremos un par de días a los negocios y el resto serán de vacaciones.

—¿Yo? —se le cascó la voz—. ¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué no?

Ella lo miró con incredulidad. Era obvio que no lo entendía.

—Estoy a mitad de curso. Además, no se vería bien que fuéramos juntos a Hawai.

—Será un viaje de trabajo.

—Nunca me has necesitado en uno antes.

—Jodie, eres una secretaria muy competente y sensata. Y no creo que perder una semana de clases vaya a hacer que suspendas.

—Bueno, no, pero. .

—Entonces no veo el problema —removió unos papeles en el escritorio—. ¿Puedes pedir a contabilidad que te den las últimas cifras del expediente Malone? Me gustaría verlas antes del almuerzo, si es posible.

Capítulo 2

—¿Qué le dijiste? —preguntó Lynette, la hermana de Jodie esa noche, después de cenar.

Jodie estaba invitada a cenar en casa de Chuck y Lynette todos los viernes, pero nunca había tenido noticias tan impresionantes como esa noche.

Chuck había llamado para decir que llegaría tarde y que no lo esperaran para cenar.

Jodie ayudó a preparar la cena y esperó hasta que sus sobrinos, Kent y Kyle, de seis y siete años, estuvieran en la cama antes de mencionar el plan de Dean.

Después se reunió con Lynette en el sala, donde estaba dando el pecho a Emily, de ocho semanas, y dejó caer el bombazo.

—Creo que mascullé algo, pero no recuerdo qué. Me daba vueltas la cabeza.

—Vas a ir, por supuesto.

—Casi me ordenó que fuera —gimió Jodie, riendo.

—¿Cuándo se supone que te vas?

—Los billetes son para el domingo por la mañana.

—Así que su última amada por fin se ha hartado de tu problemático jefe, ¿no? Ha durado más que las otras.

—Creo que lo ha afectado que fuera ella quien rompiese. Suele tener ese privilegio él mismo. Por lo menos ahora sabe lo que se siente al ser rechazado.

—Me cuesta creer que rechazase un viaje a Hawai. Yo habría ido y roto con él después —dijo.

—Ella no lo sabía. El viaje era una sorpresa.

—¿Es que ese hombre no sabe nada de mujeres? —Lynette movió la cabeza con incredulidad—. La expectación del viaje es casi tan importante como hacerlo.

—Hablamos de Dean Logan. Por supuesto que no sabe nada de mujeres. Para ser un hombre de negocios tan brillante, es increíblemente obtuso en cuanto al sexo opuesto.

—Bueno, ¿qué más da, si con eso has conseguido unas vacaciones gratuitas?

—Me perderé tres clases.

—¿Y? Has sacado notas fantásticas hasta ahora, las recuperarás sin problemas.

Se abrió la puerta que comunicaba el garaje y la cocina. Chuck estaba en casa.

—Buenas tardes —dijo, entrando en la habitación. Era policía detective y le sentaban muy bien la chaqueta deportiva y los pantalones que llevaba—. ¿Cómo están mis tres chicas favoritas? —se inclinó hacia Lynette y le dio un largo beso. Jodie lo contempló con envidia.

Cuando se irguió, besó la cabecita de Emily, pero la niña lo ignoró. La cena era más importante.

—Tienes la cena en la nevera. Sólo tienes que meterla en el microondas.

—¿Cómo te van las cosas, Jodie? —preguntó él, vendo hacia la cocina.

—Su jefe la ha invitado a pasar una semana con él en Hawai —dijo Lynette, antes de que Jodie tuviera tiempo de hablar.

—¿En serio? —Chuck se detuvo y giró en redondo—. ¿Logan te ha pedido que te vayas con él? Vaya. Te lo tenías muy calladito. No sabía que estabais juntos.

—¡No lo estamos! Créeme, no hay nada romántico entre nosotros. La mujer con la que salía ha roto con él. Tenía los billetes de avión; yo le sugerí que se fuera de vacaciones de todas formas y decidió reunirse con un posible cliente mientras estaba allí. Dijo que necesitaba mi ayuda, así que serán unas vacaciones de trabajo.

—Y tú lo creíste —sonrió Chuck.

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Jodie, cariño. Pon los pies en la tierra, ¿vale? —Chuck, olvidando la cena, se sentó junto a Lynette—. Un hombre no invita a su guapa secretaria a ir a una isla tropical sin un motivo estrictamente masculino. Hará lo que pueda para llevarte a la cama. Cuenta con ello.

—¡Chuck! —dijo Lynette, con voz suave pero enfática—. No todos los hombres piensan en el sexo como tú.

—Ah, sí, claro que sí —le ofreció una sonrisa íntima—. Algunos lo ocultan mejor que otros.

—Es posible que tengas razón, Chuck, pero Dean es una excepción —apuntó Jodie—.

Llevo muchos años trabajando para él y sé que no se fija en mí como mujer. Para él soy una máquina eficiente, nada más.

—Como tú digas. ¿Cuándo te vas?

—El domingo por la mañana.

—¿Has estado alguna vez en Hawai?

—No.

—Entonces, ve y disfruta. Supongo que él pagará tu alojamiento, ¿no?

—Compró un apartamento allí hace unos años, como parte de un trato de negocios.

Tiene tres dormitorios y tres baños. Creo que la empresa que se lo vendió lo utilizaba para que sus ejecutivos «se relajaran».

—Así que te tendrá justo donde quiere para seducirte con tranquilidad —comentó Chuck, tocándose las puntas de un bigote imaginario, sonriente.

—No te falta imaginación, eso está claro —dijo Jodie, riendo—. Si lo conocieras, te darías cuenta de hasta qué punto de equivocas.

—¿Por qué? ¿Es algún tipo de monstruo?

—Digamos que es difícil acostumbrarse a él. Cuando acabe con su negocio, seguramente olvidará que estoy allí.

—Eso es llevar lo platónico demasiado lejos, hermana —dijo Lynette—. Tiene que haber un término medio entre lo que imaginas tú y lo que sugiere mi marido.

—Entonces, ¿creéis que debería ir?

—Sí —contestaron ambos al unísono.

—Pero ¿y los cotilleos en la oficina? —protestó Jodie—. ¿No se hará todo el mundo una idea equivocada?

—Así tendrán algo de qué hablar —contestó Chuck—. Seguramente subirá la moral a todos. Apuesto a que hacen apuestas sobre cuándo anunciaréis el compromiso.

—En fin, si voy a ir, tendré que ir a comprar ropa de playa mañana.

—Buena idea. Compra cosas coloridas y tropicales —sugirió su hermana—. Dices que nunca tienes tiempo de cortarte el pelo. ¿Por qué no lo haces mañana?

—Sí, lo haré —asintió Jodie.

—Y compra filtro solar. Ya sabes que nos quemamos mucho, gracias a nuestros antepasados escandinavos.

—Espero volver con algo de color —dijo Jodie.

Lynette se colocó a Emily en el hombro y le frotó la espalda hasta que soltó un sonoro eructo.

—Tengo que ir a acostarla —dijo Lynette—. Volveré enseguida.

—Tengo que irme, chicos. Ha sido una semana muy larga —Jodie se puso en pie—.

Parece que mañana tendré que pasarme todo el día de compras.

—Pobrecita —la consoló Lynette con una sonrisa—. Es tu pasatiempo favorito y los dos lo sabemos.

—Cierto. Y comprar ropa de verano en pleno invierno es justo lo que necesito para entusiasmarme.

Esa noche, antes de acostarse, Jodie pensó en los comentarios de Lynette y Chuck.

—¿Vas a ser valiente y considerar esto una oportunidad única para ver Hawai con todos los gastos pagados? —se preguntó, mirándose al espejo con ojos brillantes—.

Habrá que equilibrar la balanza: Hawai con todos sus placeres por un lado, y una semana con un hombre que es adicto al trabajo por el otro. Conociendo a Dean, pasaremos todo el tiempo trabajando.

Pero encontraría algún momento para disfrutar del sol y la arena. Con una sonrisa en los labios, se acostó.

Capítulo 3

Dean, afeitándose ante el espejo el domingo por la mañana, se preguntaba qué hacía y si había perdido la cabeza.

No sabía qué lo había llevado a invitar a su secretaria a ir a Hawai con él. Era una buena secretaria. De hecho, era una gran persona, pero no necesitaba pasar una semana con ella para darse cuenta de eso.

Desde luego, si se reunía con Furukawa, ella lo ayudaría a hacer la presentación y a redactar el contrato. Era muy concienzuda y realizaba su trabajo sin quejarse.

Pero ¿llevarla a Hawai con él?

Quizá su crisis de los cuarenta se había adelantado. Era la única razón para haberla invitado. No sabía nada de ella fuera de la oficina, aparte de que era soltera. Se preguntó si tenía familia en la ciudad y si la prevendrían para que no fuera con él.

Podría meterse en problemas por acoso.

Aunque eso sería excesivo. Ella había tenido la oportunidad de negarse. Cuando la había llamado a casa la noche anterior, había sonado contenta. No se podía decir que la hubiera coaccionado, al menos no mucho.

Terminó de vestirse y fue a por la bolsa que había preparado. Había tenido problemas para decidir qué llevar además de su ropa de ejecutivo. La única vez que había estado allí antes, lo lógico había sido llevar trajes, pero no había estado de vacaciones; había pasado tres días de reunión en reunión.

Esa mañana había optado por incluir unas cuantas camisas y unos pantalones caqui, y también unas zapatillas de tenis, lo cual era ridículo porque hacía años que no jugaba.

Tal vez si estuviera demasiado centrado en los negocios. Trabajar duro se había convertido en un hábito y no estaba seguro de poder acabar con él.

O de si quería hacerlo.

Había dejado que los comentarios de Rachel lo afectaran y eso era una tontería. No tenía por qué importarle lo que ella pensara de él; sólo lo había sorprendido.

Jodie y él se llevarían bien los días que pasaran juntos, estaba

bastante seguro de eso. Consideraría el viaje como un plus para Jodie por sus años de servicio. Sonrió al pensarlo, contento de haber encontrado la categoría correcta para encasillar el viaje.

Jodie casi había llegado a la puerta del aeropuerto cuando Dean la reconoció. Parecía distinta, pero no sabía por qué. De pronto comprendió que llevaba el pelo suelto. Nunca la había visto así. En ese momento flotaba alrededor de sus hombros con el viento.

Miró su reloj y frunció el ceño.

En cuanto Jodie salió del taxi, vio a Dean esperándola al otro lado de la puerta que llevaba a los mostradores de facturación. Cruzó la acera rápidamente para reunirse con él.

El viento era gélido y Hawai parecía más atractivo por segundos. Al menos conseguiría alejarse del clima invernal de Chicago unos días. Estaba deseando tomar un poco el sol.

—Llegas tarde —espetó él, abriendo la puerta y quitándole la maleta—. Los controles de seguridad son exhaustivos y no quiero perder el vuelo.

En realidad, Jodie llegaba cuarenta y cinco minutos antes de la hora recomendada por la compañía aérea, pero no quería empezar el viaje refutando sus palabras.

—Pero ya estoy aquí, buenos días. ¿Has facturado tu equipaje?

—Sí —miró la maleta—. ¿Esto es todo lo que traes?

—Sólo estaremos fuera una semana —contestó ella, mirando la maleta y luego a él.

—Creía que las mujeres llevaban tres o cuatro maletas, fueran donde fueran —

farfulló él.

—Yo no.

—Bueno —dijo él, incómodo—. Eso está bien.

Ella se aproximó a la cola de facturación y él la siguió.

—Será mejor que me quede contigo. No tendría sentido perderte entre toda esta gente.

Jodie comprendió que estaba nervioso. Le resultaba difícil de creer, teniendo en cuenta lo mucho que viajaba. Se preguntó si sería porque ella iba con él.

Al principio no se había dado cuenta, seguramente porque la había molestado su acusación de que podría hacerles perder el vuelo. Pero era imposible que ella no lo viera entre la gente. Era tan

alto que sobresaldría en cualquier grupo.

Con circunspección, estudió la ropa que había elegido Dean para viajar. Le agradó verlo con pantalones negros, un suéter negro de cuello vuelto y una chaqueta de cuero que se ajustaba a su cintura.

El viento le había revuelto el pelo oscuro y la chaqueta le daba un aspecto peligroso y muy masculino. Tenía aspecto de aventurero.

Si sonriera de vez en cuando, incluso podría resultar atractivo.

Llegaron a la sala de embarque con tiempo de sobra, pero Jodie decidió no comentarlo. Dean compró un periódico y un par de revistas. Jodie compró la última novela de uno de sus autores favoritos y una revista de crucigramas, por si se cansaba de leer.

Observó a Dean pasear de arriba abajo y se preguntó si era incapaz de quedarse. Ella se quitó el abrigo, lo colocó sobre su regazo y empezó a leer.

Cuando llegó la hora de embarcar, entraron los primeros, porque iban en primera clase. Dean le indicó que se sentara en el asiento de ventanilla. Una azafata fue a preguntarles si querían beber algo y les entregó la carta del desayuno.

Después de pedir, Jodie se acomodó en el lujoso y mullido asiento y miró a su alrededor. Sólo había estado en primera cuando iba de paso a la sección de turistas. Sin duda, era una buena forma de viajar.

—¿Te pone nerviosa volar? —preguntó él, tras varios minutos de silencio.

—Un poco, puede. ¿Por qué?

—Tienes los dedos clavados en los brazos del asiento, y el avión aún no se ha movido.

Ella levantó las manos y las puso sobre su regazo. Un momento después, sacó del bolso el libro que había estado leyendo pero tuvo que dejarlo porque no podía concentrarse. Pensó en hacer un crucigrama.

Tras otro prolongado silencio, preguntándose si alguna vez saldrían de la terminal, Jodie optó por hablar.

—¿Cuánto dura el vuelo? He olvidado lo que decía en la reserva.

—Unas trece horas, dependiendo de los vientos. Cambiaremos de avión en Los Angeles.

—Ah.

—Llegaremos a Maui a media tarde, hora local.

Tras eso, Jodie decidió que había agotado su capacidad de charla. Empezó a hojear la revista del avión.

Después de lo que parecieron horas, el avión por fin se dirigió hacia la pista de despegue. El capitán pidió disculpas por el retraso y comentó que había nueve aviones en espera. Justo lo que Jodie necesitaba.

—¿Jodie? —dijo Dean tras carraspear. Ella estaba mirando por la ventanilla.

—¿Sí?

—Me da un poco de vergüenza decir esto cuando llevas tantos años en la empresa, pero lo único que sé de ti, aparte de que tu ética profesional es excelente, es que quieres licenciarte, y me parece admirable. ¿Por qué no utilizamos este tiempo para conocernos mejor?

—Lo siento, pero no me apetece hablar ahora. Necesitaré toda mi concentración para comprobar que las alas están en su sitio cuando despeguemos —dijo ella. Todo el mundo sabía que el despegue y el aterrizaje eran lo más peligroso de un vuelo.

A no ser que chocaran con una montaña; y ellos tenían que sobrevolar las Montañas Rocosas. También podían caer al agua. . al océano Pacífico, por ejemplo.

—¿Jodie? —al oírlo, apartó la cabeza de la ventanilla y lo miró interrogativamente.

—Estamos perfectamente seguros, lo sabes, ¿no?

—Claro que sí —corroboró ella—. Siempre que sigamos aquí, en la pista —volvió a mirar las alas del avión por la ventanilla.

Dean emitió un ruido estrangulado, como si estuviera ahogándose o tosiendo. Lo miró preocupada. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido. De repente, sus hombros temblaron y, como un volcán en erupción, empezó a reírse.

Risa. Ella apenas lo había visto sonreír y mucho menos reír; lo miró asombrada.

Parecía muy distinto, más joven de sus treinta y ocho años. Nunca se le habría ocurrido imaginarlo.

El intentó contenerse, pero al mirarla y ver su expresión de asombro, movió la cabeza y siguió riendo a carcajadas, hasta que ella sonrió.

Sacó un pañuelo y se secó los ojos, se sonó la nariz y consiguió,

por fin, dejar de reír.

Pero sonreía y ella no se recuperaba de su asombro. Milagro de milagros, Dean sonreía y su rostro no se había partido en mil pedazos.

—¿Podrías compartir la broma? —preguntó. Le gustaba el cambio en ese hombre al que creía conocer tan bien.

—Lo siento —tocó su brazo y luego bajó la mano y entrelazó los dedos con los suyos

—. No debería haberme reído de tu nerviosismo. Todo irá bien, te lo prometo.

—Que Dios te oiga —masculló ella.

El soltó otra risita. Por lo visto le hacía mucha gracia su miedo a volar. Tal vez mereciera la pena, sólo por ver que tenía su lado humano. Y muy masculino. Se le habían formado hoyuelos en las mejillas. De hecho, ese hombre se parecía muy poco a su jefe de rostro pétreo. Tenía el mismo cabello y ojos y la misma dura mandíbula; sin embargo, con los ojos azules chispeantes y mostrando los dientes blancos, estaba guapo. Estaba perdiendo la cabeza. Si al mirar a Dean Logan veía a un hombre atractivo, había perdido el norte. El miedo distorsionaba la percepción, no cabía duda.

—Nací en Indiana —dijo él, con voz pausada, como si estuviera contestando a una pregunta—. Vine a Chicago para ir a la universidad y nunca me marché. ¿Y tú?

—Somos originarios de Wisconsin.

—¿Quiénes sois?

—Mi madre, mis tres hermanos, mi hermana y yo. Mis padres se casaron demasiado jóvenes; estaban enamorados y no quisieron esperar hasta acabar los estudios. Mi hermano nació enseguida y mi padre dejó la facultad para buscar un trabajo. Cuidó bien de nosotros, pero creo que trabajó demasiado durante demasiados años y murió de un infarto a los cuarenta y cinco años.

»A mi madre le costó encontrar un empleo, porque no tenía experiencia ni estudios.

Acabó de camarera. Pero mientras crecíamos mis padres nos inculcaron la importancia de una buena educación. Mis tres hermanos trabajaron mientras iban a la universidad, para poder ayudarla.

—¿Dónde vive tu familia?

—Por todas partes. Mi madre vive en Fénix. Uno de mis hermanos es abogado en Oregón, otro oficial de la Marina en Bremerton, y el tercero vive en Washington D.C.

haciendo quién sabe qué. Si alguien le pregunta, contesta «Trabajo para el gobierno» y cambia de tema. Mi hermana Lynette y yo vivimos aquí, en Chicago.

—¿Alguno tiene hijos?

—Chuck y Lynette tienen dos niños y una recién nacida. Los niños están encantados con la nenita. Mi hermana tuvo dos abortos antes de que llegara Emily.

—¿Tus hermanos están casados?

—No, ninguno. Están demasiado ocupados con el trabajo o ligando —esperó un momento. Al ver que no hacía más preguntas, siguió ella—. Ahora te toca a ti. Háblame de tu familia.

—Mi madre vive aquí en una residencia. Tenía un hermano mayor, pero hace años él y mi padre estaban en el lago Michigan, hubo una gran tormenta y no consiguieron volver.

—Eso es terrible. ¿Cuántos años tenía tu hermano?

—Doce. Yo tenía ocho y estaba acatarrado, así que mi madre no me dejó acompañarlos —desvió la mirada y se quedó en silencio un par de minutos—. Hace años que no hablaba de ellos.

Ella se preguntó qué secuelas emocionales le habrían quedado desde entonces. Sin duda lo habría irritado y enfadado no poder ir con ellos. Y los había perdido. Era posible que se sintiera culpable por haber sobrevivido. Pero lo conocía lo suficiente para saber que no debía demostrar lástima por su pérdida.

—¿Por qué no estás casada? —preguntó él sin recato.

—¿No es ésa una pregunta demasiado personal? —lo miró con sorpresa.

—Es probable. Pero si yo tengo que contarte mis cosas personales, supongo que tú también puedes hacerlo.

—Hum. No creo que sea lo mismo, a no ser que tú quieras explicarme por qué no estás casado.

—Eso es fácil. No tengo intención de casarme. Estuve comprometido una vez, pero ella encontró a alguien más rico y rompió el compromiso seis semanas antes de la boda —

encogió los hombros—. Va por el tercer matrimonio, así que me

hizo un favor. Después de eso, decidí dedicar mi tiempo y energía a mi negocio, que era más importante para mí que una relación.

—¿Sabes, Dean? Uno de estos días encontrarás a la mujer que llevas esperando toda tu vida. Y cuando ocurra, estarás perdido.

—Lo dudo mucho —estudió su rostro en silencio—. Bueno, ¿has estado casada alguna vez?

Ella negó con la cabeza, un poco exasperada con él. La persistencia era uno de sus rasgos más marcados. Lo convertía en un excelente hombre de negocios, pero era bastante incómodo convertirse en el objeto de su curiosidad. Mientras decidía cuánto quería compartir con él, la voz del capitán anunció que iban a despegar.

Jodie se apretó el cinturón de seguridad.

—Si lo aprietas más, cortarás la circulación de la sangre al resto del cuerpo —dijo él con voz seca.

Ella inspiró con fuerza, contuvo el aire unos segundos y lo soltó lentamente. Estaba actuando como una idiota. Aflojó un poco el cinturón y relajó los hombros.

—No —dijo con voz tensa—. Nunca he estado casada.

—¿Por qué no?

—Porque no he querido, obviamente.

—¿Por alguna razón en particular?

—Tengo la sensación de que me estás analizando como a un bicho en un microscopio.

—¿Por qué? Vamos a estar juntos una semana. Sólo quiero saber quién eres cuando no estás en la oficina.

—Ay, de acuerdo. Tuve una relación seria a los diecinueve años. Compartía apartamento con una compañera de trabajo. Éramos secretarias en un bufete de abogados, y allí lo conocí a él. Estudiaba Derecho y trabajaba en el bufete a tiempo parcial. Salimos juntos más de un año y hablamos de casarnos cuando él acabase la carrera. Todo era perfecto. . hasta un día que llegue a casa temprano y lo encontré en la cama con mi compañera.

—¡Buff!

—Eso mismo.

—¿Te explicó por qué?

—Según él, salió pronto de la facultad y pensó que yo estaría en casa. Mi compañera de piso le sugirió que me esperase allí. Estoy

segura de que ella lo tenía todo planeado. Él dijo que una cosa había llevado a otra y que no tenía importancia, me pidió disculpas y juró que no volvería a ocurrir.

—¿Y tú que dijiste?

—Fui muy digna. Le dije que si intentaba volver a verme, sufriría lesiones graves en una parte muy delicada de su anatomía.

Él emitió un ruido ahogado, pero no habló.

—Después de eso me dejó en paz. Mi ex compañera de piso y él se casaron unos meses después porque ella estaba embarazada. No sé más, porque empecé a trabajar para ti y cambié de barrio.

—Te lo tomaste muy mal.

—Desde luego. Descubrir que una supuesta amiga y el hombre con quien pensabas casarte te han traicionado no sienta nada bien.

—Pero eso ocurrió. . ¿cuándo? ¿hace cinco años?

—Más o menos.

—¿Y no has tenido una relación desde entonces?

—Seria no —afirmó ella a la defensiva—. No quiero volver a sufrir. Así que no dejo que nadie se acerque demasiado.

—Entonces, me siento honrado —comentó él, mirando sus dedos, que seguían entrelazados con los de ella.

—No hay cercanía. Trabajo para ti —juntó las cejas y lo miró con ira—. Que pienses que voy a intentar bajarme del avión antes de que despegue no implica que seamos íntimos —apartó la mano justo cuando el avión empezó a moverse.

—En realidad, trabajas para la empresa.

—Tú eres la empresa. Trabajo para ti —con indiferencia fingida, levantó el libro para leer, con la esperanza de que las preguntas hubieran acabado.

Capítulo 4

Jodie se alegró de bajar del avión en Los Angeles y pasear. Había terminado su libro y decidió buscar algo más para leer.

—Tenemos tiempo de comer algo si quieres —dijo Dean cuando pasaban junto a varios pequeños restaurantes.

—En realidad no tengo hambre. Nos darán de comer en el siguiente vuelo, ¿no?

—Sí.

—Entonces esperaré —miró por los ventanales y vio sol, cielo azul y palmeras. Era muy distinto a Chicago—. Nunca había estado en L.A. Supongo que esto no cuenta, porque sólo estoy viendo el aeropuerto.

—¿No te gusta viajar? —preguntó él. Hizo un gesto con la mano para que lo siguiese a una de las cafeterías.

—No he viajado mucho. He volado a Fénix varias veces para visitar a mi madre. Unas navidades toda la familia se reunió en Oregón, en casa de mi hermano. Aparte de eso, suelo estoy demasiado ocupada.

—Entonces me alegro de que hayas venido conmigo esta semana —dijo él.

—Gracias.

Pidieron café y fueron a sentarse a una mesita, junto a los ventanales.

—Espero que no te parezca mal que lo diga, pero me asombra lo distinta que estás con el pelo suelto.

—¿No te preocupa preguntarme por qué no estoy casada y sin embargo dudas antes de hacer un comentario sobre mi pelo?

—Tienes razón. ¿Es demasiado tarde para pedirte disculpas por las preguntas que te hice antes?

—Sí, ahora que ya te he contado toda la historia —estropeó la reprimenda soltando una risita al ver su expresión—. ¿Te gusta más corto?

—Ah. Te lo has cortado.

—Ayer —se pasó los dedos por el pelo—. Aún estoy acostumbrándome.

—Es. . ejem, estás muy. . —calló—. Sí, me gusta.

—Vaya, gracias —miró a su alrededor—. ¿Te parece que busquemos nuestra nueva puerta de embarque?

Él se puso en pie y se estiró. El suéter se levantó y dejó a la vista una franja de estómago plano y musculoso. Jodie se preguntó qué aspecto tendría en bañador.

De camino hacia la puerta de embarque, Jodie compró un par de revistas. Estaba algo más relajada para ese segundo vuelo. De hecho, estaba adormilada, a pesar del café. Tal vez fuera capaz de dormir cuando estuvieran en el aire.

Jodie se movió cuando el capitán anunció que el avión iniciaría el descenso al aeropuerto de Maui, y que aterrizarían en unos cuarenta minutos.

Le costó creer que había dormido tanto. Miró su regazo y vio la revista que había estado leyendo cuando se quedó dormida.

Echó un vistazo a Dean. Llevaba puestas sus gafas y parecía enfrascado en un manual técnico. Nada novelas de misterio para ese hombre.

—Veo que has encontrado algo ligero y entretenido para leer en vacaciones —

comentó.

—Cada uno se relaja a su manera —la miró por encima de las gafas—. ¿Has dormido bien?

—Sí, de maravilla —se tapó la boca y bostezó—. Podría acostumbrarme a viajar en primera. Si me disculpas, iré a refrescarme un poco antes de que se encienda la luz de abrocharse el cinturón.

Sabía que el corte de pelo le daba un aire distinto; las ondas caían alrededor de su rostro y llamaban la atención a sus ojos. La había sorprendido que Dean no sólo lo hubiera notado, sino que además hubiera comentado su aspecto.

Tenía la sensación de llevar una semana en el avión y se preguntaba si conseguiría sacarse el zumbido de los motores de la cabeza. Cuando abrió la puerta, se encontró con otro pasajero de primera. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa con interés.

Jodie se sonrojó y volvió rápidamente a su asiento. Dean la había visto llegar y estaba de pie en el pasillo para dejarla entrar a su asiento.

—Gracias —murmuró ella.

El se sentó a su lado y cerró el manual que había estado leyendo. Pasó los siguientes quince minutos haciéndole preguntas sobre su vida: sus aficiones, películas y programas de televisión favoritos. Ella contestó con brevedad, lo suficiente para contentarlo.

Después de eso, él le dejó que volviera a leer su revista.

Aún se sentía rara viajando con él, pero estaba segura de que lo superaría cuando llegaran al piso y establecieran una rutina diaria.

Cuando aterrizaron, Dean y ella recogieron metódicamente todas sus pertenencias.

Cualquiera que los viese pensaría que eran una pareja que llevaba años casada. Sin saber por qué, la idea la ponía nerviosa.

Una vez en la terminal, Jodie notó que mucha gente vestía las típicas túnicas hawaianas. Sonrió, pensando en comprarse una. Dean encontró un taxi libre y, con la ayuda del conductor, guardó si equipaje en el maletero.

—¿Qué te parece? —preguntó él, en cuanto estuvieron sentados.

—Estoy asombrada. El aire es aromático y refrescante.

—Mucho mejor que el olor a gasolina y tubos de escape.

Ella lo miró de reojo. Ya parecía más relajado de lo que lo había visto nunca. Se alegró; tenía la esperanza de que el descanso le haría bien.

El paisaje era impresionante, con enormes montañas a un lado y el océano al otro.

Siguieron la costa varios kilómetros y después el taxi redujo la velocidad y tomó una calle que llevaba a unas verjas de seguridad.

Dean dijo su nombre y las verjas se abrieron. Una vez dentro, el camino serpenteaba entre follaje tropical, verde y frondoso. Cuando llegaron al edificio, Jodie tuvo la sensación de ver un estallido de sol, ante la panorámica del mar y la arena. Suspiró de placer.

Mientras Dean sacaba las maletas y pagaba al taxista, ella contempló el edificio.

Había balcones sobresalientes, todos con vistas al mar. Olía a flores e inspiró varias veces para absorber los aromas.

—¿Lista?

—Perdona —Jodie giró la cabeza y vio a Dean esperándola junto a la puerta, con el equipaje—. Estoy deslumbrada —fue a la puerta, se la abrió y lo siguió por el amplio vestíbulo hasta los ascensores.

Pulsó un botón y las puertas se abrieron silenciosamente.

—¿A qué piso? —preguntó, cuando estuvieron dentro.

—El ático.

Cuando llegaron, Jodie descubrió que sólo había una puerta doble en la planta. Dean dejó las maletas en el suelo, metió la mano en el bolsillo, sacó una llave y abrió una de ellas. Le hizo un gesto con la cabeza.

—Después de usted, señorita Cameron.

Ella entró y se detuvo de repente, haciendo que él dejara caer las maletas.

—Oh, Dean, nunca he visto algo como esto. Parece el escenario de una película de Hollywood sobre los ricos y famosos.

—Es bastante impresionante, lo admito —dijo él, cerrando la puerta y siguiéndola—.

¿Quieres verlo todo?

El piso rodeaba el hueco del ascensor y tenía ventanas al exterior en todas direcciones. Jodie vio una cocina muy bien equipada, un comedor con una mesa de caoba para doce comensales y tres espaciosos dormitorios, cada uno con cuarto de baño y balcón.

—Elige el dormitorio que quieras —ofreció Dean.

—¿Cuál prefieres tú? —preguntó ella, abrumada por las opciones.

—Me da igual.

—Hum —se detuvo en el umbral de uno de ellos. La habitación parecía tan grande como una pista de baloncesto. La vista la atrajo a la ventana—. Este estará bien —

murmuró, abriendo la puerta del balcón.

Oía las olas chocando contra la playa, con un ritmo agradable y sedante. Cuando se dio la vuelta, Dean se había marchado, dejando su maleta en la cama.

Jodie entró al cuarto de baño, que era más grande que el salón de su piso de Chicago.

Sonrió. Podría acostumbrarse a vivir así. Era impresionante.

Sintiéndose llena de energía, a pesar del largo viaje, deshizo la maleta, se puso unos pantalones de algodón y una blusa sin mangas y volvió a la sala.

—¿Quieres algo? —preguntó Dean, que estaba sirviéndose una copa en el bar.

—Agua, gracias. No suelo beber alcohol. Había pensado en bajar a dar un paseo por la playa.

—¿No tienes hambre? Yo había pensado que podíamos ir a comer antes.

—Sí, la verdad es que sí —contestó ella tras pensarlo—. Supongo que aún habrá bastante tiempo de luz cuando acabemos de comer.

El restaurante estaba cerca del complejo. Uno de los laterales era abierto y tenía mesas y sillas dentro y fuera. Notó que apenas había gente sentada y echó un vistazo a su reloj.

—Supongo que es un poco temprano para comer.

—No importa. Están acostumbrados a tener clientes todo el día. Abren veinticuatro horas al día.

Se sentaron y Jodie, mientras leía la carta, bostezó y se tapó la boca con rapidez.

Dean la observó en silencio.

—Esta noche querrás acostarte temprano, a pesar de la siesta del avión, pero si consigues mantenerte despierta te adaptarás mejor al cambio horario.

—El ruido de las olas es muy relajante. Espero no dormirme encima de la ensalada.

—Por nuestras vacaciones de trabajo —dijo Dean, alzando su copa de agua. Jodie aceptó el brindis.

—Agradezco la invitación —bostezó de nuevo—. Teniendo en cuenta cómo me siento ahora, podría dormir toda la semana.

Cuando llegó la comida, ambos callaron. A Jodie no le gustaba hablar por hablar; no era su estilo. Además, como ya habían comentado el bonito paisaje, no se le ocurría nada que decirle.

El sol se estaba poniendo cuando terminaron de cenar. Fueron juntos hacia la playa.

Según el cielo oscurecía, iban apareciendo luces en la costa. Andar sobre la arena era difícil, pero Jodie pensó que si lo hacía todos los días, volvería a casa en plena forma.

Sonrió.

—¿Qué es lo que te parece divertido? —preguntó él, deteniéndose para vaciar la arena de los zapatos.

—Pensaba que andar por la arena es buen ejercicio. Si ahora no estoy en forma, lo estaré cuando regresemos.

—Es probable.

Sin duda, era un hombre de pocas palabras. Pero a ella no le importaba. Al día siguiente se levantaría al amanecer; pretendía disfrutar de cada minuto.

Después de que Jodie se fuera a su habitación, Dean se duchó y se tiró sobre la cama.

Pensó en Rachel y en cómo lo había airado su abrupta manera de dejarlo, por sorpresa. Había aprendido a controlar sus emociones muchos años antes y se consideraba un hombre que no se dejaba llevar por sentimientos irracionales. Pero cuando Rachel había explotado, y «desconsiderado» e «insensible» habían sido los dos apelativos más agradables que había utilizado, había sentido un enfado que no sentía hacía años.

No le había dado oportunidad de explicarse y había dejado claro que no quería saber más de él.

Eso no le importaba y se alegraba de no haberle contado sus planes. Jodie había tenido razón; necesitaba descansar unos días. Ver su entusiasmo esa tarde le había hecho verlo todo de otra manera.

Tener a Jodie allí con él podría enseñarle a disfrutar mejor de la vida.

Se dio la vuelta y ahuecó la almohada, quería dormir pero su mente seguía pensando en Jodie. Había tenido un aspecto muy distinto al habitual cuando llegó al aeropuerto con vaqueros ajustados, un suéter, botines y un anorak. Tenía las mejillas y la nariz sonrojadas por el frío y al verla se había preguntado cómo no había captado su atractivo antes.

Era más que atractiva. Era guapa. Le gustaba su aspecto y siempre había agradecido su franqueza y que no se dejara intimidar por él. Trabajaba duro y se ganaba cada centavo de su sueldo. Era inteligente y tenía buen criterio.

Iba a sentirse perdido sin ella. Al menos, seguiría en la empresa y tenía la esperanza de que le encontrase alguien tan eficiente como ella para sustituirla.

Por la mañana llamaría a Furukawa para concertar una reunión. Cuando hablaran, sabría qué posibilidades tenía de hacerse cargo de sus sistemas de seguridad.

Planificando las actividades del día siguiente, se durmió.

—Al cuerno con los planes —masculló para sí la mañana siguiente, al descubrir que Jodie no estaba en la cama. Había pedido el desayuno al restaurante y cuando llegó, llamó a su puerta. La habitación estaba vacía.

Se sentó ante la barra de la cocina, bebiendo café y comiendo la deliciosa fruta que solía acompañar a todas las comidas. Había encargado que le llevaran varios periódicos todas las mañanas, así que leía mientras comía.

Un rato después se acercó a la ventana y contempló la playa. El mar estaba tranquilo y había varias personas paseando y leyendo.

Vio a una joven salir del agua y agarrar una toalla. Tardó unos minutos en darse cuenta de que era Jodie. Tenía el cabello rubio pegado a la cabeza como un casco y su rostro resplandecía de placer al secarse. Dean no podía dejar de mirarla. No entendía por qué nunca se había fijado en su esbelta cintura y bien formado trasero. Con ese bañador rojo podría haber posado para la portada de cualquier revista.

Se pasó las manos por el pelo, alborotándolo y levantándolo. Todos sus movimientos eran sensuales.

Dean se dio cuenta de que no era el único hombre pendiente de ella. Un tipo acababa de acercarse a hablarle. Dean se dio la vuelta. No era asunto suyo lo que hiciera ni con quien hablara, y no entendía por qué lo molestaba que otro hombre se le acercara. No tenía razones para sentirse posesivo respecto a su secretaria; era libre para disfrutar de sus vacaciones como quisiera.

Volvió a mirar. El hombre le dijo algo y ella se echó a reír. Con él no se reía nunca.

Resuelto, volvió a los periódicos. Se sentía inquieto y nervioso, y era demasiado temprano para llamar a su posible cliente. Se preguntó cómo irían las cosas en la oficina, aunque el segundo de abordo podía ocuparse de cualquier cosa que surgiera. Conocía el negocio tan bien como Dean.

Se acercó a la ventana, miró el mar, las montañas y, por fin, la playa. Ella estaba sola, pero más de un hombre la miraba con interés. Dean se dijo que podría bajar también, y quizá nadar un rato. . pero no tenía bañador. También podría pasear por la playa, pero se le llenarían los zapatos de arena.

No había llevado la ropa adecuada. Como iba a trabajar,

seguramente no importaría.

Pero ¿y si no trabajaba? Movió la cabeza con frustración. No sabía qué hacía la gente en vacaciones. Un momento después levantó el teléfono y llamó a la oficina.

El sol estaba alto cuando Jodie recogió la toalla y la bolsa de playa para ir a comer algo. Iría a darse una ducha y luego buscaría un restaurante en el paseo marítimo.

Lo había pasado muy bien y había conocido a varias personas que, como ella, estaban disfrutando del calor y del bonito paisaje, encantados de huir del invierno.

Había hablado con una pareja que estaba de luna de miel, otra que celebraba su treinta aniversario de boda y a otra que tenía dos niñas pequeñas.

Dos o tres hombres habían ido a presentarse. Uno había dicho que bajaba a la playa todas las semanas y que volvería a verla por allí.

Cuando entró al piso, supo que Dean no estaba allí. No sabía bien cómo, pero su energía se notaba en el espacio que lo rodeaba. Cuando él no estaba presente, el lugar era mucho más tranquilo.

Vio un montón de periódicos junto a una silla y los restos del desayuno en la barra de la cocina. Alzó una tapa y descubrió que había pedido comida para dos. Se comió un bollo y un plátano y fue a ducharse.

Mirándose al espejo, después de la ducha, Jodie se tocó la nariz. Tenía color. Tendría que tomar precauciones para no quemarse. Se puso protección solar antes de ir al dormitorio a vestirse.

Jodie se había comprado mucha ropa nueva, diciéndose que unas vacaciones en Hawai merecían el gasto. Eligió unas sandalias, pantalones cortos y una blusa sin mangas del mismo azul que sus ojos.

Salió al vestíbulo y llamó al ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Dean estaba dentro.

—¿Baja usted? —dijo él con tono cortés. Ella se echó a reír.

—Sí, por favor —dijo, entrando al ascensor.

—He subido a ver si estabas aquí y te apetecía ir a comer algo.

—Me has leído el pensamiento. Pensaba pasear por la playa y comer en uno de los pequeños restaurantes que he visto esta mañana.

—¿Has disfrutado? —preguntó él, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Mucho. ¿Qué has hecho tú?

—Esta mañana hablé con Furukawa y dijo que me vería pasado mañana, así que supongo que estaré por aquí, libre, un par de días —la miró y volvió la cabeza—. Creo que voy a necesitar pistas sobre cómo estar de vacaciones. Espero que no te moleste ayudarme.

—Bah, estoy segura de que aprenderás muy pronto —dijo ella con una sonrisa.

Salieron al vestíbulo.

—He llamado a la oficina dos veces, con la esperanza de que hubiera alguna crisis que sólo yo podría solucionar —confesó él—. Por desgracia, todo va como la seda.

—No puede ser tan terrible, dijo ella —riéndose al oír su tono contrariado.

—He preguntado por ahí para saber qué hace la gente además de ir a la playa —se metió la mano en e¡ bolsillo de la camisa—. Hay montones de cosas que ver, si estás interesada —le ofreció unos folletos.

Salieron y caminaron hacía la orilla del mar. Mientras Jodie hojeaba los folletos con avidez.

De mutuo acuerdo, eligieron un pequeño café y se sentaron. Jodie pidió una ensalada grande y Dean un sandwich.

—Hay mucho que ver y hacer —comentó Jodie—. Estoy asombrada. Podríamos pasar un mes aquí y no verlo todo —señaló uno de los folletos—. Podríamos ir a un luau —dijo con esperanza —. ¿O tú ya has ido?

—No. No estuve aquí el tiempo suficiente para hacer turismo. Haremos lo que te apetezca.

—Hum —pensativamente, siguió pasando páginas—. Podríamos explorar las otras islas, hacer un vuelo en helicóptero para verlo todo, ira a las montañas o pasar toda la semana tirados al sol en la playa.

—Parece un buen plan —dijo él. No podía dejar de mirarla, resplandecía de entusiasmo, algo casi desconocido para él. Miró su reloj y sacó el teléfono móvil—. Haré una reserva para el luau y después me gustaría alquilar un coche e ir de compras.

—¿Quieres ir de compras? —ella alzó las cejas—. ¡Dean, eres un pozo de sorpresas!

—Me avergüenza confesar que no he traído la ropa adecuada —se miró los pies—.

Necesito unas sandalias, y quizá un par de pantalones cortos. Y ningún turista que se precie se iría de aquí sin una auténtica camisa hawaiana.

—Bien por ti —rió ella—. Paso número uno: vestirse a tono. ¿Quieres que te acompañe?

El se quedó helado. Por supuesto que quería. Comprendió que había asumido que lo haría, sin más.

—A no ser que prefieras hacer otra cosa —dijo.

—Me encanta ir de compras. No me pierdas de vista, verás a una profesional en acción.

—Gracias —dijo él, tocándole la mano.

—Puede que no te sientas tan agradecido cuando te arrastre por unas cuántas tiendas.

—Me arriesgaré.

En general, a Dean le desagradaba ir de compras, pero nunca lo había hecho con Jodie Cameron. Entraron a uno de los centros comerciales y escucharon a un grupo de músicos locales tocando el ukelele.

—Solía tocar uno de esos cuando era niña —confió ella mientras escuchaban.

—¿Eras buena?

—No diría tanto, pero aprendí tres o cuatro acordes básicos que funcionaban para la mayoría de las canciones. Lo que me faltaba de talento lo suplía con entusiasmo —arrugó la nariz y sonrió.

—Tienes que tocar para mí alguna vez —sugirió él, pensando que era una mujer adorable.

—Oh, nooo, no creo. No he tocado uno en años. No sé qué pasó con el tenía.

—Entonces lo añadiremos a nuestra lista de la compra. Un ukelele para que me des una serenata todas las noches. ¿Quién sabe? Podrías iniciar una nueva carrera.

—No tienes ni idea de lo que pides —contestó ella con aire amenazador.

Dean siguió a Jodie de una tienda a otra, asombrado por su

talento para comprar.

Sabía inmediatamente si algo le sentaría bien y no perdía el tiempo mirando el resto de las cosas. Por fin, lo envió a un probador para que se probara las prendas que había elegido para él.

Ella, entretanto, fue a la sección de regalos de la tienda y compró cosas para toda su familia y varias de sus amigas. Acababa de pagarlas cuando vio a Dean salir con unos pantalones cortos que le quedaban como un guante y una camisa de manga corta con estampado tropical.

—Vaya, estás estupendo —dijo, sin pensarlo. Al ver que él se tornaba de un interesante color rojo, se dio cuenta de lo que había dicho—. ¡Huy! Perdona. No. .

—Eh, no te disculpes. Acabas de alegrarme el día. No creo que nadie haya utilizado esa palabra conmigo antes.

—Date la vuelta —pidió ella, algo incómoda. Miró cómo le quedaba la camisa de espalda e intentó ignorar la forma en que los pantalones cortos se ajustaban a su musculoso trasero—. Servirás —graznó. Tuvo que carraspear—. ¿Y lo demás? ¿Te ha gustado?

—Sí. Voy a comprar los tres pantalones cortos y algunas camisas —se miró los pies descalzos—. Yo, bueno, me pareció que mis zapatos y calcetines negros no encajaban con el conjunto.

—Bien pensado. La sección de zapatería está justo ahí. Veamos qué numero calzas y arreglaremos eso.

Regresaron al piso por la tarde, con los brazos llenos de paquetes. Entraron y los dejaron caer al suelo.

—Creo que hemos vaciado las tiendas —comentó él, mirando el montón con asombro.

—Sigue costándome creer que hayas comprado un ukelele. Debes de ser masoquista.

—¿Cómo vas a estar en Hawai y no querer tocar algunas de sus canciones? Ahora tienes un libro de partituras para ayudarte.

—Ya, ya —contestó Jodie con voz escéptica. Miró a su alrededor —. Bueno, vamos a distribuir esto.

—¿Qué fuiste a comprar mientras me probaba zapatos? —preguntó Dean, seleccionando sus paquetes del montón.

—Un vestido para el luau de esta noche. Ya que tú has decidido ir de nativo, yo también lo haré.

Llevaron las compras a sus respectivos dormitorios.

—Voy a necesitar una siesta, si vamos a trasnochar después —dijo Jodie, antes de entrar al suyo.

—Yo estaba pensando lo mismo. Pondré el despertador para que suene dentro de un par de horas.

—Gracias.

Dentro de su habitación, Jodie dejó caer los paquetes y se apoyó en la puerta. Le estaba pasando algo muy raro. Se sentía como si acabara de abrir los ojos y no sabía por qué había creído que Dean no era atractivo. Tal vez se debiera al entorno y a estar lejos de la oficina. Parecía muy interesado en aprender a disfrutar. Se preguntó si había hecho algo así antes; sería una lástima que ésa fuera la primera vez.

Lo que la inquietaba era el afecto que había sentido por él toda la tarde, mientras buscaban ropa. Al pasar las manos por su espalda, había sentido los músculos moverse bajo los dedos y había anhelado seguir tocándolo.

Sin duda, tenía problemas. Sólo llevaban dos días fuera y ya sentía un cosquilleo con sólo mirarlo.

Por supuesto, no haría nada al respecto. Sería una estupidez. Pero nada le prohibía mirarlo, siempre y cuando evitar hacer algo ridículo, como babear.

Capítulo 5

El despertador de su reloj de pulsera despertó a Dean. Se sentó a un lado de la cama y miró por la ventana. El cielo estaba adquiriendo un color azul oscuro, según acababa el día. Miró su reloj y fue por el pasillo a llamar a la puerta de Jodie.

No hubo respuesta. Abrió la puerta y la vio profundamente dormida, con una colcha por encima.

—¿Jodie? —fue hacia la cama—. Jodie, es hora de levantarse.

—Vale —murmuró ella sin moverse.

Él cedió a la tentación: encendió la radio que había en la mesilla y subió el volumen.

Jodie dio un bote, se puso a gatas y miró a su alrededor con alarma.

—Perdona. No quería asustarte —dijo él, controlando una sonrisa.

—Ah. Debería haberte advertido. Tengo un sueño muy profundo.

—Ya lo he notado. Dejaré que te arregles, te espero en la sala.

—¿Vas a ponerte la ropa nueva?

—Desde luego —dijo él, saliendo.

—Guau —exclamó ella cuando se reunió con él—. Sí que vas de nativo.

—En Roma, haz como. . —encogió los hombros e intentó no mirarla con descaro.

Llevaba una prenda con un estampado tropical sobre fondo azul mar. Parecía envolverla, mostrando sus bellos hombros y su deliciosa figura. No quedaba rastro de su secretaria.

—¿Qué opinas? —preguntó ella, girando en redondo.

—Está bien —tragó saliva—. Te sienta muy bien.

—En realidad es un pareo. La dependienta me enseñó a ponérmelo. Es un sarong auténtico.

Se acercó hacia él y Dean supo que tenía problemas, y graves.

—También compré este collar —lo tomó del brazo—. Esto va a ser muy divertido, estoy segura.

Él asintió en silencio, preguntándose si conseguiría sobrevivir la velada sin besarla hasta quitarle el sentido.

Jodie pensó que el luau era todo lo que había soñado y más. Alimentos variados, algunos mejores que otros, y mai tais, una bebida deliciosa, mejoraban aún mejor el espectáculo. Le gustaban los bailes nativos. No entendía cómo las mujeres podían mover las caderas tan rápidamente, al ritmo de los tambores.

Miró a Dean, que parecía estar disfrutando. Volvió a mirar el escenario; las jóvenes bailarinas eran preciosas. Todos los hombres las contemplaban con avidez.

—¿Crees que podrías bailar y tocar los tambores así? —le preguntó, apoyándose contra su hombro.

—No me atrevería a intentarlo —repuso él—. ¿Lo estás pasando bien?

—Oh, sí.

—Sería mejor que no bebieras demasiados cócteles de ron. Hacen efecto con retraso.

—Oh. Saben a zumo de frutas —miró su vaso casi vacío. No sabía si era el segundo o el tercero—. ¿Qué estás bebiendo tú?

—Piña colada. ¿Quieres probarla?

—No, gracias —tomó un sorbo de su vaso—. Esto no puede tener demasiado ron, o notaría el sabor.

—No sueles beber, ¿verdad?

—En realidad no —sonrió—. Pero estoy de vacaciones, así que decidí darme un capricho.

Los tambores se detuvieron de repente. Las bailarinas llevaban guirnaldas de flores en los brazos y se las iban poniendo a los clientes. Le gustó el aspecto que tenía Dean con flores colgando de su cuello.

—¿Estás lista para volver al piso? —preguntó él.

—Desde luego.

Habían ido al local paseando por la playa, y también volverían a pie. Él la ayudó a levantarse y notó que estaba un poco mareada. Quizá Dean había tenido razón respecto a las bebidas.

Él rodeó su cintura con un brazo y ella hizo lo mismo con toda naturalidad. Dean llevaba unos pantalones cortos que ponían en relieve sus musculosas piernas. Jodie sonrió. Era una velada muy romántica y Dean estaba haciendo realidad su fantasía de un paseo a medianoche con un hombre agradable.

—Nunca había visto las estrellas tan brillantes —comentó ella

mirando al cielo.

—En las ciudades hay tantas luces artificiales que las estrellas pierden brillantez.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. El sonido de las olas añadía un ritmo sensual a la noche. Nunca había estado tan cerca de Dean; captó el aroma de su loción para después del afeitado. Su cuerpo irradiaba calidez y eso le provocaba un cosquilleo continuo.

—Va a ser difícil superar esta experiencia —dijo ella con voz soñadora. Tomaron el camino que iban hacia el edificio de pisos. Ella alzó la cabeza y lo miró. Parecía serio, y miraba al frente. Se apartó de él y tropezó.

Él agarró su brazo para que no cayera al suelo.

—Creo que tenías razón sobre las bebidas —dijo ella con cierta vergüenza—. Empiezo a sentir los efectos.

—Temo que mañana tendrás dolor de cabeza —advirtió él, mientras entraban al ascensor.

—Es probable. Pero habrá merecido la pena —contestó Jodie, cuando entraron al piso.

—Espero que opines lo mismo cuando te levantes —fueron hacia los dormitorios.

—Gracias por esta noche. Espero que no te aburrieras.

—En absoluto. Creo que no pensé en la empresa durante al menos. . treinta minutos —

sonrió él.

—No sé qué voy a hacer contigo.

—Un beso de buenas noches no estaría mal.

El comentario la pilló por sorpresa. Era lo último que esperaba oírle decir.

—Desde luego —aceptó, inclinándose hacia él. Cerró los ojos, esperando un beso en mejilla. Sin embargo, él la tomó entre sus brazos y rozó sus labios. Ella pensó que debía ser el ron lo que la llevó a fundirse con él y echarle los brazos al cuello.

Para cuando la soltó, ambos estaban sin aliento.

—He estado deseando hacer eso toda la tarde —admitió Dean con voz ronca.

—No lo sabía —murmuró Jodie, pasando un dedo por el contorno de su mandíbula.

Intentó sonreír—. Buenas noches —consiguió decir, antes de

entrar al dormitorio y cerrar la puerta.

Dean cerró los ojos y se quedó allí, de pie. Debía de estar loco de remate. Se había aprovechado de que ella estuviera allí con él, era reprobable. Sin embargo, ella no lo había abofeteado. Ya sabía como se sentía su cuerpo y conocía el sabor de su boca abriéndose como un capullo bajo sus labios. No lo olvidaría, ni tampoco el que aún les quedaban cinco días antes de volver a Chicago.

Movió la cabeza y entró al dormitorio. Se desnudó y fue a darse una ducha y un discursito. Iniciar una relación con Jodie Cameron sería el colmo de la temeridad.

Lo primero que descubrió Jodie a la mañana siguiente fue que Dean había subestimado el efecto de los mai tais. No sólo tenía dolor de cabeza; una taladradora de cemento sonaba en el interior de su cráneo.

Lo segundo fue el delicioso aroma de café recién hecho entrar en su dormitorio.

Pensar en café fue como un canto de sirenas que la hizo salir de la cama. Se puso el grueso albornoz que había en el cuarto de baño, se cepilló el pelo con cuidado porque le dolía hasta el cuero cabelludo, y fue en busca del elixir que la ayudaría a vivir.

Dean estaba en la barra de la cocina, junto a la cafetera, leyendo el periódico. Alzó la vista al oírla llegar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, en voz baja.

Ella casi gimió; incluso ese leve sonido incrementaba su dolor de cabeza.

—Debería haber dejado de beber después de la primera —susurró. Llenó una taza de café hasta el borde y se llevó a la boca. Estaba demasiado caliente para beberlo aún, pero el aroma ayudaba.

—Una aspirina te irá bien —sugirió él, indicando con la cabeza una botellita que había en la encimera.

Ella llenó un vaso de agua, tomó un par de aspirinas y se sentó en un taburete, junto a Dean.

El llevaba pantalones cortos, una camisa y sandalias. Parecía descansado y en forma.

Casi lo odió por eso; ella se sentía como un despojo que el mar hubiera lanzado sobre la arena. Él siguió leyendo el periódico y, por primera vez, ella fue plenamente consciente de su personalidad

taciturna.

Bebió café mientras miraba por la ventana. El sol había salido hacía horas, pero en ese momento no le habría importado no volver a verlo nunca. Dean dejó el periódico y se levantó. Fue hacia los enormes ventanales y cerró las cortinas.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella con alivio, cuando volvió a sentarse.

—He cometido más de un exceso en mi vida. Sé lo que se siente.

—Esa bebida tenía un sabor inofensivo. No tenía ni idea. . —dejó la taza y apoyó la cabeza en las manos.

—Sé que la idea no debe de resultarte atractiva, pero te sentirás mejor cuando hayas comido algo.

—Tienes toda la razón. No suena nada atractiva.

Él sonrió y levantó el teléfono. Después de pedir que subieran dos desayunos la miró con una sonrisa.

—Come unas tostadas, bebe zumo. .

—¿Bromeas? —preguntó ella con horror—. No creo que vuelva a beber zumo de frutas en toda mi vida.

—No fue el zumo lo que te dio dolor de cabeza.

—Siempre eres demasiado lógico —gruñó ella.

—Tú también, la mayor parte del tiempo. Te sentirás mejor según pase el día.

—Eso es un alivio. Ahora mismo creo que sólo me sentiría mejor si estuviera muerta.

Él soltó una risita, pero no dijo nada.

Cuando llegó la comida, abrió la puerta, aceptó la bandeja y dio una propina al camarero antes de cerrar.

Jodie miró la bandeja con escepticismo, su estómago rugió. Le gustara o no, necesitaba comer algo. Dean siempre parecía tener razón.

Milagrosamente, a principios de la tarde empezó a sentirse casi humana. No lo suficiente como para salir, pero mejor.

Dean se había marchado después del desayuno y aún no había regresado. Se preguntó adonde habría ido, aunque no era asunto suyo. Tal vez se había encontrado con una de las mujeres que habían conocido en el luau la noche anterior. Frunció el entrecejo al pensarlo.

No sabía qué le ocurría. Dean había salido con varias mujeres

desde que trabajaba para él y nunca le había importado. Hasta la noche anterior no lo había creído capaz de expresar mucha pasión.

En eso se había equivocado, sin duda alguna. Gimió al recordar cómo había respondido a su beso. Si no se hubiera sentido tan fatal esa mañana, no habría sido capaz de mirarlo cara a cara.

Al menos, había sido un caballero y no había mencionado lo ocurrido.

Jodie fue a ducharse y el agua hizo que se sintiera aún mejor. Cuando regresó a la sala, ya vestida, se sentía humana.

Oyó el rudo de la llave en la puerta y giró la cabeza. Dean entró en la habitación.

—Olvida la nota de rescate, he conseguido escapar —dijo, esbozando una sonrisa.

Capítulo 6

—¿Te han secuestrado? —Jodie se levantó de un salto y lo miró atónita.

—Perdona, sólo bromeaba. Estuve fuera más tiempo del que esperaba —dijo él, cerrando la puerta. Ella volvió a sentarse, sintiéndose como una tonta—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, acomodándose en el sofá.

—Mucho mejor que esta mañana, gracias.

—¿Has comido algo?

—Pedí que subieran sopa. No tenía ganas de bajar.

—He organizado visitas turísticas para el resto de nuestra estancia. Mañana comeremos con Steve Furukawa en Honolulu. Mientras estemos allí, veremos el monumento conmemorativo de Pearl Harbor y todo lo que nos parezca interesante. Hay un montón de sitios que ver. Mañana te encontrarás lo bastante bien para disfrutar de ellos.

—Oh. Que agradable. Me apetece mucho.

—¿Te sientes capaz de salir a la playa un rato? El aire fresco te sentará bien.

—Buena idea —asintió ella—. Iré a cambiarme.

—Yo haré lo mismo.

Mientras se ponía el bikini que había comprado el día anterior, Jodie se dio cuenta de que no había visto a Dean en bañador. Le había dicho que le valía, nada más. Deseó no ser tan consciente de él físicamente.

Bajaron en el ascensor en silencio. Jodie llevaba un pareo a juego con el bikini. Dean llevaba una de sus camisas nuevas, pero no se había molestado en abrochársela. Ambos llevaban toallas de playa.

Ella hizo lo posible por no mirar su pecho. Lo miró a la cara y descubrió que Dean la miraba con interés.

—¿Es un bañador nuevo? —preguntó él, cuando salían del edificio.

—Sí —corroboró ella, poniéndose las gafas de sol.

Ya en la playa, Jodie extendió la toalla en la arena y se quitó el pareo.

—Muy bonito —dijo él. La observaba con las manos apoyadas en las caderas.

Dean en bañador era un Dean que ella no había sabido que existiera. Le resultaba incómodo que todas sus ideas sobre quién era ese hombre estuvieran derrumbándose.

Estaba en plena forma y no sabía de dónde sacaba el tiempo para ir al gimnasio.

Se sentaron uno al lado del otro. Deseó poder olvidar el beso que habían compartido.

Había sido una aberración, no la norma. Sin embargo, cada vez que miraba su boca, recordaba la sensación de sus labios sobre los de ella.

¡El hombre sabía besar!

—Esto es agradable —dijo él varios minutos después—. ¿Te está ayudando el aire para la cabeza?

—Estás siendo agradable conmigo —comentó ella—. Y me pone nerviosa.

—¿Por qué? ¿No soy siempre agradable contigo?

—¿Quieres que sea educada u honesta?

—Te refieres a la oficina, ¿verdad?

—Esa es la persona a quien conozco, o creía conocer.

—Bueno, ya hemos superado esa fase, ¿no? —se apoyó en los codos—. Después de lo de anoche, digo.

—Tenía la esperanza de que lo hubieras olvidado —gimió ella.

—¿Por qué? Lo pasamos bien en la fiesta y terminamos la velada como se suele hacer en la mayoría de las citas: con un beso.

—No estamos saliendo juntos, Dean —se bajó las gafas de sol y lo miró por encima de ella—. Resulta que yo estaba disponible para venir porque mi jefe me dio unos días libres.

—Pero ha funcionado bien, ¿no? —sonrió Dean—. Me has abierto los ojos con respecto a varios aspectos de mi vida. Espero que puedas seguir enseñándome a relajarme y disfrutar. Por ahora has hecho un buen trabajo.

Jodie se sentó y cruzó las piernas.

—¿Qué pretendes conseguir mientras estemos aquí, aparte de un nuevo cliente?

—Quiero conocerte mejor. Ya te lo he dicho.

—¿Por qué? Me conoces hace años y nunca me has mirado como

lo haces desde que llegamos aquí.

Él soltó una risa y, a pesar de su naturaleza práctica, a ella le gustó, el sonido. Una semana antes habría jurado que Dean no sabía reírse.

—Nunca te había visto en bañador. . o en sarong —comentó él con naturalidad—. Te encuentro fascinante. Tu personalidad tiene tantas facetas que he decidido que quiero conocer cada una de ellas.

—Dean. Estaremos de vuelta en la oficina la semana que viene y nada de esto tendrá importancia. No quiero darle más valor a nuestra estancia aquí del que tiene.

—Adivino que eso significa que no nos acostaremos juntos.

Chuck tenía razón. ¡Los hombres sólo pensaban en llevarse a una mujer a la cama! De pronto, se dio cuenta de que él se reía la ver su reacción.

—Bromeas, ¿verdad?

—De hecho, estoy disfrutando de las expresiones que pasan por tu rostro. Para que quede claro, no te diría que no si decidieras aceptar mi oferta.

Ella movió la cabeza y volvió a tumbarse en la toalla. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que se veía el movimiento en su pecho. Sabía que él estaba bromeando.

La pinchaba para ponerla nerviosa. Pero ella estaba hecha de una pasta más dura.

—Lo pensaré —comentó, con voz relajada. Dean soltó una carcajada.

—Sí, haz eso —dijo y corrió hacia el agua.

Ella lo observó lanzarse sobre una ola y reaparecer al otro lado. Desde luego que no iba a dormir con él. Sería la tontería más grande que podría hacer. Para Dean ella no sería más que una aventura casual, pero tener relaciones íntimas con él podía trastornar toda su vida. Mucho después de que él hubiera olvidado ese viaje, ella seguiría recordándolo. Le resultaría imposible trabajar con él sin recordar lo que habían compartido.

No. La respuesta era un «no» rotundo.

Jodie se puso en pie y caminó hacia el agua. Le gustó sentir su frescor en la piel.

Empezó a nadar, sintiendo cómo trabajaban sus músculos.

Dean, al verla, nadó en su dirección.

—Decidí comprobar si el agua estaba tan buena como parece. . y la verdad es que sí.

—¿Qué tal tu cabeza?

—Aún sobre los hombros. De ahora en adelante, tomaré una copa y pararé, por bien que sepa.

Siguieron nadando en paralelo a la playa, juntos. Después salieron juntos del agua y fueron andando hasta sus toallas. Él se secó rápidamente y esperó a que ella recogiera sus cosas.

—¿Qué quieres hacer esta noche?

—No tienes que entretenerme mientras estamos aquí, supongo que lo sabes.

—Lo sé. Pero ambos tenemos que cenar, y prefiero no comer solo.

—Supongo que eso tiene sentido —contestó ella—. ¿Tienes algún lugar en mente?

—La verdad es que sí. Comí allí en mi última visita y hacen muy bien la comida polinesia. Si nunca la has probado, te encantará.

—Muy bien —aceptó ella—. Gracias por sugerirlo.

Esa noche, Jodie miró la sala en penumbra, con pequeños faroles en las mesas que creaban un oasis de luz.

—Tenías razón —le dijo a Dean—, es un lugar fantástico con un ambiente muy especial.

—Me alegra que lo estés disfrutando. ¿Te gusta la comida que he encargado?

—Es distinta, pero muy buena. Gracias por traerme —tomó un sorbo de té helado—.

¿Cómo debería comportarme mañana con tu posible cliente?

—Nada de striptease, hula-hula o serenatas de ukelele —contestó él, tras observarla en silencio un minuto.

—¿Striptease? No he hecho algo así en toda mi. . —se detuvo—. Estás burlándote de mí otra vez.

—No puedo resistirme. Es muy divertido observar cómo reaccionas.

—Perfecto. Sólo por eso, llevaré mi ukelele y cantaré toda la cena.

—¿Sabes cantar?

—No.

—Entonces, es una amenaza.

—Una amenaza terrible.

—Todo irá bien mañana. Conoces nuestro negocio muy bien. Por cierto, cuando volvamos llamaré a Frank Godfrey para decirle que te trasladarás a su departamento cuanto antes, en vez de esperar a tu graduación. Sólo faltan unos pocos meses. Así que tómate mañana como una sesión de adiestramiento; mientras yo le hago una oferta a Furukawa y contesto sus preguntas.

—¿Vas a ascenderme ahora?

—No en este preciso momento, no. Pero cuando regresemos a la oficina lo pondré todo en marcha.

—¡Es una noticia fantástica! Muchas gracias.

—No me lo agradezcas. Frank es un buen supervisor y te hará trabajar mucho mientras aprendes cómo suministramos el equipo necesario para proporcionar seguridad a nuestros clientes.

—¿Por qué vas a ascenderme ahora? —preguntó Jodie, mientras tomaban el postre y el café.

—¿Qué quieres decir?

—Aún no tienes una secretaria que me sustituya, eso para empezar.

—No me lo recuerdes —gruñó él—. Pero eso no debería costar mucho tiempo.

—Bueno, hum. .

—¿Por qué insistes tanto en que es difícil trabajar para mí?

—Porque es la verdad. ¿Has olvidado cuántas secretarias te abandonaron antes de que me contratases?

—Ahora soy más afable —se tiró del lóbulo de la oreja, incómodo.

—Si tú lo dices.

—¿No es verdad?

—Eres más afable porque yo aprendí a trabajar como a ti te gusta.

—Eso no suena tan difícil.

—Cierto. No lo es —miró a su alrededor—. ¿Nos vamos?

—Espera un minuto. Me estoy perdiendo algo. Jodie. Cuéntamelo.

—Quieres que tu oficina funcione como la seda. Conozco tus gustos lo suficiente para adivinar qué quieres cómo, nada más.

—En otras palabras, puedes leerme el pensamiento.

—En absoluto.

—Me alegro, teniendo en cuenta algunas de las cosas que he pensado en este viaje.

Ella sintió una oleada de calor y supo que se había puesto roja como la grana. Jodie alzó el vaso de agua y lo vació de un trago.

—Lo siento. No pretendía avergonzarte.

—No importa.

—Sí, importa —pasó los dedos por el dorso de su mano—. He hecho que te sientas incómoda y eso era lo último que pretendía. Tienes razón. Es hora de irnos.

Condujeron de vuelta a casa en coche, escuchando música. Cuando llegaron, Jodie se excusó.

—Si me perdonas, creo que me acostaré.

—Desde luego. Que duermas bien.

Dean la observó salir de la habitación, aún irritado consigo mismo. No entendía qué le estaba pasando. Llevaba desequilibrado desde que la había visto en el aeropuerto. Se acercó a la ventana. La vista era espectacular, incluso de noche. Pensó en el viaje que harían hasta Oahu al día siguiente.

En avión. Un avión pequeño. Por supuesto, Jodie sabía que tenían que volar. El viaje era corto, apenas se pasaban unos minutos en el aire entre el despegue y el aterrizaje.

El vuelo sería algo turbulento, porque el avión volaría a baja altura.

Tal vez, ir hasta allí desde Chicago hubiera disminuido su miedo a volar. Tenía esa esperanza.

Un vistazo a su rostro la mañana siguiente, lo convenció de que su esperanza era vana.

Ella no dijo nada pero, a pesar del leve bronceado que había adquirido, estaba de un color blanco lechoso. Mala señal.

Sin decir palabra, le sirvió un café. Él llevaba levantado desde el amanecer y ya había tomado varios.

—Gracias —murmuró ella, bebiendo.

—¿Cómo estás esta mañana? —preguntó, cuando ella dejó la taza.

—Bien —respondió ella con voz queda.

—Nuestro vuelo sale dentro de un par de horas.

Ella no hizo ningún comentario.

—¿Jodie?
—Sí —lo miró sorprendida.
—¿Estás nerviosa por el vuelo?
—¿Cómo lo has sabido?
—Recuerdo que te pusiste un poco nerviosa. . —eso era el eufemismo del año— en nuestros vuelos aquí.
—No me molesta cuando el avión ya está en el aire. Son el despegue y el aterrizaje lo que me inquietan.
—Por desgracia, eso es todo lo que haremos hoy.
—Oh. Ya, claro.
—¿Por qué no bajamos a desayunar algo?
—De acuerdo —aceptó ella, dubitativa.
Mientras comían, él habló de la oficina y de los proyectos en los que estaba trabajando, para distraerla. Ella daba respuestas monosilábicas.
—Se me ha ocurrido que podríamos ir a la isla grande mañana. Implicará otro vuelo corto, pero me han dicho que el volcán es digno de admiración.
Ella pasó de blanco a un interesante tono verdoso.
—Claro, que si no quieres ir. .
—No está bien. En serio. Haremos lo que tú quieras.
Dean echó un vistazo al reloj.
—Deberíamos ir hacia el aeropuerto. ¿Necesitas volver a subir al piso?
Ella negó con la cabeza.
Ese día tenía el aspecto de la secretaria que conocía hacía años. Tenía el cabello recogido en la nuca y llevaba un traje chaqueta ligero. Parecía una ejecutiva, a pesar de su palidez. Por desgracia para su paz de espíritu, él seguía viéndola en bikini y con sarong. Ya nunca volvería a ver a su eficaz secretaria como antes.
El imbécil con el que había pensado en casarse debía de haberle hecho mucho daño.
Era la única forma de explicar la personalidad callada que había conocido durante los últimos cinco años.
Verla con el pelo suelto y disfrutando había sido una revelación para él.
Condujeron al aeropuerto en silencio y para cuando estuvieron sentados en el pequeño avión, supo que la situación requería una

acción drástica.

Él había hecho varios vuelos como ése. Sabía que el despegue era abrupto y Jodie se sobresaltaría.

—¿Jodie?

—¿Hum?

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —tomó su mano.

—¿Bajarte del avión? —preguntó ella esperanzada.

—No —rió él—. Lo que me gustaría sería besarte hasta quitarte el sentido.

Eso, desde luego, hizo que olvidara el vuelo. Lo miró atónita.

—¿Por qué? —preguntó ella con crudeza.

—Bueno, para empezar tienes la boca más besable que he visto nunca —miró las manos que tenían entrelazadas y acarició el dorso de la de ella con un dedo—. Y encajas en mis brazos como si estuvieras hecha para mí.

Percibió el temblor de su mano y cómo su rostro se tornaba de un encantador tono rojizo.

El avión empezó a moverse. Se llevó su mano a la boca y le besó la palma suavemente.

Ella se puso rígida cuando empezó el despegue. Dean no supo si se debía a eso o al beso, así que se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

Se tomó su tiempo acariciando sus labios con la lengua. Ella respondió lentamente y él olvidó la razón por la que había empezado a besarla, hasta que oyó una divertida voz femenina cerca de su hombro.

—Siento interrumpirlo, señor, pero me gustaría ofrecerles algo de beber, si quieren.

Sólo estaremos en el aire veinte minutos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Jodie, apartándose de Dean.

—Sí, señora —la azafata sonrió—. Entiendo que no se haya dado cuenta.

—¡Lo has hecho a propósito! —exclamó Jodie, mirando a Dean. Él le pidió zumos de naranja a la azafata.

—Supongo que sí. Nunca he besado a nadie de forma accidental —le dijo a Jodie.

Ella miró por la ventana y volvió a ponerse pálida.

—A partir de ahora, te sentarás en el asiento del pasillo —afirmó

él—. Vamos muy bien.

—¡Sabes a qué me refiero! Me distrajiste a propósito.

—¿Ha funcionado? —preguntó él, volviendo a besarle la palma de la mano.

—Sé que mi miedo a volar es ridículo.

—Sólo necesitas hacerlo más a menudo, para acostumbrarte.

—¿Eso es lo que me recomienda, doctor Logan?

—Sin duda. Y estas islas son el lugar ideal para practicar. Visitaremos cada una de ellas.

—Oh, que bendición —masculló ella.

El aterrizaje fue tan abrupto como el despegue. Jodie apretó su mano con tanta fuerza que le cortó la circulación. Pero a él no le importó. Le parecía encantadora cuando era tan vulnerable.

Ya en el suelo, Jodie sintió un intenso alivio, a pesar de que eso la avergonzaba.

Cuando por fin soltó su mano, sus dedos habían dejado marcas blancas.

Tomaron un taxi hasta la dirección que tenía Dean.

—¿Esta es su oficina? —preguntó Jodie cuando llegaron.

—No. Es un club privado para hombres de negocios. Me dijo que diera su nombre en la puerta.

Jodie esperó mientras Dean hablaba con el portero. El hombre comprobó la lista que tenía en una tablilla sujetapapeles, encontró el nombre de Dean y asintió con la cabeza.

Los escoltó a una puerta doble.

A la derecha había un gran bar de madera de teca. Un maitre los recibió con amabilidad.

—Venimos a ver al señor Furukawa —dijo Dean.

—Síganme, señor.

El club era de un diseño elegante y meticuloso. Sólo se oían los murmullos de los comensales, apagados por la gruesa moqueta del suelo. Las mesas estaban cubiertas con prístinos manteles blancos y parecían islas flotantes sobre la moqueta rojo oscuro.

El maitre los guió hasta un reservado con vistas al mar.

—Su camarero estará aquí en seguida —le dijo, sirviéndoles dos vasos de agua helada.

—Este lugar apesta a dinero —comentó Jodie, cuando el hombre se alejó.

—Ya me he dado cuenta —dijo Dean, sonriente.

Ella miró su boca. Estaba descubriendo que le costaba respirar cuando él le sonreía.

No podía olvidar el tacto de sus labios.

—Siento haberlos hecho esperar —dijo un hombre, a su espalda.

—No es problema, señor Furukawa —Dean se puso en pie y le ofreció la mano.

—Por favor, llámame Steve.

Steve llevaba un traje hecho a medida que realzaba su figura estilizada y su rostro moreno. Su cabello brillaba como azabache pulido.

—Steve, me gustaría presentarte a Jodie Cameron, una de las empleadas en nuestra empresa.

—Es un placer —Steve tomó su mano e hizo una leve inclinación de cabeza.

Mientras pedían y esperaban que llegara la comida, Jodie observó y escuchó a los hombres hablar de temas diversos, ninguno de los cuales tenía que ver con una posible instalación de seguridad. Se preguntó por qué la había llevado Dean, y pensó que quizá la reunión de trabajo tendría lugar después de la comida.

Dean la incluyó en la conversación y cuando Steve le preguntó si estaba disfrutando de Hawai, asintió con entusiasmo.

—He estado leyendo sobre ti, Dean —comentó Steve cuando retiraron los platos y les sirvieron café.

—¿Y?

—Tu empresa y tú tenéis una reputación excelente en el campo de la seguridad. ¿Qué tipo de garantías ofrecéis?

—Nos aseguramos de que ninguna persona no autorizada pueda entrar en la empresa sin que se dispare una alarma silenciosa, que alertará al personal. Ofrecemos cámaras de vigilancia ocultas que graban todas las entradas y salidas del edificio. Instalamos códigos de seguridad y los actualizamos con regularidad. Además, instalamos programas especiales en todos los ordenadores, que dan la alarma si alguien intenta acceder a su contenido de forma ilícita.

—Entiendo —Steve miró su reloj—. Me gustaría que vieras nuestras oficinas y me dieras una idea de cuánto costaría instalar y manejar vuestros sistemas.

—Por supuesto —asintió Dean.

Steve firmó la cuenta y los tres salieron del restaurante. Varias personas hablaron con Steve mientras iban hacia la puerta. Cuando llegaron a la calle, el aparcacoches tenía su coche listo y esperando.

Los hombres continuaron charlando. Jodie, en el asiento de atrás, tomó notas sobre las partes de la conversación relativas al trabajo, sintiéndose útil, por fin.

Para cuando dejaron a Steve Furukawa, esa tarde, había accedido a convertirse en uno de sus clientes. De camino al aeropuerto, Dean llamó a la oficina y dejó un mensaje para el departamento legal, informándolos de que tenían un nuevo cliente.

—El viaje ha sido un éxito, ¿no? —comentó Jodie en el avión, esforzándose por ignorar las mariposas que sentía bullendo en el estómago.

—Desde luego —asintió Dean—. Gracias por tomar notas. Las enviaré por fax a la oficina, para que Lawrence Kendall prepare el contrato —la estudió un momento en silencio—. ¿Estás bien?

Jodie hizo un gesto afirmativo.

—Bien. Entonces, ¿visitamos el volcán mañana?

—Me gustaría mucho —contestó ella, con la esperanza de que no detectara su escaso entusiasmo.

—También podríamos quedarnos en el piso y disfrutar de la playa —aventuró él.

—Lo que tú prefieras.

—Sólo he sugerido el viaje para que puedas ver más islas.

—Entonces, ¿por qué no esperamos hasta el día antes de marcharnos?

—Como prefieras.

—Tenemos tiempo de nadar un rato antes de que anochezca —dijo Dean, ya en el piso.

—Me parece buena idea —Jodie fue a su dormitorio y cerró la puerta. De alguna manera, conseguiría pasar esa semana con ese hombre que apenas le recordaba a su jefe.

El que esa nueva persona le gustara tanto la inquietaba en gran medida.

Le quedaba la esperanza de que él volviera a asumir su personalidad sardónica cuando regresaran a la oficina.

Capítulo 7

El sábado por la tarde, salieron del piso por última vez y fueron hacia el aeropuerto.

Habían pasado la mañana en la playa, nadando y charlando sobre lo que habían hecho.

Jodie esperaba no haber dejado ver cuánto la entristecía volver a casa. Dean la había hecho reír mucho esa mañana. Le encantaba su irónico sentido del humor.

Miró a Dean conduciendo el coche de alquiler. Ya había recuperado los modales secos y la expresión pétrea; eso la ayudaría a recordar que el hombre con el que había pasado una semana no se parecía en nada al hombre con quien trabajaba.

Ya en el avión, Jodie eligió una de las revistas que había comprado y esperó el despegue.

—Gracias por estar aquí conmigo esta semana —dijo Dean, tocando su mano.

—Lo he pasado muy bien. No tengo ninguna gana de volver al invierno de Chicago, te lo aseguro —cerró los ojos y rezó para que el avión se elevara sin problemas, dado que estarían sobre el agua enseguida.

Después de que les sirvieran la comida, Jodie decidió intentar dormir, poniendo sus recuerdos sobre las islas en el lugar más recóndito de su mente.

—Te llevaré a casa —ofreció Dean cuando llegaron a Chicago, el domingo por la mañana.

—Gracias.

—Espera aquí, iré a por el coche.

Mientras esperaba, miró el cielo gris y la gente arrebujada en sus abrigos para escapar del viento. Sí, el cuento se había terminado. No había nada más tangible que el clima para recordarle que sus vacaciones de fantasía quedaban atrás.

Poco después un coche deportivo, último modelo, se detuvo junto a la acera y Dean bajó de él. Entre los dos sacaron las maletas y Dean las cargó en el maletero y le abrió la puerta.

—¿Adonde vamos?

Ella le dio instrucciones y se acomodó en el asiento. Él conducía

con eficacia, igual que hacía todo lo demás.

—Puedes dejarme aquí —sugirió ella, cuando llegaron a su edificio—. Puedo. .

—Me gustaría ver dónde vives —afirmó él.

—¿Por qué? —le devolvió ella, con el mismo descaro.

—Por nada, en realidad. ¿Te supone algún problema que sepa dónde vives?

—Claro que no. Tienen mis datos en personal.

—Has estado muy callada. ¿Por alguna razón en particular?

—Sólo estoy cansada. Me costó dormir en el avión.

—Ahora que estás aquí, puedes dormir todo el día.

Ella le indicó la entrada del aparcamiento subterráneo y dónde estaba su plaza. Dean aparcó junto a su coche, un utilitario de color rojo.

Sacó el equipaje, cerró el coche con el mando a distancia y la siguió al ascensor.

Subieron en silencio.

Cuando Jodie abrió la puerta, él entró. Tenía la esperanza de que dejara el equipaje en el suelo y se marchara, pero no tuvo esa suerte. Dejó las maletas en el pasillo y entró a la sala.

—Un sitio bonito —comentó, mirando a su alrededor.

—A mí me gusta.

Fue hacia ella y, sin decir una palabra, la tomó entre sus brazos y la besó, tomándose su tiempo. No quiso responderle; no podía permitírselo, por más que lo deseaba.

—Te veré mañana en el trabajo —dijo él, después de soltarla. Salió de la casa.

Jodie se quedó mirando la puerta. Con un solo beso, él había trasladado la fantasía hasta Chicago. Se preguntó qué iba a hacer.

Después de deshacer las maletas y poner una lavadora, llamó a Lynette. Kent contestó el teléfono.

—Hola, tía Jodie. ¿Llamas desde Hawai?

—No, cielo. Ya estoy en casa. ¿Está tu madre?

—Ajá.

—¿Puedo hablar con ella?

—Ajá.

—¿Puedes darme el teléfono, por favor? —se oyó la voz de Lynette al fondo.

—Ajá —la voz de Kent sonó más débil.

—¿Crees que debería incrementar el vocabulario de mi hijo? —preguntó Lynette.

—Ajá —contestó Jodie. Ambas se echaron a reír.

—¿Qué tal el viaje? ¿Estrangulaste a tu jefe? ¿Lo tiraste al mar o a un volcán?

Cuéntamelo todo.

Sus sentimientos hacia Dean habían cambiado tanto en esa semana que por un momento no entendió por qué Lynette decía esas cosas.

—Lo cierto es que fue divertido estar allí con él. Disfruté mucho.

—¿Quién habla? —preguntó Lynette tras un silencio prolongado —. ¿Hola? ¿Se ha cortado la comunicación con mi hermana? ¿Hola?

—Déjalo —rió Jodie—. No hace falta que te preocupes por mi cordura. Estaba de vacaciones y pude ver un aspecto muy distinto de él.

—No esperaba oír la palabra «divertido» asociada a «Dean Logan» saliendo de tu boca. ¿Qué ocurrió para que el señor Hyde se convirtiera en el doctor Jekyll?

—No importa —suspiró Jodie—. El señor Hyde reapareció en cuanto aterrizamos.

Mañana por la tarde ya habré olvidado al hombre amigable y divertido que conocí en la isla —se dijo que el beso no contaba.

—Hablando de conocer a hombres, ¿viste a algún monumento pasear por la playa?

—A unos cuantos, de hecho. Por supuesto, la mayoría iban con guapas modelos profesionales. Y si no lo eran, deberían serlo.

—Tú estás a la altura de las mejores, chica.

—Les saco por lo menos cinco kilos de peso a las más rellenitas.

—Y todos bien distribuidos. Conseguiste que Dean babeara al verte.

—No me pareció —dijo ella con la garganta seca.

—Ven a cenar esta noche. Espero que sacases montones de fotos para darme envidia y celos.

—No te creo —rió Jodie—. No serías capaz de pasar tantos días lejos de los niños.

—Verdad. Pero puedo soñar. Hasta esta noche.

—Los sueños no son reales —dijo Jodie, después de colgar el

auricular. Tenía que recordárselo.

Se echó una siesta antes de ir a casa de Lynette y Chuck. Se arregló con cuidado y deseó que no pudieran leer su rostro. Tal vez pensaran que su resplandor se debía al sol y a nada más. Eso esperaba.

Kent y Kyle la recibieron en la puerta con gritos y saltos que le hicieron reír.

—¡Chicos! —exclamó Lynette—. Si hacéis tanto ruido despertaréis a Emily. Ambos bajaron la voz.

—¿Nos has traído algo? —preguntó Kyle con expectación, mirando la bolsa que tenía en la mano.

—¡Kyle! ¡Sabes que eso está mal! —regañó Lynette. Abrazó a Jodie y dio un paso atrás—. ¡Estás fantástica! El moreno da fuerza al color de tus ojos.

—Tienes buen aspecto, cuñada —comentó Chuck, acercándose —. Te sientan bien las vacaciones.

Jodie se sentó en el sofá y los dos niños miraron la bolsa con fijeza. Empezó a sacar regalos, explicando dónde había comprado cada uno.

—Dean me compró un ukelele —le dijo a Lynette, cuando terminó de repartirlos.

—¿Sabía que lo tocabas?

—Cometí el error de decírselo. La verdad es que recordé los acordes, y no se me da demasiado mal.

—¿Lo has traído? —preguntó Kent—. Toca algo.

—No, lo dejé en casa. Uno de estos días, cuando me hagáis una visita, lo sacaré para que lo veáis.

Por fin se sentaron a cenar. Todos tenían preguntas que hacer y el tiempo se pasó volando. Cuando se marchaba, Lynette la acompañó a la puerta.

—Ocurrió algo allí, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conozco. En tus ojos hay una sombra que no había visto antes.

—Estoy cansada. Viajar me agota.

—Si tú lo dices.

—Debe de ser el disgusto de volver a casa y a la rutina.

—Vale —Lynette la abrazó—. Te veremos el viernes por la

noche, ¿verdad?

—Sí, claro.

Jodie salió de la casa y corrió al coche. Mientras esperaba que se calentase, pensó en los comentarios de Lynette.

En realidad no había ocurrido nada, excepto unos besos, y no quería comentar su reacción con nadie. A fin de cuentas, los besos habían sido un impulso. . excepto el de esa mañana. Sentía una innegable atracción por Dean Logan, y eso no era bueno.

Encendió la radio y escuchó música de camino a casa, empeñada en sacárselo de la cabeza.

Capítulo 8

—¡Vaya! ¡Mírate! —exclamó Betty al ver a Jodie entrar en la oficina—. Un buen bronceado. Desde luego que llamas la atención entre todos nosotros. ¿Dónde has estado?

—En Hawai.

—Ohhh, bien por ti. ¿Sabe el jefe que te tomaste libre la misma semana que él?

—Sí. ¿Ha llegado ya?

—No lo he visto, pero eso no quiere decir nada. A veces llega antes que yo.

Jodie asintió y fue a su despacho. Al entrar, casi gimió al ver el escritorio cubierto de papeles, notas adhesivas, montones de archivos y cajones medio abiertos. Miró en el despacho de Dean y lo vio ante el escritorio, leyendo algo.

Dejó el bolso y preparó una cafetera. Mientras esperaba a que se hiciera el café, se sentó y empezó a arreglar el desastre de su escritorio.

—¿Jodie? ¿Eres tú?

—Sí —fue hacia el umbral—. ¿Cómo has conseguido hacer tanto trabajo esta mañana?

—Eso es de ayer. Estuve aquí poniéndome al día.

—¿Hay café?

—Sí. Ahora te traigo uno.

—Gracias —dijo él con aire ausente, recostándose en la silla y sin dejar de leer.

Ella se dijo que había tenido toda la razón del mundo. Dean ya había olvidado la semana pasada y había pasado a otra etapa de su vida. Al menos, eso creyó hasta que dejó el café sobre su mesa y él la miró. El fuego de sus ojos casi la hizo temblar. Nunca la había mirado así en la oficina.

—¿Se alegró tu familia de tenerte aquí de nuevo?

—Mis sobrinos estaban más interesados en saber qué les había comprado —replicó ella—. Lynette y Chuck dijeron que parecía bronceada y descansada; según ellos es justo lo que necesitaba.

—Me gustaría conocerlos un día de éstos —dijo él, irguiéndose en la silla.

—¿A mi familia? —tenía que haberlo entendido mal; no podía haber querido decir eso.

—Sí.

—Ah.

—Almuerza conmigo hoy y lo discutiremos.

—Yo suelo comer en mi escritorio.

—Hoy no.

—¿Esto tiene relación con el trabajo?

—Claro que no —él arrugó la frente.

—Entonces, no me des órdenes respecto a mi tiempo personal —giró en redondo y volvió a su escritorio. Empezó a archivar papeles y carpetas, de espalda a la puerta.

Varios minutos después oyó a Dean carraspear. Miró por encima del hombro y lo vio junto a su escritorio.

—¿Qué necesitas? —preguntó con amabilidad.

—Modales. Es obvio. Te pido disculpas por haberte dado órdenes.

—Disculpa aceptada.

—Hum, me gustaría llevarte a almorzar. ¿Por favor?

—No creo que sea buena idea —cerró el archivador y fue hacia él—. Disfruté del viaje y de la oportunidad de huir del frío unos días. Ahora que estamos de vuelta en el trabajo, creo que sería mejor que volviéramos a nuestra rutina habitual.

—No veo qué hay de malo en comer juntos.

—De momento, el personal de oficina cree que decidí tomarme una semana de vacaciones aprovechando que no estabas. Cuando nos vean juntos y se fijen en nuestro bronceado, comprenderán que estábamos juntos.

—¿Te importa?

—Sí.

—¿Por qué?

—No quiero convertirme en la secretaria estereotipo, que sale con su jefe después del trabajo.

—Tampoco estoy sugiriendo una cita. No es tan importante almorzar juntos, ¿no crees?

—Estás siendo obtuso a propósito.

—No. Prefiero considerarme un obtuso involuntario.

—Prefiero no salir hoy —dijo ella con cortesía—. Pienso estudiar

a la hora del almuerzo. Me he traído un bocadillo.

—Es probable que tengas razón —aceptó él. Jodie siguió archivando papeles.

Cuando oyó que había regresado a su mesa, apoyó la frente en el archivador.

Esperaba que él no hubiera notado que temblaba. Se dijo que si lo rechazaba continuamente, se rendiría y seguiría con su vida, justo lo que ella quería. Lo último que necesitaba era una relación con Dean.

Y si se lo repetía las veces suficientes, podría llegar a convencerse de ello.

Dean se sentó y miró el trabajo que lo esperaba. La mayoría eran solicitudes para que aprobase las decisiones tomadas en su ausencia. Se recostó en la silla y la hizo girar para mirar por la ventana.

Jodie tenía razón. Sin duda. El que hubiera disfrutado de su compañía la semana anterior no le daba derecho a esperar que la relación fuera igual en Chicago.

Era su secretaria. Nada más. Eso le recordó que tenía que llamar a Frank. La dejaría en paz. Seguramente volverían a la rutina habitual si conseguía olvidar cuánto había disfrutado besándola y viéndola en bañador, y charlando con ella.

Movió la cabeza para despejarse. Ponerse sensiblero respecto al viaje era ridículo.

Sacó su agenda privada. Ya que no salía con Rachel, conocía a varias mujeres a las que podía llamar. Sólo tenía que elegir a una.

Levantó el auricular.

Esa noche el teléfono de Dean sonó cerca de las once. Miró el número identificador de llamada y movió la cabeza.

—Hola, Rachel —saludó.

—¡Estás en casa! Llevo toda la semana intentando localizarte. En tu oficina me dijeron que estabas de viaje y cuando pregunté por Jodie descubrí que se había tomado la semana libre, así que no he podido localizarte.

—Ahora ya lo has hecho. ¿Has encontrado algo que me haya dejado en tu casa?

—Ay, cariño, lamento mucho cómo te traté. No te culpo por no devolver mis llamadas.

No suelo comportarte de una forma tan atroz. Había tenido un mal día.

—Ya me di cuenta.

—Por favor, perdóname. Te echo mucho de menos —bajó la voz —. He echado en falta hacer el amor contigo.

El pensó en relación que había tenido con Rachel y comprendió que la había olvidado del todo. Eso le aclaró cuanto necesitaba saber. Lo que hubieran tenido, había terminado.

—¿Recuerdas que el fin de semana que viene íbamos a ir a Wisconsin a visitar a Winnie y a Fred?

—Rachel, ya que rompiste conmigo, supuse que no volveríamos a vernos, y menos aún a Winnie y a Fred.

—Me porté muy mal, lo sé. Pero no lo decía en serio. Estaba enfadada y me descargué contigo.

—Por lo que recuerdo, yo era la razón de tu enfado.

—Bueno. . pero eso no importa. Aceptémoslo, las parejas se pelean. Es la primera discusión que hemos tenido en los tres meses que llevarnos saliendo juntos.

Él no dijo nada.

—¿Dean?

—Lo siento, Rachel, pero ya he hecho planes para el fin de semana.

—¿Qué tipo de planes? —preguntó ella con suspicacia.

—Nada que pueda interesarte.

—Pruébame.

—Tengo una cita este sábado con alguien a quien conozco desde hace tiempo. Tú no la conoces.

—¡Estás viendo a otra mujer! —su voz perdió el tono meloso.

—Dejaste muy claro que no querías volver a verme. Me lo tomé en serio.

—He dicho que lo sentía —gimió ella—. ¡Por favor, no me hagas esto!

—Rachel, escúchame. No hay razón para que sigamos viéndonos. Lo dijiste era cierto.

Si hizo falta que te enfadaras para decírmelo, lo acepto. No voy a cambiar. Tenías razón; estoy casado con mi trabajo. Me olvido de los compromisos sociales y no te acompaño a tantos eventos como desearías. ¿Para qué molestarte en seguir viéndome? Hay montones

de hombres que estarían encantados de pasar tiempo contigo.

Ella no contestó de inmediato. Cuando lo hizo, parecía a punto de echarse a llorar.

—Metí la pata. Lo sé. Sé que el trabajo es importante para ti. Me pasé esa noche y lo reconozco. Sólo quiero seguir viéndote de vez en cuando.

—Te llamaré cuando pueda, pero la semana pasada conseguí un nuevo cliente y dedicaré muchas horas a encontrar la combinación adecuada de equipos de seguridad para su empresa —pensó un momento—. Te llamaré en una o dos semanas. Pásalo bien con Fred y Winnie.

Colgó el teléfono y fue hacia la ventana. Su piso tenía vistas del lago Michigan. La panorámica solía relajarlo, pero esa noche se sentía solo.

Fue al dormitorio y se acostó.

Estaba haciendo lo correcto. Vería a Susan el sábado por la noche y se pondrían al día. Habían perdido el contacto cuando trasladó a su madre a la residencia. Susan había sido la mujer que la cuidaba en casa. Lo había sorprendido que no se hubiera vuelto a casar aún. Era viuda desde hacía más de seis años.

En cuanto a Rachel.. tenía que pensar si quería pasar tiempo con ella. Había descubierto que, aunque se sentía solo, Rachel no era la solución. Se negaba a considerar quién podría serlo.

El teléfono de Jodie sonaba cuando entró a su despacho la mañana siguiente. Dejó el bolso y contestó.

—Hola, soy Jodie.

—Hola Jodie. Soy Rachel.

—Ah. Buenos días. No estoy segura de si Dean está ya aquí. ¿Quieres que le pida que te llame?

—¡Oh, no! No, yo. . quería hablar contigo.

—¿En serio?

—Sí. Te admiro mucho Jodie, y sé que Dean no podría pasarse sin ti.

Rachel hizo una pausa y Jodie no supo qué decir.

—Sé que eres discreta y preferiría que no le dijeses a Dean que he llamado.

—De acuerdo.

—Lo cierto es que Dean y yo discutimos hace una semana y creo

que sigue algo enfadado conmigo. No devolvió mis llamadas la semana pasada y cuando hablé con él, anoche, me dijo que iba a salir con otra persona.

Dean Logan no perdía el tiempo. Debía de haber encontrado a alguien dispuesta a comer con él o a cualquier otra cosa que deseara. Bien por él.

—Entiendo.

—Intenta ponerme celosa y no me dijo con quién salía. ¿Lo sabes tú?

—No tengo ni idea.

—Oh —musitó Rachel con desilusión—. Dijo que la conocía desde hacia tiempo. Pensé que la conocerías.

—Dean conoce a tanta gente que no podría adivinarlo. Hace años que vive en Chicago.

—Bueno, supongo que me lo dirá —dijo Rachel—. Cuando se le pase el enfado. Se suponía que este fin de semana íbamos a visitar a unos amigos en Wisconsin, pero creo que piensa verla a ella.

—Lo siento, Rachel. Esto debe de resultarte doloroso.

—Es culpa mía —Rachel suspiró—. Debía de estar ovulando, o algo, y me desquité con él.

—Espero que podáis arreglarlo —dijo Jodie. Era sincera. Para ella sería más fácil si él no estaba disponible.

—Gracias por escucharme, Jodie. Te lo agradezco.

Jodie colgó el teléfono, guardó el bolso en un cajón y fue a echar un vistazo al despacho de Dean. Estaba vacío, gracias a Dios. Dudaba que aprobase que hablara de él con Rachel.

La siguiente vez que sonó el teléfono, era Dean.

—Hola, se me olvidó decirte que no iría esta mañana. Ha surgido algo que tengo que solucionar.

—No importa. Lo creas o no, tu teléfono no ha sonado. Quizá crean que sigues de vacaciones.

—Muy bien. Llegaré sobre las dos.

Colgó y sonó el intercomunicador. Era Betty.

—Tu admirador secreto te ha dejado algo en mi mesa.

—Seguro. No tengo ningún admirador secreto.

—Pues alguien acaba de enviarte un precioso ramo de flores tropicales. Son preciosas y huelen a gloria. Debe de estar enamorado —se burló Betty.

Jodie fue a la zona de recepción y encontró un jarro precioso lleno de flores.

—¿Había alguna tarjeta? —preguntó.

—No lo sé —contestó Betty.

Jodie miró entre los largos tallos y vio un pequeño sobre blanco. Lo abrió y leyó el mensaje.

Pensé que te gustaría disfrutar del perfume de las islas en tu despacho. D.

—¿Y? —preguntó Betty.

—Son de un amigo del colegio.

—Vaya. ¿Hace mucho que sales con él?

—Lo conozco hace años —contestó ella, mirando las flores.

Jodie llevó el jarrón a su despacho y lo puso encima del archivador. Las flores olían a gloria; se preguntó qué pretendía Dean Logan.

Capítulo 9

Cuando Jodie llegó a casa de Lynette el viernes, había visita.

—Mira quién está en la ciudad —dijo Chuck, en cuanto entró en la sala. Señaló a Carl Grantham, que estaba sentado frente a él.

—¡Carl! Que sorpresa. ¿Qué te trae a Chicago en esta época del año?

Carl se puso en pie y la abrazó. Había sido el padrino de Chuck en su boda y Jodie, en su papel de dama de honor, había pasado tiempo con él. Era un tipo genial. Era gay, cosa que ella consideraba una gran pérdida para la población femenina.

—La empresa me ha enviado. Intenté convencerles de que sería mejor Florida, pero no me hicieron caso.

Carl podría haber sido modelo si hubiera querido, pero prefería ser ingeniero.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó.

—Hasta el martes. Chuck y Lynette han insistido en que me quede con ellos. Les he dicho que mi empresa pagaría un hotel, pero. . —encogió los hombros.

—Lo sé. Nunca he podido ganarle una discusión a Chuck, ¡y lo conozco desde antes que tú!

—Tenemos mucho que contarnos —intervino Chuck—. Y el dormitorio de los invitados está lejos del de los niños, así que no lo molestarán.

—Hola, cielo —saludó Lynette, llegando de la cocina—. Llegas justo a tiempo de ayudarme a traer la comida a la mesa.

—¿Dónde están los chicos?

—Pasando la noche con la familia de Chicago, y Emily está dormida. No sé por cuanto tiempo, así que será mejor que comamos.

Mientras cenaban, Carl les habló de lo que hacía en Nueva York. Su compañero era actor y estaba actuando en un musical de Broadway.

—Me encantaría verlo actuar alguna vez —apuntó Jodie—. Su voz me provoca escalofríos.

—¿Cuándo has oído su voz? —preguntó Lynette con una sonrisa.

—Cuando estabais de luna de miel y llamé a Carl porque se había dejado la chaqueta en mi coche. Carl no estaba y Chris y yo charlamos un rato.

—Si no recuerdo mal —dijo Chuck—, estaba de gira cuando nos casamos y no pudo venir a la boda.

—Acababa de regresar cuando llamó Jodie —dijo Carl—. Me estaba preguntando si os gustaría ver un musical que ponen en el McCormick. Lo vi en Broadway y es muy bueno.

—Me encantaría, pero no puedo pedirle a la familia de Chuck que se ocupe de los niños dos noches seguidas —respondió Lynette.

—Ésa es la excusa —intervino Chuck—. No quiere dejar a Lynette con nadie.

—Bueno, eso también es verdad.

—¿Y tú? —Carl miró a Jodie.

—¡Me encantaría! Hace siglos que no voy al teatro.

—Fantástico. Intentaré conseguir entradas para mañana por la noche. Si están agotadas, podemos ir a la sesión matinal del domingo, si te va bien.

—Mi calendario está libre los dos días.

—Entonces los hombres de por aquí son ciegos —Carl movió la cabeza—. Estás sensacional. ¿Dónde has conseguido ese bronceado? El contraste con el pelo rubio y los ojos azules es deslumbrante.

—Estuve en Hawai la semana pasada.

—¿Sola? —preguntó él, alzando una ceja.

—Bueno, no exactamente.

—Ajá.

—No, nada de eso. Estuve con mi jefe, que tenía negocios allí.

—Debe de tener ochenta años si no se ha fijado en ti.

Jodie se echó a reír; sabía que se había sonrojado.

—Es un hombre de negocios, entregado por completo a su empresa —se obligó a no mirar a Lynette.

Después de cenar, los hombres fueron a sentarse al salón mientras Jodie y Lynette recogían la cocina.

—Tengo una pregunta —dijo Lynette, mientras Jodie metía los platos en el lavavajillas—. No tienes que contestar, pero ¿te hizo Dean alguna insinuación mientras estabais en Hawai?

—¿Una insinuación? —repitió Jodie, intentando ganar tiempo.

—Ya sabes. . ¿intentó besarte o sugirió que podrías ser más que una secretaria para él? Me he dado cuenta de que te ruborizas cada vez que lo mencionas, y antes nunca habías reaccionado así —estudió el rostro de Jodie—. Tienes razón, no es asunto mío.

Eres una mujer adulta y no tengo por qué vigilarte —acarició la mejilla de Jodie—. No quiero que te hagan daño.

—No hay nada entre nosotros —contestó Jodie con sinceridad—. En la oficina es igual que siempre. Nada ha cambiado. Ya está saliendo con otra.

—No ha tardado mucho tiempo, ¿eh?

—Estoy segura de que hacen cola esperando que se fije en ella.

Fueron a la sala y Jodie miró a Carl.

—Tengo que irme a casa. Llámame cuando tengas las entradas.

—Aunque no consiga entradas para mañana, me gustaría llevarte a cenar.

—Eso me gustaría.

—Te haré un plano para ir a su casa —dijo Chuck—. Se ha cambiado desde la última vez que estuviste aquí.

—Fantástico —dijo Jodie—. Hablaremos mañana.

Jodie condujo a casa pensando en la velada. Tenía mucho aprecio a Carl. Era guapísimo y tenía un excelente sentido del humor; era inteligente y, sobre todo, cálido y amable.

No se parecía nada a Dean, que había vuelto a portarse como un oso, gruñendo a quien tuviera más cerca, que solía ser ella.

Sin embargo, esa mañana le había enviado una docena de rosas. Cuando fue a darle las gracias, Dean había asentido, sin alzar la mirada.

—Noté que las otras se estaban secando. Es agradable ver flores frescas en la oficina.

Así que las flores no eran para ella, eran para la oficina. Se acostó preguntándose qué estaría haciendo Dean esa noche.

Dean estaba en su casa leyendo los contratos que habían preparado para los nuevos clientes. Cada día había más problemas de seguridad y las empresas buscaban soluciones de alta tecnología; su negocio iba viento en popa.

Sin embargo, eso no lo hacía sentirse mejor. Se preguntó si estaba aburrido. Pero no podía ser. Eso no le ocurriría nunca.

Era casi medianoche cuando se acostó pero, aun así, le costó dormirse.

Carl había conseguido entradas para la representación del sábado por la noche.

Recogió a Jodie con tiempo suficiente para ir a cenar antes del espectáculo.

—Está usted fantástica, señorita Cameron —dijo, en cuanto ella le abrió la puerta.

—Entra, Carl. Tú sí que estás fabuloso.

—¿Fabuloso? —enarcó las cejas.

—Deberías trabajar como modelo. ¿Es un traje a medida?

Él asintió. Ella se puso el abrigo, recogió el bolso y salieron de la casa.

Para cuando llegaron al teatro, Jodie se había reído tanto que las lágrimas habían borrado el poco maquillaje que utilizaba. Pero no le importaba. No recordaba la última vez que lo había pasado tan bien.

Tal vez con Dean, pero no quería pensar en eso.

—No sé cómo has conseguido unos asientos tan buenos —dijo ella, cuando se sentaron.

—Hubo una cancelación de última hora. Tuvimos suerte.

Mientras las luces se atenuaban, Jodie se fijó en una pareja que había unas filas más adelante. Reconoció al hombre de inmediato; era Dean con su nueva novia.

Sacudió la cabeza. Era increíble que hubieran elegido la misma noche para ver el musical.

—¿Ocurre algo? —Carl se inclinó hacia ella.

—No. Acabo de ver a mi jefe. No da la impresión de estar interesado en musicales, así que me sorprendió —señaló a la pareja con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para él?

—Casi cinco años. Es una buena empresa. Me han pagado los cursos nocturnos en la universidad, me licenciaré esta primavera.

—Eso sí que es un incentivo.

Jodie observó a Dean inclinarse hacia la mujer con la que estaba. Parecía de su edad y, por lo que veía, era muy atractiva.

Cuando se abrieron la cortinas. Jodie olvidó todo excepto la mágica experiencia del teatro musical.

Dean y Susan salieron al vestíbulo en el intermedio y ella se quedó esperando mientras Dean iba a por bebidas al bar. De camino, casi se chocó con Jodie.

—Eh, hola —dijo con una sonrisa—. Que curioso encontrarnos aquí.

—Hola, Dean. Te presento a Carl Grantham.

Dean no se había dado cuenta de que estaba acompañada. Le ofreció la mano. El hombre era todo lo que él no. Muy guapo, bien plantado y parecía encantador.

—Dean es el hombre para quien trabajo —dijo Jodie.

—Me alegra conocerte. Jodie estuvo cantando tus virtudes hace un rato.

Dean miró a Jodie, que se puso roja como un tomate.

—Me alegra oírlo. Si me perdonáis, iba hacia el bar a por bebidas para Susan y para mí. Encantado de conocerte, Carl. Nos veremos en la oficina, Jodie.

Se dio la vuelta y se marchó antes de hacer algo escandaloso.

Deseaba aplastar a Carl, agarrar a Jodie y proclamar que era suya y sólo suya. Nunca había experimentado unos celos equiparables. No lo entendía. No salía con Jodie, y unos pocos besos compartidos no deberían hacerlo sentirse tan posesivo. El no solía ser celoso con las mujeres con las que salía.

Echó otro vistazo a la pareja, que parecía estar disfrutando. Frunció el ceño. No quería verla con otros hombres; maldijo para sí.

—Esa pareja con la que has hablado era despampanante. Parecen perfectos el uno para el otro. ¿Están casados?

—No. Ella es mi secretaria.

—Ya. Jodie, ¿no?

—Tienes una memoria excelente. Sí, Jodie Cameron.

—Recuerdo cuándo la contrataste. Después de unos meses, sólo sabías elogiarla.

—Dentro de una semana pasará a otro puesto en la empresa y necesitaré otra secretaria. Supongo que tú no estarías interesada, ¿verdad?

—Me temo que no —Susan se rió—. Estoy más cómoda cuidando a pacientes privados.

—¿Qué tal el trabajo que tienes ahora?

—Me gusta. De hecho, el hijo del hombre al que cuido ha demostrado interés por mí.

—Eso no me sorprende. ¿Lo estás animando?

—Creo que sí —admitió ella con una sonrisa—. Tiene dos hijas. No sé dónde está la madre, nunca la mencionan. Las niñas y yo nos llevamos muy bien. Las preocupó que esta noche fuera a salir con otro hombre.

—Una familia ya hecha. ¿Es eso lo que quieres?

—Es la única manera de tener hijos —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Esto podría convertirse en algo serio. Me parece que a él tampoco le gustó que saliera contigo hoy.

—Eso es bueno. No le diremos que eres la hermana que nunca tuve. .

—Y tú el hermano que no tuve yo —acabó ella.

—Siempre podrás contar conmigo. Si me lo presentas, le diré lo que lo espera si no te trata bien —tocó su mejilla. Susan soltó una carcajada y lo abrazó.

—No creo que sea necesario, pero lo tendré en cuenta.

Jodie vio a la atractiva mujer abrazar a Dean y volvió la cabeza. Las luces parpadearon, indicando que el espectáculo iba a reanudarse.

No le gustaba verlo con otras mujeres. Haría lo posible por no encontrárselo fuera de la oficina.

Capítulo 10

El lunes, cuando Jodie llegó a trabajar, encontró un nuevo ramo de flores. Esa vez no le dio las gracias, porque las flores eran para la oficina. Sin embargo, sí comentó que eran muy bonitas.

—¿Te gustó el musical? —preguntó él, alzando la vista del trabajo.

—Mucho. Hacía demasiado tiempo que no veía una representación. ¿Y a ti?

—Estuvo bien, supongo —encogió los hombros—. Si te gustan esa clase de cosas.

Nunca he entendido por qué, cuando se ponen románticos, se cantan cosas en vez de besarse.

—Entonces, ¿por qué fuiste?

—Susan quería verla.

—Parece muy agradable.

Él se recostó en la silla y la observó.

—Hablé con Frank hace un rato. Dijo que podías empezar a trabajar con él dentro de tres semanas, si te parece bien.

—Perfecto —aceptó ella—. Llamaré a la agencia de empleo para que busquen alguien que me sustituya.

—Jodie, eres insustituible —se aclaró la garganta—. Me gustaría que te quedases aquí, pero eso sería muy egoísta. Te mereces la oportunidad de utilizar tus estudios y no quiero impedírtelo.

—Gracias por esta oportunidad —se le humedecieron los ojos—. Te prometo que encontraré a alguien que trabaje como yo. En una semana ni notarás el cambio.

—Eso no ocurrirá —él movió la cabeza. Alzó una carta que había sobre la mesa, sugiriendo que se fuera.

Jodie volvió a su escritorio. Iba a echarlo de menos, pero era mejor así. El enamoramiento de Maui moriría de muerte natural si no lo veía tanto.

Los días fueron pasando y Jodie se adaptó a la rutina de hacer su trabajo y entrevistar a posibles secretarias.

Rachel parecía haber vuelto a la vida de Dean. Lo llamaba a diario y un día Jodie oyó que hacían planes para pasar el fin de semana juntos al mes siguiente.

Jodie dedicaba las noches a realizar proyectos académicos y estudiar para los exámenes finales. Estaba deseando cambiar de puesto; estar con Dean, que no reía ni sonreía, le daba dolor de corazón. Había vuelto a su caparazón y era como si el hombre que había conocido en Hawai hubiese dejado de existir.

Ella había tenido la esperanza de que empezara a disfrutar más de la vida, pero si él había optado por volver a ser un ocupado nombre de negocios, estaba en su derecho. No tenía por qué preocuparse de eso.

El domingo fue un día casi primaveral y Jodie decidió salir a correr. Fue a uno de los parques cercanos, aparcó, hizo ejercicios de estiramiento y se puso en marcha.

Reconoció a algunos corredores, porque llevaban años yendo por allí. El sol y el cielo despejado debía de haberlos animado a salir, como a ella. Después, paró en una tienda, compró un bocadillo y fue hacia casa.

Decidió ducharse antes comer. Acababa de empezar cuando sonó el timbre. Lynette siempre llamaba por teléfono antes de visitarla, así que no sabía quién podía ser. Salió de la ducha, se envolvió en una toalla y corrió hacia la puerta.

—¿Quién es?

—Dean.

—¿Dean? Un momento —con un ataque de pánico, fue al dormitorio, se puso una bata y volvió a abrir—. Perdona la espera. Estaba en la ducha. Por favor. Entra.

—Espero que no te importe que haya venido sin llamar antes —dijo él, entrando.

—Te perdonaré esta vez —sonrió ella—, sobre todo porque acabo de llegar y no habría contestado el teléfono. ¿Quieres tomar café mientras me visto?

—No, pero gracias.

—Siéntate —señaló el sofá—. Volveré enseguida.

Fue al dormitorio y cerró la puerta, preguntándose qué hacia Dean allí y por qué la inquietaba tanto su presencia. Se puso unos vaqueros viejos, una sudadera desvaída y zapatillas y volvió a la sala.

—Te has puesto muy cómoda —dijo él con una mueca, poniéndose en pie.

—Cierto —como él no dijo nada, volvió a hablar—. Vamos a sentarnos. Imagino que habrás venido por alguna razón concreta.

—He estado pensando —se acomodó en el sofá y ella se sentó al borde de un sillón.

—¿Sobre qué?

—Nosotros.

—No hay un «nosotros» —dijo ella, arrugando la frente.

—Sí lo hay, aunque no hagamos nada al respecto. Nos hicimos amigos en Maui. Me gustaría darle una oportunidad a la relación y ver adonde nos lleva.

Ella gimió para sí. Era peor de lo que había temido.

—No estoy de acuerdo —dijo, un momento después.

—¿Por qué no?

—Deja que enumere las razones —puso los ojos en blanco—. Una: trabajo para ti, eso ya lo hemos discutido y nada ha cambiado. Dos: no me van las aventuras. Además, sigues saliendo con Rachel y no quiero inmiscuirme en eso.

—Hemos decidido que eso no funciona. No volveré a ver a Rachel —dijo él, incómodo.

—No la imagino rompiendo contigo a no ser que sepa que sales con otra, y no creo que sea así. Siempre sé cuándo sales con alguien. Les envías flores, compras entradas para espectáculos. . —su voz se apagó y lo miró con desazón—. Me enviaste flores a mí.

—Así es.

—Bueno. . pero. . —lo miró, confusa—. No lo hacías con esa intención.

—Lo hacía exactamente con esa intención —dijo él.

—Ay, santo cielo.

—¿No lo adivinaste?

—¿Bromeas? Claro que no pensé que significaban eso —no podía creer que estuviera teniendo esa conversación con Dean.

—Jodie, me gustaría salir contigo —se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. Disfruto con tu compañía. Cuando estoy contigo lo veo todo a través de ti, y me gusta la nueva perspectiva —mantuvo los ojos fijos en ella—. Enséñame a relajarme y disfrutar más de la vida, como hicimos en Hawai.

—¿Me estás pidiendo que sea tu educadora? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Si quieres llamarlo así.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No entiendo esa pregunta.

—Me explicaré. ¿Cuánto tiempo sueles salir con una persona antes de dejarla y pasar a otra?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? No tengo ni idea.

—Pues yo sí. Una media de dos a dos meses y medio. ¿Cuánto tiempo esperas salir conmigo?

—Ésta no es la conversación que esperaba tener —protestó él, alzando las manos.

—¿De veras? —Jodie cruzó los brazos—. ¿Creías que daría saltos de alegría cuando decidieras que quieres verme fuera de la oficina? ¿Qué pretendes, Dean?

Él se recostó en el sofá, apoyó la cabeza y suspiró.

—Te echo de menos más de lo que podía imaginar. Estábamos bien juntos, nos divertíamos. Al menos yo. ¿Qué tiene de malo seguir haciéndolo?

—Supongo que podríamos probar —dijo ella, pensativa.

—Tu entusiasmo es apabullante.

—Podría ser tu persona de transición, hasta que encuentres a otra.

—«Persona de transición» —repitió él con voz plana.

—Quizá podríamos hacer eso. Sin que sea serio.

—Entonces, ¿lo harías? —él se irguió en el sofá.

—Dentro de lo razonable. Estoy ocupada con los estudios, ya lo sabes, pero podríamos vernos una vez a la semana —se animó—. Tomar café después de mis clases, o cenar el fin de semana. ¿Es eso lo que quieres?

—Lo que yo quiera da igual. Aceptaré lo que sea.

—De acuerdo entonces —se levantó—. He traído un bocadillo. Puedo compartirlo contigo, si tienes hambre.

—La verdad es que mi apetito está volviendo. ¿Sellamos el acuerdo con un beso?

—Hablábamos de comida —dijo ella, incómoda.

—Claro. ¿Por qué no te llevo a comer? Hace un día precioso. Luego podríamos dar una vuelta en coche. Pero debes saber que no sólo tengo hambre de comida —alzó su barbilla con un dedo y la besó.

No era justo, en absoluto. Sabía cómo la afectaban sus besos, ya había sentido su reacción otras veces. Ese beso no fue una excepción, aunque ella se tensó al principio, dispuesta a resistirse. Pero su gentileza derrumbó sus defensas. Dejó aflorar las emociones que había sentido con él en Hawai, y supo que eran más fuertes que su determinación de no sucumbir.

El problema era que sus objeciones seguían siendo válidas.

El problema era que la atraía tanto que no podía resistirse a pasar más tiempo con él.

El problema era que iba a sufrir cuando terminase la relación. Pero se enfrentaría al dolor cuando llegara el momento.

Capítulo 11

El miércoles siguiente, Jodie iba a marcharse de la oficina cuando Dean la llamó a su despacho.

—¿A qué hora acaban tus clases hoy? —preguntó, sin levantar la cabeza del plano que cubría su escritorio.

Era la primera pregunta personal que le hacía desde el domingo. Jodie había empezado a preguntarse si había soñado que su jefe le había pedido que saliera con él, si había fantaseado para paliar su aburrimiento.

—A las nueve.

—Dime dónde podemos vernos —dijo él, marcando algo en el plano.

—Pues. . hay una cafetería a un par de manzanas. .

—No. Te recogeré al salir de clase. ¿Dónde es? —como no contestó, se irguió y la miró. Seguía utilizando su actitud de jefe, dando órdenes.

Un momento después, ella le dio la dirección, giró sobre los talones y se fue.

Dean la observó marchar. No sabía qué había hecho mal, pero notó en la rigidez de sus hombros que no estaba contenta con él.

Giró la cabeza para destensar los músculos del cuello. Las mujeres eran un misterio que nunca había podido resolver. Hasta entonces, no le había importado.

Pero desde su regreso de Hawai le costaba concentrarse cuando ella estaba cerca.

Se sentía asqueado consigo mismo por no poder controlar sus emociones. En cuanto ella entraba en el despacho, deseaba hacerle el amor. Tenía que quedarse detrás del escritorio para que no viera la respuesta física que provocaba en él.

Así que procuraba mirarla sólo cuando era estrictamente necesario. El problema era que su voz le causaba la misma reacción.

Lo estaba volviendo loco.

Pero era demasiado tarde para arreglarlo. Cuando volvieron de Hawai y se negó a comer con él, intentó olvidar la atracción que sentía. No había podido.

Y cuando por fin conseguía convencerla para salir, la había

ofendido sin saber cómo.

Bien hecho, Logan.

Esa noche, cuando salió de clase, Jodie vio a Dean apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Se sobresaltó. Le recordaba demasiado al hombre que había conocido en Hawai, no al que era su jefe. Fue hacia él.

—Hola —saludó.

—Hola —sonrió—. ¿Lista para tomar un café?

—Claro.

—Hace un tiempo horrible. ¿Quieres venir a mi casa?

—¿A tomar café? —enarcó una ceja.

—Desde luego —repuso él con expresión inocente.

—De acuerdo.

Cuando llegaron a la puerta del edificio, Jodie vio que llovía a cántaros. El abrió un paraguas, la atrajo hacia sí y la llevó al coche a toda prisa.

—Buuf —dijo ella sin aliento, ya dentro del coche.

—¿Dónde está tu coche?

—En casa. Vine en autobús —observó los limpiaparabrisas batallando con la lluvia—.

No esperaba tormenta.

—Y sabías que podría llevarte a tu casa.

—Eso también.

Nunca había estado en el piso de Dean, pero sabía que vivía en uno de los rascacielos que daban al lago Michigan. Entraron en el garaje subterráneo y Dean aparcó junto a los ascensores, en un hueco que tenía su nombre escrito encima. Cuando entraron en el piso, Jodie sólo pudo pensar que estaba fuera de lugar.

—Siéntate. Iré a preparar café —dijo él, tras ayudarla a quitarse el abrigo.

Jodie fue hacia el ventanal y contempló las luces apagadas por la lluvia. Si había necesitado poner los pies en la tierra, lo había conseguido. El piso de Hawai le había parecido muy lujoso, pero ése lo era aún más. Cerró los ojos. Sería una idiota si creyera que él podía tener algo más que un interés pasajero por ella.

—Aquí tienes —dijo él, a su espalda. Jodie se volvió y lo observó dejar una bandeja en la mesita de café que había frente al ventanal.

—¿Qué hago aquí? —preguntó, acercándose.

—¿Tomar café?

—No me refiero a eso —movió la cabeza de lado a lado y se sentó en el sofá—. Esto no va a funcionar.

—Me pareció que habías te enfadado conmigo cuando saliste de la oficina —comentó él, sentándose.

—Eso era algo distinto —tomó un sorbo de café. Se dio cuenta de que le temblaban las manos y sujetó la taza con las dos, para calentárselas.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido para hacerte cambiar de opinión en tres días?

Ella no contestó, siguió bebiendo café.

—¿Se supone que tengo que adivinarlo? —preguntó él, con el tono que utilizaba en el trabajo, como jefe.

Jodie dejó la taza en la bandeja y lo miró. El problema era que en ese momento no parecía su jefe. Con el pelo revuelto y un jersey de ochos, le recordaba al hombre con el que había disfrutado en Hawai.

—Sé que dije que te vería —se mordió el labio—, pero lo cierto es que venimos de dos mundos distintos y nada va a cambiar eso. Vivo una vida tranquila y tengo gustos sencillos. No soy tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo? —preguntó él, tenso.

—Las mujeres acostumbradas a este lujo —señaló vagamente con la mano—, que lo esperan. Mujeres que van a óperas y sinfonías, y salen en revistas. Yo no soy así.

—No recuerdo haberte invitado a una ópera o a una sinfonía —comentó él, con expresión irónica.

—Sabes a qué me refiero —barbotó ella.

—Ojalá lo supiera. ¿Qué demonios pasa por esa ajetreada cabecita tuya?

—He recuperado la cordura. No puedo hacerlo. Lo siento —se puso en pie—. Tengo que irme a casa. Llamaré a un taxi.

—Ni lo sueñes. No huirás de esta conversación.

—Por favor, sal con otra persona. La mujer que llevaste al musical, por ejemplo. O. .

me da igual. Con otra persona.

—Creo que estás demostrando tus prejuicios.

—¿De qué hablas?

—¿No puedes salir conmigo porque asisto a varios actos sociales en la ciudad? ¿O

porque trabajas para mí?

—Me disgusta que me des órdenes cuando no se trata de un tema de trabajo.

—¿Podrías darme un ejemplo?

—Esta tarde. Tomaste las riendas en cuanto accedí a verte. Decidiste qué ibas a hacer y dónde encontrarnos.

—Podrías haber dicho que no.

—Es cierto. Debería haberlo hecho.

—Tengo la sensación de que hablamos en círculos, sin llegar al meollo de lo que te preocupa.

—De acuerdo, aquí está. Hawai fue fantástico. No podía haber imaginado unas vacaciones más perfectas. Pero se acabaron. Sí, existe atracción entre nosotros. Tú quieres potenciarla. Yo quiero ignorarla, y por eso me alegra cambiar de departamento la semana que viene. Olvidemos Hawai y sigamos con nuestras vidas.

—Creo que lo hemos intentado pero a mí, al menos, me ha parecido imposible después de conocerte mejor.

—No puedo hacerlo —musitó ella. Cerró los ojos.

El tenso silencio casi se mascaba. Él miró su café en silencio. Poco después, alzó el rostro, inexpresivo.

—Te llevaré a casa —ofreció.

Jodie esperó a estar sola en casa para romper a llorar.

La semana siguiente, Jodie se trasladó al departamento de ingeniería. Dean había contratado a Candace Rudin, siguiendo la recomendación de Jodie. Parecía competente y Jodie no había tardado mucho en enseñarle cómo le gustaban las cosas a Dean.

En su nuevo departamento, Jodie se empeñó en aprender cuanto antes. Pasaron varias semanas y Frank encomió su labor repetidas veces. Llevaba allí dos meses cuando Frank llevó un sobre a su escritorio.

—¿No es día de pago, verdad? —preguntó ella.

—No. Es hora de que aprendas de primera mano cómo se instala nuestro equipo. Es tu billete de avión.

—¿No hay algún sitio al que podamos ir en coche?

—Lo siento. Además, yo no iré. Logan dijo que como ya has visitado esa empresa, tenía sentido que vieras el siguiente paso.

Estará contigo para enseñártelo todo.

Ella sólo había visitado la empresa de Honolulu. Miró dentro del sobre y el billete confirmó su sospecha.

—No he terminado con lo que estoy haciendo —señaló, mirando a Frank.

—Es igual, no corre prisa. Además, sólo estarás en Hawai unos días, cuatro como mucho.

—Ah —se obligó a sonreír—. Bueno. Eso está bien. Me gustará participar en la instalación. Pero me sorprende que sea Dean quien la haga.

—Admito que no ha hecho una instalación en mucho tiempo. Supongo que no quiere perder práctica —Frank se encogió de hombros—. No te preocupes. Ya sabes cómo es; al menos no te pillará por sorpresa cuando empieza a ladrarte por no ir lo bastante rápido.

Ignóralo.

—Haré lo que pueda.

Capítulo 12

Dean la saludó animosamente cuando llegó al aeropuerto la mañana siguiente. Ese día ambos iban vestidos para trabajar, trajeados.

—Buenos días —le dijo, acercándose.

—Me alegro de verte otra vez —dijo él con cortesía—. ¿Has facturado la maleta?

Ella asintió.

—¿Has desayunado? Si no, hay un restaurante dentro donde podríamos comer algo.

—Muy bien.

Empezó a caminar por el corredor y Jodie tuvo que acelerar el paso para seguir su ritmo. Ya en el restaurante, se sentaron y pidieron. Jodie estaba sin aliento, y una de las razones era que Dean parecía un pirata moderno con ese traje oscuro. Sólo le faltaba llevar un cuchillo entre los dientes.

—¿Cómo está funcionando Candace? —preguntó.

—Va bien.

A ella no se le ocurrió nada más que decir. Quería preguntarle por qué iba él a hacer la instalación. Pero no lo hizo.

Quería preguntarle por qué había pedido que lo acompañara ella, dada la situación.

Pero no lo hizo.

Tal vez quería probarle que había seguido adelante cuando ella lo rechazó. Sin duda ya tendría una nueva relación a esas alturas.

Era mejor así. Ella deseó haber estado viendo a alguien las semanas pasadas, alguien que la hubiera ayudado a olvidar su atracción por él. El viaje resultaría mucho más fácil si ése fuera el caso.

—¿Qué te parece trabajar para Frank? —preguntó Dean tras un largo silencio.

—Es fantástico. Estoy fascinada con lo que hacemos.

—Ahora verás cómo implementamos en las oficinas de Furukawa el trabajo que hace tu departamento —hizo una pausa—. Pensé que te gustaría ver las islas de nuevo.

—¿Nos alojaremos en el piso?

—No. Candace nos ha reservado habitaciones en un hotel de Honolulu!

—Oh.

—¿Vamos a la puerta de embarque?

Ella asintió y se pusieron en marcha. Dean iba tan rápido que Jodie tuvo que detenerlo.

—Dean, no puedo seguir tu paso con estos tacones. ¿Harías el favor de ir más despacio?

—Perdona —se paró y esperó a que llegara a su lado—. Estaba pensando en otras cosas.

Llegaron a la sala de embarque y se sentaron.

—Parece que están cargando el equipaje —comentó Dean, señalando el que debía ser su avión—. Embarcaremos enseguida —miró su reloj—. ¿Tienes algo que leer en el avión?

—Sí, en el bolso —Jodie pensó que Dean no solía ser tan parlanchín. Hablar por hablar no encajaba con él—. ¿Dean?

—¿Sí?

—Mira, sé que esto es incómodo para los dos. Te agradezco que me acompañes. Sé que no era necesario que fueras tú en persona.

—Lo cierto es que pensé que Furukawa debía de saber que la seguridad de su empresa me importa. Hemos seguido en contacto estas semanas, finalizando el contrato tomando las últimas decisiones. Que sea yo quien instale los sistemas es importante en este caso.

—¿Empezaremos esta tarde?

—Con el trabajo, no. Pero iremos a su oficina a verlo y a invitarlo a cenar si no tiene otros planes. Empezaremos con la instalación a primera hora de la mañana. No serán más que un par de días, si todo va bien.

El asistente de vuelo anunció que era hora de embarcar y se levantaron. De nuevo, iban en primera clase.

Jodie, cuando supo lo del viaje fue al médico y le pidió algo para controlar su miedo a volar. Le había dado un calmante suave para que lo tomara media hora antes de iniciar el vuelo. Lo había hecho con el desayuno y ya se sentía más relajada.

—¿Prefieres sentarte en el pasillo? —preguntó Dean, cuando llegaron a sus asientos.

—Sí, por favor —sacó la revista del avión del bolsillo del asiento

delantero y empezó a leer.

—¿Estás tranquila respecto a volar?

—Creo que sí. Sí.

Notó que él no la creía, pero le dio igual. Tenía que acostumbrarse a volar, ahora que tenía que representar a la empresa.

Para cuando despegaron, empezaba a adormilarse. Había dormido fatal, odiando la idea de pasar tiempo con Dean. La falta de sueño, junto con el calmante, hizo que empezara a bostezar en cuanto el avión se niveló. Echó el asiento hacia atrás y se durmió.

Dean aprovechó la oportunidad para estudiarla: la forma de su boca, sus espesas pestañas, la leve curva de su nariz.

Había echado de menos verla todos los días. Cuando se descubrió paseando por delante de su departamento con la esperanza de verla, admitió que estaba perdido.

Sus sueños estaban llenos de ella. . charlando, haciéndole el amor, conduciendo. Nunca estaba solo mientras dormía y eso hacía muy difícil el despertar y comprobar que silo estaba y nada era real.

Dean no entendía lo que le estaba ocurriendo. Tal vez se debía a que no había estado con ninguna mujer desde que el viaje a Hawai.

No había sentido suficiente interés por Rachel para responder a sus insinuaciones sexuales; eso la había convencido de que su relación había terminado.

Habían pasado juntos un fin de semana; el último esfuerzo desesperado de Rachel para demostrar algo; a él o a sí misma. A pesar de todos sus intentos de seducirlo: ropa de cama provocativa, un masaje. . fracasó.

El se decía que había estado demasiado cansado. Soñar con Jodie era más satisfactorio que la realidad de estar con Rachel.

El viaje a Hawai tenía la intención de demostrarse a sí mismo que sus fantasías sobre Jodie eran absurdas. Candace había reservado una suite con dos dormitorios. No pasarían mucho tiempo en ella.

Era un viaje estrictamente de trabajo. No sentía lujuria por ella.

Lo que necesitaba era encontrar a una persona agradable con quien salir: rubia y con ojos azules, esbelta y en forma, con quien pudiera charlar y que lo hiciese reír.

Alguien como Jodie.

Dean la despertó cuando llegaban a Los Ángeles. Tenían el tiempo justo para embarcar en el avión siguiente y ninguno de los dos habló mucho.

De nuevo en el avión, Jodie leyó un poco pero se durmió en menos de una hora. Por eso se sentía descansada y lista para trabajar cuando aterrizaron en Honolulu.

Fueron al hotel y Jodie descubrió que el salón tenía una vista fantástica y había dos dormitorios en extremos opuestos de la habitación.

Se reunieron con Steve Furukawa en su oficina y le mostraron el esquema de la instalación. Dean contestó a todas sus preguntas y, cuando Steve estuvo satisfecho, concretaron una hora para empezar al día siguiente.

Steve accedió a cenar con ellos, pero Jodie pidió que la disculparan. Cuando Dean salió, se puso ropa más informal y dio un largo paseo por la playa.

Tenía que enfrentarse a un hecho: estaba enamorada de Dean Logan. No estaba segura de cuándo había ocurrido, pero era indudable. Estar con él de nuevo le había demostrado que se había engañado al creer que había superado su atracción. Por supuesto, no haría nada al respecto; no era ni tan tonta ni tan autodestructiva.

Se preguntó si habría algún grupo de apoyo que la ayudase a olvidarlo. Si lo había, iría a las reuniones.

Cuando regresó al hotel, el ejercicio había cumplido su misión. Estaba cansada, lo suficiente, esperaba, para dormir. El día siguiente sería muy largo.

La sorprendió descubrir que Dean estaba en la suite. Lo encontró en el balcón sentado en una silla, con los pies sobre otra, tomando una copa.

—¿Qué tal fue la cena? —le preguntó, acercándose. El quitó los pies de la silla y le indicó que se sentara.

—La comida fue buena y me gustó conocer mejor a Steve. Me contó la historia de su familia. Vinieron a Hawai desde Japón hace muchos años. Es un hombre interesante.

Ella se sentó y apoyó los pies descalzos en la barandilla.

—Hay algo casi mágico en este lugar. El olor a flores, la brisa. Es fácil olvidar que hay otro mundo ahí fuera.

—Te vi pasear por la orilla del mar. Me alegró verte. Me

preocupé al ver que no estabas aquí.

—No pensaba que fueras a volver tan pronto.

—Steve quería ir a casa para ver a su familia. Me habló de sus hijos e hijas. Está muy orgulloso de ellos.

—Me sorprendes continuamente —comentó ella.

—¿En qué sentido?

—No te imagino escuchando historias sobre niños.

—¿Por qué no?

—No te veo como hombre de familia —encogió los hombros—. No pretendía ofenderte —dijo, al ver que él no contestaba.

—No me he ofendido. Nunca me he considerado uno, así que supongo que tienes razón.

Estuvieron un rato más en el balcón, disfrutando de la brisa nocturna.

—Me voy a la cama. Te veré por la mañana —dijo Dean poniéndose en pie y estirándose. Jodie también se levantó. Dean apagó la luz de la habitación, que quedó bañada en luz de luna.

—Gracias por darme esta oportunidad, Dean.

—De nada. Por lo visto, siento un placer masoquista siempre que estoy contigo.

—¿Qué quieres decir?

—No simules no saberlo, Jodie. Quiero hacerte el amor con tanta desesperación que duele. Y eso cuando no estás presente.

—No lo sabía —susurró ella, esperando que la oscuridad ocultara su rubor y el temblor de su cuerpo.

—¿Quieres una demostración? —preguntó él. Avanzó hacia ella y la tomó en brazos.

El beso fue suave al principio. Si la hubiera agarrado, le habría dado un empujón. Fue su gentileza lo que la desarmó.

El beso se hizo más apasionado y Jodie notó la evidente presión de su erección.

Campanas de alarma se dispararon en su mente. Pero le dio igual. Rodeó su cuello con los brazos y le devolvió el beso con toda la pasión y amor que sentía por él.

—Perdona. Eso ha sido inexcusable —dijo Dean, apartándose un momento después —

se dio la vuelta y fue hacia su dormitorio—. Buenas noches.

¿Buenas noches? Después de besarla hasta quitarle el sentido,

sólo se le ocurría decir buenas noches.

Cada nervio del cuerpo de Jodie era puro cosquilleo. Inspiró profundamente, tan temblorosa que apenas podía mantenerse en pie. No entendía que tuviera el descaro de empezar algo que no pretendía acabar.

Se dijo que debería estarle agradecida.

Fue hacia su dormitorio y, de pronto, giró en redondo, cruzó la habitación y abrió la puerta del de él, sin llamar. No lo vio, pero sabía que estaba allí.

—¡Eso ha sido un truco muy sucio, Dean Logan! ¿Cómo te atreves a empezar algo y luego marcharte como si no hubiera ocurrido nada?

Cerró de un portazo y regresó a su dormitorio.

Era un caradura. Y sólo porque se había negado a salir con él. El saber que hacer el amor con él sería fatal para ella, no implicaba que pudiera darse la vuelta tras el apasionado beso que habían compartido.

Tal vez si deseaba una aventura. Desde luego, era lo único que Dean pretendía tener con ella.

Fue al cuarto de baño, se desnudó y decidió darse una ducha para calmarse. Abrió el grifo y se metió debajo, necesitando agua fría que refrescara su ardor. Dejó que el chorro golpeara su rostro, obligándose a olvidar su frustración y a controlar sus emociones.

Por eso no oyó a Dean entrar en la habitación, hasta que se abrió la puerta de la cabina de ducha y Dean entró, luciendo únicamente una sonrisa.

Capítulo 13

Fue una lástima no tener una cámara para captar la expresión de Jodie al verlo.

—Tienes razón, como siempre —dijo con voz sedosa—. Un caballero nunca debería empezar algo que no tiene intención de acabar —le quitó la esponja de la mano—. Date la vuelta y te lavaré la espalda.

Ella lo miró y parpadeó. Si había creído que el beso no lo había afectado, sus ojos le estaban demostrando lo contrario. Había tenido un efecto físico muy obvio.

—¿Dean? —su voz sonó estrangulada. Él le dio la vuelta y siguió la línea de su columna con un dedo, desde la nuca hasta el principio del delicioso trasero.

—¿Si?

—¿Qué estás haciendo?

—¿No es obvio? Frotándote la espalda —se tomó su tiempo deslizando la esponja de arriba a bajo, deteniéndose para poner las manos en sus caderas.

—Eso no es lo que. . —calló y apoyó la barbilla en el pecho.

—No quiero que ninguna mujer se enfade conmigo por no acabar lo que he empezado.

Ella giró lentamente y lo miró. Él sonrió.

—¿De veras vamos a hacer esto? —jadeó ella.

—Sí, de veras —respondió él. Dejó caer la esponja y tomó su rostro entre las manos.

Era adorable. Tocó sus labios con la lengua. Tenía una piel muy suave. La besó, luchando por contenerse hasta que estuviera tan dispuesta como él.

Ella situó las manos tentativamente en su pecho y se acercó más, abriendo la boca como un capullo de rosa.

—Creo que la ducha se acabó, ¿no? —preguntó él, dejando caer las manos y dando un paso atrás.

Al verla asentir con la cabeza, Dean cerró el grifo. La guió fuera de la ducha y la secó rápidamente. El hizo lo propio, dejó caer la toalla y la alzó en brazos. Ella apoyó la cabeza en su hombro, cerró los ojos y suspiró.

La situó en su cama y se tumbó a su lado.

—He traído protección —susurró, señalando la mesilla con la cabeza. Ella abrió los ojos como platos al ver la cantidad que había llevado. Dean sonrió—. Por si acaso.

Volvió a besarla mientras exploraba las curvas y huecos de su cuerpo con las manos.

Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo. Ella se movió e intentó tocarlo.

—No —Dean detuvo su mano—. Esto es para ti, no para mí —besó su mandíbula y bajó por el cuello, hasta tocar un pezón con la lengua.

Ella gimió y él alzó la vista para mirarla. Tenía los ojos cerrados y estaba sonrojada, pero la placentera sonrisa lo animó a seguir. Capturó el pezón con la loca mientras acariciaba el otro con la mano, después deslizó una la mano por su estómago y abdomen hasta que descansó en el suave nido de rizos rubios.

Jodie se apretó contra su mano, invitándolo, y él siguió hacia abajo, notando su húmeda calidez. Se arrodilló entre sus piernas. Ella intentó agarrarlo y tomó las manos entre las suyas antes de agachar la cabeza y besar sus rizos.

Ella dio un bote como si la hubieran electrocutado, y él la tranquilizó con murmullos mientras exploraba. Pronto la llevó al clímax y, mientras gritaba, Dean se situó sobre ella y se deslizó en su interior.

Jodie lo abrazó y se acopló al ritmo lento que tanto le estaba costando seguir a él. Su cuerpo vibraba de impaciencia y al final dejó de controlarse. Se movieron juntos, gimiendo suavemente y jadeando.

Cuando ella lo apretó con un ritmo espasmódico, llegó al clímax con ella y con un último empujón se enterró en lo más profundo.

Se dejó caer sobre los codos, teniendo cuidado de no descargar demasiado peso sobre ella, antes de rodar de costado y apoyarse en la almohada.

Siguieron tumbados en silencio, recuperando el aliento.

—Guau —murmuró Jodie al fin.

—Como poco —dijo él, girando la cabeza para mirarla. Ella se puso de costado y lo miró con fijeza.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Dean, nervioso por el

silencio.

—Mi cerebro dejó de pensar hace rato —le contestó.

Él se levantó y fue al cuarto de baño, preguntándose si ella ya se estaba arrepintiendo de lo hecho.

Jodie contempló la puerta cerrarse a su espalda y se obligó a enfrentarse a lo que acababa de ocurrir, y que ella había provocado con su comentario.

Debería haber imaginado que Dean sería fantástico en la cama. Si lo pensaba bien, había esperado sexo; sin embargo, habían hecho el amor.

—¿Quieres probar esa ducha de nuevo? —preguntó él un poco después, mirándola desde el baño.

—Vale.

A pesar de que él ya había visto todo lo que tenía por ver, sintió timidez y se puso la bata.

En cuanto se reunió con él, él se la quitó y tomó sus senos con la mano. Los besó uno tras otro y la miró enigmático.

—Esto no es lo que esperaba.

—¿El qué?

—Te deseo tanto ahora como antes.

Ella bajó la vista.

—Ya lo veo.

—Sin embargo, no creo que pienses que soy un animal —se apartó de ella con desgana y abrió el grifo. Extendió el brazo y le dio la mano.

Ella lo enjabonó con la esponja, disfrutando de su reacción cuando deslizó la mano por su miembro. Después le frotó la espalda y descubrió que esa panorámica tampoco estaba nada mal.

Después de aclararse, él la lavó, colocó los brazos bajo sus caderas y la alzó, obligándola a rodear su cintura con las piernas.

La postura la dejó abierta a él, y se introdujo en su interior, apoyándola contra la pared.

Jodie cerró los ojos, se abrazó a su cuello y se entregó a la experiencia.

—¿Jodie?

—¿Hum?

—Tenemos que levantarnos. Son casi las seis.

—¿Ya? —abrió los ojos de golpe—. ¿Cómo ha ocurrido eso? Me

siento como si acabara de dormirme.

—Seguramente porque es así. Me temo que te tuve despierta la mayor parte de la noche —salió de la cama y fue hacia la puerta—. Si nos damos prisa, podremos comer algo antes de ir a trabajar.

Jodie no perdió tiempo en salir de la cama. Se vistió a toda prisa y se asustó al ver que tenía el pelo revuelto y de punta. Esa era la consecuencia de acostarse con el pelo mojado. Pero la noche anterior no había pensado en eso. Hizo lo que pudo con él, recogiéndoselo en un moño lo más arreglado posible.

Dean la esperaba en la sala. Llevaba una chaqueta y pantalones, y el cuello de la camisa desabrochado.

Decidieron desayunar en la cafetería del hotel. Después de pedir, Jodie bebió su café y miró por la ventana. Cuando por fin miró a Dean, él la estudiaba atentamente, y se sintió incómoda.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

—Me preocupa que ya te estés arrepintiendo de lo que sucedió anoche.

—Es demasiado tarde para arrepentirse.

—Pero lamentas que ocurriese.

—Complica las cosas.

—¿En qué sentido?

—Sabes mejor que yo que esta relación no va a ningún sitio.

—No lo sé en absoluto. ¿Dónde quieres que vaya?

Le había dado la pauta perfecta para decirle que quería matrimonio, un hogar, una familia y un esposo que la amara. Dean Logan no querría ser ese hombre.

—Nunca te haría daño, ya lo sabes —dijo él—. ¿Qué tiene de malo que pasemos juntos nuestro tiempo libre? Los dos somos adultos. Ninguno de los dos tenemos compromisos con otra persona.

Por fortuna, los desayunos llegaron en ese momento, interrumpiendo la conversación.

Mientras comían, Jodie le preguntó sobre el trabajo y qué harían primero.

Para cuando llegaron a la oficina de Steve, en taxi, ambos estaban concentrados en realizar su tarea lo antes posible.

Jodie no pudo evitar darse cuenta de lo bien que trabajaban juntos, hablándose con medias frases; un sistema que habían desarrollado cuando era su secretaria. Al final del día, Dean parecía

satisfecho con los progresos realizados.

—Si mañana va tan bien como hoy, podremos regresar a Chicago pasado mañana.

—Eso suena bien —contestó ella. El día había consumido su energía, sobre todo porque no había dormido mucho. Regresaron al hotel en taxi.

—Creo que pediré algo para cenar y me acostaré temprano. Estoy agotada —dijo Jodie.

—Te he hecho trabajar mucho hoy. Lo hiciste muy bien, por cierto.

—Si no te importa, me gustaría darme un baño antes de cenar —comentó ella, agarrándose las manos.

—Por supuesto que no —arrugó la frente—. ¿Te he forzado demasiado?

—En realidad no. Supongo que consumí mucha energía nerviosa intentando aprender tantas cosas lo más rápido posible.

—Deberías haber dicho algo.

—Lo estoy haciendo —le sonrió.

—Me refería a antes de ahora.

—Estoy bien, Dean. Sólo muy cansada.

—A mí tampoco me apetece salir a cenar. Dime qué te apetece y lo pediré mientras te bañas.

—Una ensalada de la casa —replicó ella. Le daba igual. En realidad no tenía hambre.

Quería estar sola.

Fue a su habitación y cerró la puerta. Miró la cama con anhelo. Había tenido que usar toda su concentración para seguir las instrucciones de Dean, en vez de pensar en lo ocurrido la noche anterior.

Estaba enganchada del todo. El problema era que él no la quería para siempre. Si seguía viéndolo cuando regresaran a casa, no tardaría en dejarla.

Se metió en la bañera y el agua caliente la relajó. Apoyó la cabeza y cerró los ojos.

Dean miró su reloj cuando les subieron la comida. No había oído a Jodie en más de media hora. Llamó a su puerta.

—¿Jodie? Tu ensalada está aquí. ¿Vienes a cenar?

No hubo respuesta. Abrió la puerta. La única luz provenía del

cuarto de baño.

—¿Jodie? —llamó, alarmado. Entró al baño y la encontró dormida en la bañera. Sintió una oleada de ternura, aunque era una emoción casi desconocida para él.

—Jodie —dijo con voz firme. Ella abrió los ojos y se incorporó —. Siento haber entrado, pero la cena está aquí —se dio la vuelta y salió de la habitación.

Jodie miró su espalda con sorpresa. Sonaba irritado. Después soltó una risita. Dean solía sonar irritado, no tenía por qué sorprenderse.

Pero todo le parecía distinto desde que le había hecho el amor, susurrándole palabras cariñosas. En realidad, ella lo había provocado, así que sólo podía culparse a sí misma.

Se puso el pijama y la bata y salió a la sala. Dean miraba por la ventana, con las manos en los bolsillos.

—Siento haber tardado tanto. Como has visto, me dormí en la bañera.

—Te debo una disculpa por haberte hecho trabajar tanto hoy —dijo él, yendo hacia la mesa—. Estoy acostumbrado a forzarme al límite hasta que acabo.

—No me importó —se sentó a la mesa—. Deberías haber cenado. Tu comida debe de estar fría.

—Es igual.

Comieron en un tenso silencio. Una vez acabaron, Dean sacó el carrito al vestíbulo.

—Me gustaría comentar algo contigo, si no te importa —dijo, al regresar.

—Desde luego —aceptó ella, mucho más descansada tras su siestecita en la bañera.

—Tengo que pedirte disculpas por lo de anoche —se sentó frente a ella—. No tenía derecho a entrar en tu dormitorio y meterme en la ducha contigo. ¿Podría alegar demencia temporal?

Ella sonrió. Por eso estaba tan serio.

—Después de lo que te dije, ¿qué hombre con sangre en las venas habría rechazado el reto?

—Bueno, eso es verdad —sus hombros se relajaron—. Sin embargo, me remuerde la conciencia y necesito confesar. Te traje en este viaje con la esperanza de que ocurriese algo entre nosotros.

—Lo sospechaba. Eres muy agresivo cuando te propones algo, y yo debía de estar en la lista. Pero recuerda que anoche participé de buen grado.

—Pero no te gustan las aventuras.

—Es cierto. Y no creo que debamos seguir viéndolos cuando regresemos. Sería demasiado incómodo para los dos. Te admiro y te respeto. «Y estoy loca por ti», pensó sin decirlo. Pero no puedo ser lo que tú quieres.

—¿Y qué es lo que yo quiero?

—Una compañera a corto plazo, que esté disponible cuando tengas tiempo de verla y que acepte lo que quieres, sin compromisos. Alguien como Rachel.

—Creo que he dejado claro que no estoy viendo a Rachel, ni a nadie, a decir verdad —

protestó él, frustrado—. Haces que parezca un hombre superficial.

—No es mi intención. Tu compromiso con la empresa es total. No tienes sitio para nada más que una relación pasajera.

—Y tú no eres de las pasajeras, imagino.

—Por desgracia, no. Sin embargo, no pareces tener problema para encontrar a otras que acepten eso.

—¿Qué quieres de mí? —exigió Dean—. ¿Debo declarar que tengo intenciones honestas? ¿Qué quiero casarme, vivir en un barrio residencial y formar una familia?

—Nunca sugeriría algo así —dijo ella tras mirarlo largamente.

—Me alegro. Porque no soy esa clase de hombre.

—Lo sé —musitó ella.

—Entonces, lo de anoche fue una aberración que no volverá a repetirse.

—Así es.

—Bien —cruzó los brazos—. Puedo vivir con eso. ¿Es ahora cuando debo preguntar si te gustó tanto como a mí?

—Fue sensacional —dijo ella, sonriente.

—Sí, lo fue —corroboró él, con expresión anonadada. Estuvieron en silencio unos minutos—. Será mejor que vayamos a dormir. Mañana será otro día largo.

—Buenas noches, Dean —Jodie se puso en pie y fue a su dormitorio.

El se quedó sentado un largo rato, mirando por la ventana. De repente, salió de la suite y bajó a la playa.

Estuvo paseando hasta el amanecer.

Capítulo 14

Seis semanas después

—Señor Logan, el señor Greenfeld está aquí.

Candance Rudin se había acostumbrado al trabajo con una facilidad alarmante. Era puntual, eficiente y discreta. Una buena secretaria.

Pero él, maldito fuera, echaba a Jodie de menos más cada día que pasaba. . como secretaria, por supuesto.

—Dile a Betty que lo haga pasar, por favor.

Ella asintió y volvió a su escritorio. Era una mujer muy agradable. Un poco formal, quizá; le había dicho que no se sentía cómoda llamándolo por su nombre de pila. Vivía sola, exceptuando a dos gatos, desde la muerte de su marido, dos años antes. Sus tres hijos ya eran mayores. No le importaba hacer horas extra y aguantaba bien sus cambios de humor.

No podía pedir más.

Dean se acercó a una de las ventanas. No había visto a Jodie desde que regresaron de Hawai. Ya no buscaba excusas para ir a su departamento y verla. Ella había dejado muy clara su postura y pretendía respetarla.

Había salido con otras mujeres a cenar, al teatro, al cine e incluso al fútbol. Pero al final de la velada, les daba un beso de buenas noches y volvía a casa.

Ninguna lo atraía, a pesar de su inteligencia, su belleza y su forma de tratarlo. Las citas lo aburrían.

—Me alegro de verte, Jacob —dijo al oír llegar a Greenfeld. Caminó hacia él con el brazo estirado.

—Y yo a ti, Dean —contestó Jacob con una sonrisa, dándole la mano—. Gracias por recibirme.

—¿Bromeas? Me ha encantado saber de ti después de tanto tiempo. ¿Cómo te ha ido?

Dean se sumergió en el trabajo y dejó de pensar Jodie. . hasta esa noche, cuando se durmió abrazado a la almohada y soñó que estaba con ella.

A la mañana siguiente se recriminó por su actitud. Nunca había aceptado un no por respuesta cuando quería algo de verdad. La

marcha de Jodie había dejado un gran agujero en su vida; y no era sólo cuestión de sexo, por fantástico que hubiera sido.

Echaba de menos verla, el sonido de su voz y el delicado aroma de su perfume.

Aunque no volviera a verla nunca, siempre recordaría el placer de llevarla al orgasmo y tenerla en sus brazos después.

Ya se había licenciado, pero no le había enviado una notificación. De todas formas, le envió un regalo. Recibió una nota de agradecimiento que podría haber sido escrita para su tía abuela Harriet; si la hubiera tenido.

Había tenido la esperanza de que ella cambiara de opinión con el tiempo, pero empezaba a pensar que sería viejo antes de que eso ocurriera.

Tendría que tomar medidas drásticas; empezó a formular un plan. Era un hombre de acción; incluso ella había dicho que era agresivo cuando quería algo.

Estaba dispuesto a admitir que la quería a ella y a nadie más. No podía esperar a tenerla de nuevo en su vida, incluso en los términos que ella impusiera.

—¿No hace un día precioso? —comentó Lynette, tumbada sobre una manta, en un parque de Chicago—. Me alegro mucho de haber planeado esto.

Jodie asintió. Tenía a Emily sobre el regazo, y Chuck jugaba con los niños a la pelota.

—¿Cómo te sientes ahora que te has licenciado?

—Un poco perdida. No sé que hacer con tanto tiempo libre.

—Pues a nosotros nos ha venido de miedo. Chuck y yo hemos disfrutado mucho las noches que cuidas de los niños —sonrió—. Me siento decadente durmiendo hasta tarde un día a la semana.

—Te lo mereces.

—Así se hace, Kyle —gritó Lynette de repente. Luego se volvió de nuevo hacia Jodie

—. Ya apenas hablas del trabajo. ¿Por qué?

—No hay nada de qué hablar —Jodie encogió los hombros—. Estoy aprendiendo tanto que a veces la cabeza me da vueltas, pero disfruto.

—Y vamos a seguir sin hablar de Dean, ¿supongo?

—No hay nada de qué hablar. Hace mucho que. . —su voz se

apagó.

—¿Qué ocurre?

—Si no me equivoco, Dean Logan viene hacia aquí.

—¿En serio? —Lynette se sentó—. ¿Quién es?

Jodie señaló con la cabeza al hombre que se acercaba.

—Bromeas. Está de miedo —susurró Lynette con sorpresa—. Y siempre has dicho que era una mole con rostro pétreo e inexpresivo.

—Así es.

—Esa sonrisa podría fundir la piedra, cariño. ¡Y creo que está dirigida a ti!

—Hola —saludó él al llegar—. Me pareció que eras tú —miró a Lynette y luego a Jodie

—. ¿Os importa si me uno a vosotros?

Antes de que Jodie pudiera contestar, Lynette se movió y le hizo un sitio en la manta.

—Nos encantaría, ¿verdad, Jodie? —preguntó con los ojos muy abiertos y burlona inocencia.

El no esperó respuesta, se sentó en la manta.

—¿Qué estás haciendo. .? —empezó Jodie, pero los niños la interrumpieron.

—¡Hola! —exclamó Kyle—. ¿Conoces a nuestra tía Jodie? Algunas noches dormimos en su casa y es. .

—¡Calla! —ordenó Lynette. Jodie la miró agradecida. Kyle no destacaba por su tacto o diplomacia.

—Dean, te presento a mi hermana, Lynette, y a sus hijos —miró a los niños—. Kent y Kyle —después miró a la bebé que tenía en brazos—. Ella es Emily.

—Hola —Chuck se unió a ellos—. Chuck Patterson —dijo, ofreciéndole la mano.

—Dean Logan —contestó él, chocando su mano.

—Ah —murmuró Chuck.

—No sé qué rumores os habrá contado Jodie, pero no es verdad que coma niños pequeños para desayunar.

—¡Aaaj, que asco! —rió Kent.

—¿Por qué no me dejáis descansar un rato, chicos? —Chuck se sentó—. Id a jugar a la pelota solos.

Los niños se fueron y miró a Lynette incrédulo.

—¿Has visto eso? Me han hecho caso. Y sin discutir —miró a

Jodie—. Vaya, si alguna vez decides convertirte en niñera, pídeme referencias, eres fantástica.

—Como habrás imaginado, Chuck es mi cuñado.

—¿Quieres beber algo? —Chuck se inclinó hacia la nevera portátil—. Tenemos cola, limonada y agua.

—Agua me parece fantástico —contestó Dean. Chuck sacó dos botellas de agua. Le dio una a Dean y se pasó la otra por la frente, para refrescarse. Jodie se aclaró la garganta.

—Qué coincidencia que estés en el mismo parque que nosotros —apuntó.

—Sí, ¿verdad? —Dean sonrió y se volvió hacia Chuck para preguntarle sobre su trabajo como policía, sin darle oportunidad de insistir.

Un rato después, cuando estaban recogiendo todo para irse a casa, Lynette tuvo una súbita idea.

—Dean, ¿por qué no vienes a cenar con nosotros? Parece que Chuck y tú tenéis mucho de qué hablar.

—Oh, estoy segura de que está. . —saltó Jodie.

—Suena fantástico, Lynette. Gracias —interrumpió él.

—.. demasiado ocupado —concluyó Jodie.

—No esperes nada especial. Seguramente comeremos sobras.

—Mi comida favorita.

Chuck y Lynette se echaron a reír. Jodie miró hacia otro lado para serenarse.

—Bueno, chicos, creo que yo me iré a casa. Tengo una docena de cosas que hacer y. .

—Tonterías —Lynette le lanzó su famosa mirada de hermana mayor—. Nos encontraremos en casa.

Jodie los observó ir hacia el coche en silencio.

—Si no quieres que vaya, puedo dar alguna excusa —sugirió Dean con voz queda.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Qué hay de malo en que conozca a tu familia?

—Nada en absoluto. ¿Por qué quieres hacerlo?

—Porque te he echado de menos. Creía que éramos amigos. Hemos trabajado juntos varios años. Ahora me siento como si fuera un leproso para ti.

—Se llama instinto de supervivencia, Dean —inspiró con fuerza

—. Creí que habíamos llegado a un entendimiento. No quiero resultar herida.

—Yo nunca te haría daño.

—Intencionalmente no, eso lo sé.

—Hagamos un trato. Veámonos como amigos los próximos tres meses. Amistad platónica. Me gustaría pasar tiempo contigo, nada más.

—Amigos. ¿Crees que podemos serlo?

—Yo puedo, si puedes tú —sonrió él. Jodie suspiró y le ofreció la mano.

—Bueno, amigo, será mejor que vayamos a cenar antes de que Lynette envíe a Chuck a buscarnos. Es capaz de dar un aviso de búsqueda y captura si tardamos.

Capítulo 15

—Alégrate, hermana, ¿quieres? ¡Nunca te he visto tan callada!

—¡Pensé que agradecerías que dejara descansar a tus oídos un rato! —Jodie agarró un cuenco de ensalada y una bandeja de espinacas y fue hacia el comedor.

Lynette la siguió con un bol de salsa que había descongelado y una cesta de pan con mantequilla de ajo.

Se oía a Dean y Chuck charla en el salón como si fueran amigos de toda la vida. Las hermanas miraron la mesa para comprobar que todo estaba listo.

—Has estado guardando secretitos, ¿verdad, hermana? —dijo Lynette, echándole una ojeada a Jodie.

—¿Qué quieres decir? —el corazón le dio un vuelco.

—Ese hombre es más que un jefe para ti. Su forma de mirarte lo delata.

—Oh, por favor. Nos conocemos desde hace años. Nos llevábamos bien cuando trabajé para él. Ahora apenas lo veo.

—Como tú digas, querida —contestó Lynette. Fue a la sala—. Siento interrumpir, chicos, pero la cena está servida.

—¡Lynette! —rezongó Jodie a su espalda.

—Te lo repito, alégrate —dijo Lynette.

Cinco minutos después, Dean había encandilado a la familia Patterson. Su comportamiento ponía en entredicho cuanto les había contado de él. Estaba quedando como una mentirosa. Genial.

—Jodie, ¿por qué no vamos al cine mañana, y después a cenar? —Dean interrumpió sus pensamientos.

—Es su novia, ¿verdad, señor Logan? —borbotó Kent, antes de que ella pudiera contestar.

Eso fue el fin. Jodie no veía otra salida que esconderse bajo la mesa y que todos la olvidaran.

—Verás, Kent, somos amigos, buenos amigos —contestó Dean, ganando puntos al recordar su nombre.

—¿Vas a casarte con ella? —intervino Kyle.

—Es de mala educación hacer preguntas personales, chicos —dijo Chuck con severidad. Jodie se había puesto roja como la grana —. Ahora, terminad de cenar.

Jodie miró a Dean y él le guiñó un ojo; ella movió la cabeza con impotencia. Por suerte, Chuck inició una conversación inocua que duró el resto de la comida.

Después de cenar, Jodie ayudó a Lynette a recoger y a llenar el lavavajillas. Estaba secando la encimera cuando se oyó el llanto de Emily. Lynette miró el reloj.

—Justo a su hora. Iré a darle de comer.

—Y yo tengo que irme a casa. Gracias por la cena. Dos noches seguidas es un poco excesivo.

—No te preocupes por eso. Sabes que siempre eres bienvenida —Lynette subió las escaleras y Jodie regresó al salón.

—Me voy a casa. Gracias por todo —le dijo a Chuck.

—Yo también tengo que irme —Dean se puso en pie y se dirigió a Chuck—. Me ha encantado conocerte. Tendremos que encontrar el momento para ir a un partido de los Cubs.

—Me parece un buen plan —Chuck se levantó y dio un abrazo a Jodie—. Cuídate, cariño.

Jodie y Dean salieron y fueron hacia donde habían aparcado sus coches.

—No has contestado a mi pregunta —dijo él, poniendo la mano en su nuca.

—Gracias por invitarme. Sí, me gustaría ir al cine contigo —tragó aire. Acababa de lanzarse en picado.

—¿Has visto qué fácil? —se acercó más y la besó, sin dejar de acariciar su nuca y hombros. Como siempre, el beso se convirtió en mucho más y cuando se separaron el corazón de Jodie latía con tanta fuerza que temió que le diera un infarto.

—Eso ha sido más que un beso amistoso —consiguió decir, recuperando el aliento.

—¿Qué puedo decir? —encogió los hombros—. En el amor y en la guerra, todo vale.

—¿Y de cuál estamos hablando aquí?

—Eso tendrás que descubrirlo tú sola —contestó él. Le dio un breve abrazo y fue hacia su coche.

Ya en casa, Jodie se enfrentó a sus miedos. Por supuesto, él no había dicho que estuviera enamorado de ella. Había sido muy claro sobre lo que quería: amistad. No tenía razones para rechazar una amistad. Sólo sufriría si esperaba un compromiso de Dean, que

nunca obtendría. Una de las razones por las que ponía fin a sus relaciones era que las mujeres querían casarse con él. Lo sabía porque varias se lo habían comentado, esperando que les echara una mano.

Lynette tenía razón. Tenía que alegrarse y disfrutar. No sería el fin del mundo cuando él pasara a otra mujer. No permitiría que lo fuese.

Tardó una hora en elegir la ropa para al día siguiente.

Ya en casa, Dean se preguntó por qué había mencionado el amor y la guerra. Ver a Jodie no era ni una cosa ni otra. La echaba de menos, nada más. Siempre había disfrutado con su compañía. ¿Qué tenía eso de malo?

Miró el montón de papeles que se había llevado a casa. Los revisaría por la mañana, antes de ir a recoger a Jodie. Nunca había dejado que su vida social interfiriese con su trabajo, pero lo que no acabase lo haría el lunes, en la oficina.

Había disfrutado viéndola de nuevo y conociendo a su familia. Chuck y él habían encajado muy bien.

Se acostó y pensó en Jodie hasta que se durmió.

—Hacía mucho que no me reía tanto —dijo Jodie, cuando salían del cine—. Me duelen los costados.

—Te entiendo —contestó él sonriente—. Me alegra que disfrutaras.

Jodie había disfrutado mucho, y no sólo de la película. La habían visto con los dedos entrelazados, como un par de adolescentes. Dean se había reído a carcajadas más de una vez, y eso le había gustado. Tal vez sí que ejerciera una buena influencia en él, no se lo imaginaba yendo al cine solo.

Fueron a cenar a un restaurante griego.

—¿Va todo bien con la señora Rudin? —preguntó Jodie, mientras comían la ensalada.

—Es muy eficiente. Pero no me había dado cuenta de la frecuencia con la que tú y yo comentábamos el trabajo. Eras mi tabla de resonancia para la mayoría de mis decisiones.

No me di cuenta hasta que te fuiste.

—Sabes que puedes contar conmigo, si me necesitas.

—Gracias. Tengo una petición que hacerte. . más bien una súplica —hizo una mueca—.

Debo asistir a una cena y un baile el sábado por la noche. Me la saltaría, porque ya he hecho mi donativo, pero soy uno de los oradores. Es para recaudar fondos para afectados de Alzheimer —hizo una pausa—. A mi madre le diagnosticaron la enfermedad hace tiempo, y quieren que dé un discurso. Odiaría ir solo, y no estoy saliendo con nadie.

—Claro que iré contigo, Dean. Me gustaría oírte hablar.

—No, te gustará, créeme. La persona que iba a hacerlo tuvo que cancelar en el último momento, así que me pidieron que lo sustituyese.

Dean no estaba saliendo con nadie. A Jodie le pareció extraño. El no solía tardar en buscar a otra persona cuando acababa una relación. Sin embargo, ellos no habían llegado a tener una, excepto de trabajo. . y la visita a Hawai. Aparte de eso, no había vuelto a saber nada de él. Era un hombre viril a quien nunca le faltaba una mujer en la cama.

Como no era asunto suyo, decidió no comentarlo.

Charlaron de varios asuntos de trabajo mientras cenaban, de forma rutinaria. Jodie se sintió cómoda con Dean por primera vez desde el viaje a Hawai. . al menos hasta que llegaron al portal de su casa.

—Gracias por esta velada —le dijo con voz tensa.

—¿No vas a invitarme a entrar? —enarcó una ceja.

—No.

—¿Ni aunque suplique?

—Dean —soltó una risita—, si te invito a entrar, ambos sabemos que acabaremos juntos en la cama.

—¿Y qué?

—Eso es demasiado amistoso para mí, me temo.

—Vale.

—¿Vale? —lo miró intrigada.

—Tienes razón —encogió los hombros—. Nuestra relación es estrictamente platónica, lo juro —alzó la mano derecha—. ¿Puedo darte un beso de buenas noches?

—De acuerdo —aceptó ella, tras mirar el vestíbulo desierto, pero aun así, público.

Él se tomó su tiempo. Empezó mordisqueando el lóbulo de su oreja y después plantó una serie de besitos en su mandíbula. Tal y

como había temido, Jodie notó que empezaba a perder el control. Colocó las manos en su cuello y cuando él, por fin, buscó su boca, lo esperaba anhelante.

El beso siguió y siguió hasta que el sonido del ascensor devolvió a Jodie a la realidad.

Se soltó, sin aliento. Su cuerpo temblaba de pasión y él lo sabía de sobra.

Dean esbozó una sonrisa lenta e íntima. Una pareja salió del ascensor y giró en la otra dirección, sin verlos.

—Buenas noches. Que tengas sueños felices —Dean la acompañó al ascensor, espero a que subiera y se fue.

Jodie entró en casa, fue al dormitorio con rodillas temblorosas y se desplomó sobre la cama.

No sabía a quién había pretendido engañar. Viera o no a Dean, sus emociones estaban hechas un lío con respecto a él.

Desde luego, quería volver a experimentar lo que habían compartido en ese hotel de Honolulu. Hacía surgir en ella una pasión que había desconocido. Pero Dean estaba utilizando eso para recordarle lo que podría disfrutar si tenían relaciones íntimas.

Pero no se dejaría vencer por sus instintos más básicos. No lo haría.

Yeso implicaba otra noche en vela.

Capítulo 16

El sábado por la noche, Jodie abrió la puerta a un Dean Logan deslumbrante con un esmoquin hecho a medida. Su espalda parecía más ancha que nunca; se le hizo un nudo en la garganta.

—Entra —dijo, ronca. Tuvo que carraspear.

—Llego pronto, lo siento —dijo él.

—No te disculpes —recogió su bolso e intentó no fijarse en cómo la miraba. Había encontrado un vestido negro perfecto. Era de un estilo aparentemente sencillo y sabía que le quedaba muy bien.

La mirada de Dean dejó muy claro que lo aprobaba y que la deseaba. Iba a ser una amistad muy curiosa. No sabía por qué se estaba engañando, debía de tener una vena masoquista para seguir.

Se puso una estola de encaje sobre los hombros. Bajaron en silencio en el ascensor.

—¿Sobrepasaría el límite de la amistad si te digo que estás despampanante con ese vestido?

—Gracias —ella sonrió tímidamente—. ¿Has pensado ya lo que vas a decir esta noche?

—Supongo. Nunca suelo decir lo que llevo escrito. Sólo sé que será breve.

Cuando llegaron al centro de conferencias, el aparcacoches se hizo cargo del vehículo. En la entrada del hotel, varias personas saludaron a Dean, mirándola a ella de reojo. Se la presentó a quienes se detuvieron. Casi habían llegado al salón de baile cuando Jodie oyó una voz familiar a su espalda.

—¡Dean! Me pareció que eras tú. No esperaba verte en un evento como este.

—Hola, Rachel —Dean miró a su acompañante—. Me alegra verte, Bailey —dijo, dándole la mano.

—No vas a presentarnos a tu. . —empezó a decir Rachel con voz brillante.

En ese momento, Jodie se volvió hacia ellos.

—¿Jodie? ¿Eres tú? Pareces. . es decir, me alegra verte otra vez —les dirigió una mirada que no requería más comentario. Se dirigió a Dean—. Me sorprende verte con tu secretaria —la implicación de que había recurrido a una empleada para asistir a la fiesta fue

obvia.

—Ya no trabaja para mí —corrigió Dean, con expresión divertida—. Ahora trabaja en Ingeniería.

Jodie se miró los pies. Rachel debía de estar haciendo cabalas sobre cómo había obtenido el ascenso. Cuadró los hombros y miró a Rachel a la cara.

—Es cierto. Por fin me he licenciado. Dean me dijo hace años que cuando lo consiguiera me trasladaría a otro departamento.

—Apuesto a que te sientes perdido sin ella. . como secretaria —comentó Rachel.

—He conseguido sobrevivir —repuso él, irónico.

—¿Recuerdas el número de nuestra mesa? —preguntó Rachel a Bailey cuando entraron en la salón de baile. Se alejaron de Dean y de Jodie.

—Rachel tiene muy buen aspecto, ¿no crees? —Jodie miró a Dean.

—Supongo que sí. No me he fijado —fue hacia la zona delantera de la sala—. Estamos en la mesa uno.

Jodie vio que la mesa estaba llena, excepto los dos asientos reservados para ellos.

Reconoció a un par de hombres porque había visto su foto en el periódico.

La crema y nata de la sociedad de Chicago estaba allí. Dean no le había dicho que sería un evento tan concurrido. Se preguntó si le pondría nervioso hablar ante tanta gente.

Dean presentó a Jodie a los comensales. Todos fueron muy amables y ella empezó a relajarse, hasta que una de las mujeres empezó a preguntarle por su árbol genealógico.

Odiaba sentirse inadecuada en situaciones como ésa. Pensó en decirle a la mujer que su madre era camarera en Fénix, sólo por ver su reacción.

Sintió un gran alivio cuando los camareros empezaron a servir la ensalada y la conversación adquirió un tono más general. La sorprendió que la comida fuera deliciosa, debía de haber costado una barbaridad.

Después de la cena, el anfitrión del evento dio las gracias a todos por su asistencia y presentó a Dean.

Él se dirigió al estrado. Minutos después de que empezara a

hablar, tenía a todos hechizados. Habló de su experiencia personal y de lo doloroso que era ver a una persona querida perder la noción de la realidad.

Como había prometido, el discurso fue breve y directo. Cuando acabó, recibió una gran ovación. Jodie aplaudió con los demás, con lágrimas en los ojos. Nunca se había sentido tan orgullosa de él.

El anfitrión le dio las gracias y pidió a todo el mundo que disfrutara de la música y el baile. La pista se llenó de parejas a la primera canción.

—¿Bailamos? —preguntó Dean. Jodie asintió y salieron a la pista.

—Me impresionó tu discurso. Que hablaras con tanta calma de una situación tan personal y dolorosa nos emocionó a todos —dijo ella, ya bailando.

—Pensé que era la mejor manera de explicar por qué hace falta más dinero para investigación.

—Eres un hombre con muchos talentos, señor Logan.

Él la atrajo hacia sí y ella apoyó la cabeza en su pecho. Descubrió que tenía el corazón acelerado y lo miró.

—Disculpa. Reacciono así cuando estoy contigo.

Sólo entonces se dio cuenta ella de que estaba excitado y duro. Se sonrojó.

—¿Preferirías no bailar? —preguntó él.

—Oh, Dean, me lo estás poniendo muy difíciles.

—Y tú a mí.

—No es que quiera hacerme la difícil..

—Lo sé. No es culpa tuya que no pueda evitar reaccionar físicamente —siguió bailando, pero la alejó de su cuerpo unos centímetros—. Esta amistad no funciona.

Ella movió la cabeza, incapaz de hablar. En ese momento supo lo que debía hacer.

—De acuerdo entonces.

—De acuerdo, ¿qué?

—Dormiré contigo esta noche.

Él se quedó inmóvil, haciendo que otra pareja chocase contra ellos.

—Perdón —musitó, rodeando la cintura de Jodie con un brazo —. Por favor, dime que es en serio.

—Es en serio —asintió ella.

—Tenemos que irnos —tomó su mano y salió de la pista antes de que acabase la canción.

En silencio, esperaron a que el aparcacoches llevara el vehículo. Jodie temblaba de deseo, un deseo que había intentado ignorar durante semanas, mientras conducían hacia su casa.

Apenas había cerrado la puerta cuando Dean la alzó en brazos, colocó sus piernas alrededor de su cintura, la apoyó en la puerta, se bajó la cremallera y la penetró, al tiempo que desgarraba sus braguitas.

Se dejaron llevar por el ardor y la pasión, llegando al clímax en pocos minutos.

Después, Dean la abrazó y la llevó al dormitorio, andando con los pantalones enredados en los tobillos. La dejó en la cama.

Después se desnudó y la desnudó también a ella. Aún sin hablar, se tumbó a su lado y le hizo el amolde forma lenta y sensual. Fue como en Hawai. Jodie supo que nunca olvidaría esa noche.

Él se marchó al amanecer.

El lunes, Jodie presentó su renuncia a Frank. Por la tarde ya estaba en la carretera, rumbo al sur.

Capítulo 17

El domingo, Dean llamó a casa de Jodie varias veces sin obtener respuesta. Supuso que había ido a casa de su hermana y luchó contra la tentación de llamarla allí sólo para oír su voz.

Le debía una disculpa por su comportamiento cavernícola el sábado por la noche. El problema era que no podía prometerle que no volvería a hacerlo la siguiente vez que estuvieran solos.

Debía de sufrir algún tipo de hechizo, porque ella ocupaba su mente todo el tiempo.

Incluso en reuniones con clientes, se descubría pensando en ella.

Nunca se había comportado así antes, y no le gustaba. El problema era que no sabía qué hacer al respecto.

El lunes tuvo muchas reuniones, la mayoría fuera de la oficina, y no regresó hasta después de las cuatro. Decidió ir a preguntarle a Jodie si quería cenar con él esa noche.

No había nada malo en eso. Se aseguraría de que no estuvieran solos, ni en la cena ni cuando la llevara a casa. Le demostraría que podía contenerse estando con ella, pero no si estaban a solas.

De hecho, la llevaría de vuelta a la oficina a recoger su coche. Complacido con su plan, Dean fue al departamento en el que trabajaba. Al no verla, pasó por el despacho de Frank.

—¿Cómo fue la reunión con Flynn? —preguntó Frank al verlo.

—Le gustó la presentación que hiciste la semana pasada y firmará el contrato.

—Me alegra oírlo.

—Estaba buscando a Jodie. ¿Se ha ido pronto a casa?

—¿No te lo ha dicho? —inquirió Frank con el ceño fruncido.

—¿Decirme qué?

—Presentó su renuncia esta mañana, utilizó los días que tenía de vacaciones como preaviso y se marchó.

Dean se dejó caer en la silla más cercana. Se sentía como si Frank le hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Suponía que lo sabías —comentó Frank.

—No. No tenía ni idea —hizo una pausa—. ¿Ha dicho por qué? Creía que estaba contenta aquí. ¿Mencionó otro empleo?

—La verdad es que no dijo mucho, simplemente vació su

escritorio. Lamento que se haya ido. Es buena. Aguda. Creativa. En el tiempo que ha estado conmigo, su trabajo me ha impresionado. Es una de las personas que colaboró en la presentación que le hice a Flynn.

Dean asintió, aunque no había oído a Frank. Su mente bullía con preguntas. ¿Por qué se había ido de pronto? ¿Y sin decírselo? ¿Qué diablos ocurría?

—¿Estás bien? —preguntó Frank, tras un largo silencio.

—Perfectamente. La noticia me ha sorprendido, nada más —se puso en pie—.

Hablaremos después.

Dean no fue a su despacho a revisar los mensajes y el correo electrónico. Fue directo al aparcamiento, subió al coche y condujo a casa de Jodie.

Llamó varias veces sin obtener respuesta.

Su siguiente parada fue la casa de los Patterson. La puerta se abrió de par en par en cuanto llamó. Era Kent.

—Hola —saludó el niño con una sonrisa.

—Hola, Kent. ¿Está tu mamá en casa?

—Ajá —se dio la vuelta y gritó—. Mamá, es el novio de la tía Jodie.

—Dile que entre y se siente. Iré enseguida.

Dean entró. Parecía que un tornado acababa de pasar por el salón, a juzgar por los juguetes, zapatos y abrigos que había tirados por todos sitios.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Kent con educación.

—No, gracias.

—Oh —Kent se sentó frente a Dean con aire perdido.

—No dejes que interrumpa lo que estuvieras haciendo —sugirió Dean, con voz también educada.

—Vale —Kent sonrió y se tiró al suelo donde había estado jugando con unos coches de carreras sobre una pista que rodeaba el sofá.

Lynette llegó apresurada unos minutos después.

—Siento haberte hecho esperar. Acabo de recoger a los niños del colegio y tenía que dar de comer a Emily.

—No te preocupes.

—Te pediría disculpas por el desorden, pero sería una pérdida

de tiempo —Lynette empezó a recoger zapatos y abrigos—. Está así la mayoría de las veces.

—No te entretendré. He pasado a preguntar si habías hablado con Jodie estos dos últimos días.

Lynette se irguió y lo miró, obviamente intrigada. Se sentó en una silla.

—Estuvo aquí el viernes por la noche.

—¿Hablaste con ella hoy, o ayer?

—No. ¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó ella, con voz de alarma.

—Es lo que intento descubrir. Dejó el trabajo hoy, utilizó los días de vacaciones como preaviso y se fue.

—Santo cielo. No tenía ni idea de que pensase hacer algo así —Lynette se llevó la mano al cuello.

—Yo tampoco. Salimos el sábado por la noche y parecía estar bien cuando la dejé.

Pensé que quizá supieras por qué se despidió y dónde estás.

—Lo siento, pero no. ¿Has probado en su piso?

—Sí. Y he dejado varios mensajes en su contestador.

—Llamaré a Chuck para que vaya a echar un vistazo al piso. Espero que no le haya ocurrido nada.

Levantó el auricular e hizo la llamada. Le contó a Chuck lo que sabía del tema.

Después colgó.

—Irá a su casa. ¿Quieres esperar aquí hasta que llame?

—No será necesario. Pero agradecería que me telefonearas cuando sepas algo —se puso en pie, le dio el número de su móvil y se marchó.

Su móvil sonó cuando aparcaba el coche.

—Hola, Dean, soy Lynette. Las cosas se ponen más y más curiosas. Chuck dice que el piso está bien, pero falta la mayoría de su ropa y cosas personales.

—Gracias por avisarme —murmuró él, anonadado.

—De nada. Estoy segura de que pronto sabremos de ella. No le gusta preocupar a nadie, por eso esto me sorprende tanto. Jodie no suele ser así. En fin, le diré que llame cuando hable con ella.

—Gracias.

Guardó el teléfono y fue hacia el ascensor.

Se preguntó si la desaparición se debía a algo que había dicho o hecho el sábado por la noche, o si no tenía nada que ver con él.

Era imposible saberlo.

El viernes por la mañana sonó el teléfono de Lynette. Contestó y era Jodie.

—Hola, hermanita. Llamo para decirte que no iré a cenar esta noche.

—Joanna Louise Cameron, ¿dónde diablos estás? Llevó nerviosa desde el lunes, cuando Dean me dijo que habías dejado tu empleo.

—¿Dean te lo dijo?

—Sí. Como no consiguió encontrarte en casa, vino aquí a preguntar si yo sabía algo.

Chuck fue a tu piso a ver si te había ocurrido algo. ¿Por qué no nos dijiste adonde ibas?

—Porque no estaba segura de adonde quería ir cuando me marché de Chicago.

—¿Dónde estás?

—Llegué a casa de mamá ayer por la noche. Pienso quedarme un tiempo, y posiblemente busque trabajo.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué tiene de malo el empleo que tenías aquí? Te encantaba. Disfrutabas con él.

Lynette oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo de oírla. Los niños están en el colegio y Emily durmiendo. Cuéntamelo.

Jodie no estaba preparada para hablar de Dean, pero le debía una explicación a Lynette.

—Tenía que alejarme de Dean —admitió. Siguió un largo silencio.

—¿Qué te hizo? —preguntó Lynette con voz horrorizada—. Debe de haber sido serio para que huyeras así. ¿Llamaste a la policía?

—No es nada de eso, Lynette. Hice algo muy estúpido, tanto que me avergüenza admitirlo. Me enamoré de mi jefe.

—¿Y qué? Él también parece muy enamorado de ti.

—En realidad no. Quería que saliéramos juntos y acepté. De veras pensé que podía controlar mi respuesta ante él, pero no puedo. Cuando está cerca, no tiene más que mirarme para hacerme

llamear.

—Oh, cariño. Eso no tiene nada de malo. ¿Es eso lo que ha asustado?

—En parte. Dean, y él es el primero en admitirlo, no está interesado en comprometerse a largo plazo. Y eso es lo que yo quiero. He tenido cuidado de no decirle lo que siento, pero ahora va adivinar que estoy loca por él. En cuanto una mujer le dice que lo ama, se aleja de ella como un cohete.

»Decidí que sería mejor marcharme antes de pasar por eso. He intentado romper con él, pero siempre acabo volviendo a verlo. No tengo fuerza de voluntad en lo que a Dean se refiere. Ninguna. Pensé que sería mejor irme a donde no corriera el riesgo de verlo. Y

dimití.

—Tal vez contigo sea distinto. Quizá quiera. .

—No. Es nuestro ego el que nos lleva a pensar que una persona cambia si la queremos suficiente. Es nuestra fantasía, pero lo cierto es que Dean sabe lo que quiere y no tiene razones para cambiar.

—Puede, pero estaba muy preocupado por ti. Le dije que lo llamarías. Supongo que eso no va a ocurrir.

—Admito que no esperaba que se pusiera en contacto contigo —Jodie se frotó la frente, donde apuntaba un dolor de cabeza—. Si vuelves a saber de él, cosa que dudo, dile lo que quieras, excepto que estoy enamorada de él. Quiero que ese sea nuestro secreto, Lynette.

—No tengo secretos con Chuck.

—De acuerdo. Díselo a Chuck. A nadie más.

—Bueno, cariño. Supongo que sabes lo que haces. No soporto la idea de que vivas tan lejos. ¿Cómo se lo ha tomado mamá?

—No se lo he contado. Tenía que irse temprano a trabajar. Volverá sobre las dos.

—Tal vez la convenzas para que deje de trabajar. Todos contribuimos para mantenerla, no lo necesita.

—Lo sabe, pero dice que echaría de menos a sus clientes habituales. Ya conoces a mamá. Adora a la gente. Allí está en su elemento.

—Intenta descansar. El viaje desde aquí es muy largo.

—Y que lo digas. Me vuelvo a la cama. Hablaré contigo más tarde.

Lynette colgó y llamó de inmediato a Chuck.

—Así que ha huido —resumió Chuck.

—Sí.

—Es una pena.

—Le prometí que no le contaría a nadie lo que siente por Dean.

—De acuerdo.

—Sin embargo. . tú no prometiste nada. Si quisieras que Dean se enterase. .

—Me niego a hacer de casamentero. No quiero que los dos me maldigan. Cielo, deja que viva su vida.

—¿Aunque sufra?

—Sí.

—Ay, Chuck, ¡por qué tienes que ser hombre!

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo ser hombre?

—No entendéis a las mujeres.

—Es muy posible. Sobre todo ahora. No tengo ni idea de por qué estás molesta.

—Estoy molesta porque tienes la oportunidad de unir a dos personas que se aman. Eso no es hacer de casamentero. Es obvio que se quieren. Al menos, dale a Dean la información, ¿de acuerdo? Después, lo que haga depende de él.

—Lo pensaré —aceptó Chuck, tras un breve silencio.

—Hazlo y te estaré eternamente agradecida, y expresaré mi gratitud de formas muy creativas. .

Capítulo 18

—Tiene al señor Chuck Patterson en la línea dos —le anunció Candace a Dean unos días después—. ¿Quiere que le pida su número para que le devuelva la llamada?

—¡Chuck! —Dean agarró el teléfono sin contestar—. Me alegra que llames. Espera un minuto, ¿quieres? —alzó la voz un poco—. Candace, por favor, cierra la puerta y retén mis llamadas.

—¿Has sabido algo de ella? —preguntó. Hubo una pausa y se oyó la risa de Chuck.

—Estás perdido, amigo. He llamado para ver si querías ir al partido de los Cubs mañana por la tarde. Invito yo.

—Ah. Deja que compruebe la agenda —miró su calendario. Tenía reuniones por la mañana, pero la tarde libre—. Suena bien. ¿Dónde nos encontramos?

—Te recogeré delante de tu edificio —contestó Chuck.

—De acuerdo. ¿Está bien ella?

—Está bien, Dean. Visitando a su madre. Podremos hablar más mañana.

—Hasta entonces —Dean colgó.

Jodie estaba en Fénix. Sin más, dejaba el trabajo, lo abandonaba sin decir una palabra y se iba con su madre.

Parecía mentira.

* * *

Dean y Chuck llegaron al partido temprano. Habían hablado de todo mientras iban al estadio. . de todo menos de la súbita partida de Jodie.

En cualquier otro momento Dean habría disfrutado de la compañía de Chuck pero, sabiendo que le ocultaba información sobre Jodie, tenía ganas de estrangularlo.

—¿Qué es lo que hay entre Jodie y tú? —preguntó Chuck, sacando por fin el tema.

—Hum, bueno, nos conocemos desde hace tiempo. Fue mi secretaria varios años.

—Eso lo sé y no es de lo que hablo. La mayoría de los hombres no reaccionan a la marcha de su secretaria como has reaccionado

tú.

Dean asintió. Chuck no iba a aceptar frases vagas. Si quería enterarse de lo que le ocurría a Jodie, tendría que abrirle su corazón. Como era un hombre muy reservado la idea le resultaba dolorosa. . casi tanto como perder a Jodie para siempre.

—Por fin he aceptado que estoy enamorado de ella, que seguramente llevo años enamorado y he sido demasiado tonto para darme cuenta. He hecho cosas muy estúpidas en mi vida, pero dejar que se me escapara así es el mayor error que he cometido.

La frase quedó colgando en el aire y pareció expandirse con la brisa. Lo había dicho.

Era una pena haberse dado cuenta de que la amaba demasiado tarde.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Chuck sonriendo.

—Sí.

—Entonces que haya sido así habrá sido duro.

—Y que lo digas.

—¿Qué contestó cuando se lo dijiste?

—¿Qué? ¿Que la quiero?

—Creo que de eso hablamos. Sí.

—No se lo he dicho —farfulló Dean.

—Perdona, no te he oído.

—No se lo he dicho, imbécil que soy, porque no me di cuenta hasta hace poco.

—Entiendo.

—¿Cómo está? ¿Has hablado con ella? ¿Sabes cuándo piensa volver?

—No he hablado con ella, pero según Lynette está bien. Puede que busque un trabajo en Fénix.

—¡No! Bromeas, ¿verdad?

—No. Eso me ha dicho Lynette.

Se oyó un rugido en el estadio. Chuck y Dean no estaban prestando atención al partido. Los Cubs acababan de marcar.

—Tal vez no quieras escuchar ningún consejo mío —intervino Chuck—, pero te sugiero que vayas a Arizona y le digas lo que sientes. Estoy seguro de que la noticia tendrá más impacto si se la das en persona.

—Podría hacer eso, sí.

—Muy bien. Ahora, ¿podemos ver el partido?

Jodie llevaba dos semanas en casa de su madre y empezaba a inquietarse. Echaba de menos el trabajo.

Había concertado un par de entrevistas para la semana siguiente, pero entretanto no tenía mucho que hacer. La casa estaba resplandeciente y en el jardín de su madre no quedaba una sola mala hierba.

Esa mañana decidió disfrutar del frescor de primera hora de la mañana. Le encantaba el jardín trasero de su madre. Era muy privado, rodeado por un muro de un metro ochenta cubierto con todo tipo plantas de flores brillantes, que le recordaban un poco a Hawai.

Jodie se puso un bikini, se tumbó en una hamaca y se quitó la parte de arriba. Se tapó los pechos con una toallita, dejando los hombros desnudos. Después siguió con el libro que había empezado a leer la noche anterior.

El sonido del timbre la despertó. Se había quedado dormida. Pensó en levantarse a abrir, pero estaba demasiado relajada. Debía ser algún vendedor. Decidió ignorar la puerta y cerrar los ojos de nuevo. Dormía mal por las noches y tenía ojeras.

—Ah, ahí estás.

La reacción involuntaria de Jodie al oír esa voz tan familiar fue dar un grito e incorporarse de golpe.

—Perdona. No pretendía asustarte —dijo Dean—. Como nadie contestaba, decidí echar un vistazo —miró a su alrededor—. El jardín es precioso, por cierto.

—¿Qué haces aquí? —sin esperar respuesta, se envolvió en una gran toalla.

—¿Te importa que me siente?

Ella lo miró como si fuera una aparición. Finalmente, asintió con la cabeza. Dean se sentó y la miró de arriba abajo, desde la cola de caballo a las uñas de los pies, recién pintadas.

—Pareces muy descansada —comentó. Ella sabía que era mentira. Dean llevaba una camisa polo que se ajustaba a su pecho y pantalones ajustados.

—Si me perdonas, iré a por algo de beber —sin darle tiempo a contestar, entró en la casa y corrió a su habitación a vestirse.

Dean Logan estaba en Fénix. Eso no podía estar ocurriendo. Iba

a tener que buscar una isla desierta para asegurarse de que no lo vería más.

Fue a la cocina, sacó una jarra de limonada de la nevera y la colocó en una bandeja, junto con dos vasos llenos de hielo.

Dean la observó regresar con rostro inexpresivo. Ella colocó la bandeja en la mesa, llenó dos vasos y tomó un sorbo de limonada porque tenía la boca seca.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Disfrutar del sol —contestó él, recostándose en la silla.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—¿Acaso era un secreto?

Ella encogió los hombros. Lynette debía de habérselo dicho. Jodie no se lo había prohibido porque no esperaba que Dean fuera a buscarla.

—Decidí que trabajo demasiado —explicó él cuando ella no contestó—. Trabajo muchas horas y mi jefe es un negrero. Decidí seguir tu ejemplo. Dejé mi trabajo y vine a Arizona.

—¿Qué quieres decir con «dejé mi trabajo»? Eso es imposible.

—De hecho, no, porque lo hice. Otros pueden dirigir la empresa tan bien como yo. Los he adiestrado bien.

—Te costó pasar una semana lejos de la oficina la primera vez que estuvimos en Hawai. Tenías que llamar varias veces al día para no volverte loco.

—Ahora que me he dado cuenta de que soy un adicto al trabajo, he decidido cambiar mi forma de vida.

—¿Y has venido a Fénix? No es la mejor época del año, a no ser que quieras una insolación. Por eso nunca estoy fuera después de las diez de la mañana.

Jodie se dio cuenta de que parloteaba naderías. Lo último que había esperado era verlo allí. Él bebía limonada, totalmente relajado.

—La verdad es que Chuck mencionó que estabas visitando a tu madre cuando fuimos juntos a un partido de los Cubs —la miró con fijeza—. Te fuiste sin decírmelo, y decidí descubrir qué había hecho para ofenderte.

—No hiciste nada, Dean.

Jodie se había ido de Chicago precisamente para explicarle por

qué no podía soportar una relación con él.

—He estado pensando en la última noche que pasamos juntos —siguió él, como si nada

—. No me diste ninguna pista de que fueras a abandonar tu empleo y la ciudad. ¿Podría preguntarte por qué?

—Fue una decisión personal. No se lo dije a nadie.

—Me anonadó enterarme de que habías dimitido. Creía que te gustaba tu nuevo puesto.

—Dean, no quiero hablar de eso.

—Lo cierto es que me siento como un tonto —siguió él—. He estado simulando que no me importaba verte o no verte, cuando en realidad quiero estar contigo todo el tiempo —

hizo una pausa y se frotó la cara—. No me estoy expresando bien. Lo que intento decir es que lo que hay entre nosotros es demasiado bueno para dejarlo escapar. Quiero compartir mi futuro contigo. Pensé que si venía a decirte que estoy locamente enamorado de ti, sólo Dios sabe desde cuándo, tal vez considerarías la posibilidad de casarte conmigo.

Eso convenció a Jodie de que estaba alucinando. Dean Logan proponiendo matrimonio.

Era para echarse a reír. . pero no le apetecía hacerlo.

—Sólo hace un par de meses me dijiste que compromiso y matrimonio no te interesaban lo más mínimo —lo miró con ira—. ¿Recuerdas? Nada de casitas en las afueras para ti. Nada de niños que te quitaran tiempo.

Se sintió orgullosa de su pequeño discurso. Era una pena que le hubieran castañeteado los dientes de los nervios mientras lo daba.

—Ése era un hombre inconsciente de que ya era demasiado tarde para decir esas bobadas.

—¿Bobadas?

Él se inclinó y tomó su mano.

—Hace un calor horrible y estás helada —se puso en pie y fue hacia la casa—. Buscaré algo para taparte.

Jodie se puso en pie de un salto y lo siguió. Él siguió por el pasillo, mirando en las habitaciones. Vio una manta de ganchillo a los pies de la cama de su madre y regresó con ella al vestíbulo. La puso sobre sus hombros y la abrazó.

—Sé que te he dado razones para creer que soy un soltero

empedernido. Mi única excusa es que me había convencido de serlo. Mis sentimientos por ti siempre estuvieron ahí, pero no me di cuenta hasta que fuimos a Hawai por primera vez. Y entonces no supe reconocerlos por lo que eran en realidad.

Ella se apartó, fue a la sala y se sentó en un sillón.

—Perdona, pero tengo problemas para asimilar todo esto —dijo, casi mareada. El sol debía de haberlo afectado. Dean se arrodilló junto al sillón.

—Quiero lo que tienen Chuck y Lynette: un hogar, tres hijos maravillosos y, sí, una casita en la que ver crecer a nuestra familia.

—Esto no puede estar ocurriendo —musitó ella, poniéndose las manos en las mejillas.

—¿Considerarás al menos la idea de casarte conmigo? No quiero ser sensiblero y decir que no sé cómo viviría sin ti, pero ya me ves. Sé que no soy un gran partido. Soy impaciente, irritable y trabajo demasiado, no sé relajarme y disfrutar de la vida. Pero tú me has enseñado que hay otro mundo ahí fuera, lejos de la oficina, y querría aprender más. . contigo de profesora.

Dean escrutaba su rostro, preguntándose si había cometido un error colosal yendo a verla. Había abandonado toda su vida en Chicago, tal vez para huir de él.

—¿Por qué te marchaste?

Ella había recuperado algo de color. Dean nunca había pensado que proponerle matrimonio a una mujer pudiera provocarle un mareo.

—Porque somos incapaces de vernos sin acabar en la cama.

—Me temo que eso es cierto. Tengo muy poco autocontrol en lo que a ti respecta —

volvió a tomar su mano—. Supongo que lo he hecho todo al revés. Como es la primera vez que me declaro, no se me da bien. La verdadera pregunta es: ¿me quieres?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Él se maldijo por idiota, lo último que deseaba era hacerla llorar.

—Sí, Dean —entrelazó los dedos con los suyos—. Te quiero, a pesar de que he intentado evitarlo.

—¿Tan malo es quererme?

—Lo fue cuando dejaste claro que no te interesaba el amor.

—Estaba equivocado. No puedo pensar en un regalo mayor que

el que tú me ames.

Las lágrimas surcaron el rostro de Jodie.

—Como ya estoy de rodillas, me gustaría pedírtelo de forma oficial —carraspeó—.

Jodie Cameron, ¿me harías el gran honor de casarte conmigo, amarme y rescatarme del horrible estado de la soltería?

—Oh, Dean —ella rió entre lágrimas y tomó su rostro entre las manos—. Si estoy soñando, por favor que nadie me despierte.

—No puedes estar soñando, porque las rodillas me están matando —se puso en pie y extendió la mano—. ¿Qué dices?

Ella contestó lanzándose a sus brazos y cubriendo su rostro de besos. Tras un beso largo y apasionado, él la alejó un segundo.

—¿Eso significa que sí?

—Sí, Dean Logan, me hará feliz casarme contigo.

—¿Y tener algunos niños?

—Si es lo que tú quieres.

—Sí, es lo que quiero. Hablando de eso. . —miró a su alrededor —. ¿Dónde está tu madre?

—Trabajando. Volverá por la tarde.

—Tengo una idea sobre cómo entretenernos mientras la esperamos.

Había pasión en sus ojos, pero Jodie vio algo más, que no había esperado ver nunca: amor y ternura. La había convencido de que la amaba. No podía pedir más.

—Tal vez podrías demostrarme lo que tienes en mente —le contestó.

Con una carcajada, él la alzó en brazos y la llevó a su dormitorio, al fondo del pasillo.

Tenía razón. Había encontrado la forma perfecta para pasar el resto de la mañana.

Epílogo

Seis meses después

—Pareces una princesa de cuento —le dijo su madre a Jodie. Acababa de colocar la diadema y el velo sobre la cabeza de Jodie, ante un enorme espejo oval.

—¿Quién habría supuesto que Dean Logan resultaría ser el príncipe? —comentó Lynette—. Si hace uno o dos años me hubieras dicho que acabarías casándote con Dean, habría creído que te

casabas con un ogro.

—¡Lynette! No seas mala —protestó su madre—. Dean es un hombre encantador. .

cortés, considerado y muy buena compañía.

Jodie y Lynette intercambiaron una mirada en el espejo. Dean se había vendido muy bien a su madre.

—Nunca he asistido a una boda tan grande —dijo su madre—. Ya sabes que George y yo nos fugamos. Y Chuck y Lynette tuvieron una ceremonia sencilla.

—Créeme, la idea de fugarnos se me ha pasado muchas veces por la cabeza estos últimos meses —dijo Jodie—. Al final, dejé la boda en manos de una agencia especializada y volví al trabajo.

—Dean dice que como ésta será su única boda, quiere celebrarla a lo grande —explicó Lynette—. Le daba igual el coste. Ha invitado a medio mundo.

Jodie cerró los ojos. No necesitaba que se lo recordaran. Ya se veía tropezando de camino al altar y rodando hasta los pies de Dean. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo. Sus tres hermanos entraron.

—Todo el mundo está sentado —dijo Dave, el mayor.

—Vaya, hermana —silbó Randy—. Estás muy guapa.

—Vamos —exclamó Rick, el impaciente—. Que empiece el espectáculo de una vez.

Las tres mujeres siguieron a los hombres. Para evitar discusiones, Kent y Kyle eran los portadores de los anillos. Eso sin embargo los hizo discutir sobre quién llevaría el de Jodie, hasta que Lynette los amenazó con no dejarlos participar en la boda.

Empezó a sonar la música y los niños emprendieron el camino al altar. Jodie parpadeó con emoción. Esos niños angelicales eran los mismos que la avergonzaban haciéndole preguntas a Dean cada vez que lo veían.

Jodie había pedido a dos compañeras de trabajo que fueran sus damas de honor.

Lynette era su dama de honor y su madre la conduciría hasta el altar.

Cuando Lynette llegó a la puerta de la iglesia, empezó a sonar la marcha nupcial y los invitados se pusieron en pie. A Jodie se le cerró la garganta. No iba a llorar, no lloraría. .

Entonces vio a Dean esperando ante al altar y las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas, mientras sonreía embobada.

Jodie apenas se centró en la ceremonia. Oía la voz profunda de Dean y contestado cuando le correspondía, pero sólo podía pensar en que por fin iba a convertirse en esposa de Dean Logan.

—Puede besar a la novia.

Las palabras del pastor la sobresaltaron. Jodie se volvió hacia Dean, que la contemplaba divertido. Se preguntó qué le hacía tanta gracia.

—Por un momento, pensé que ibas a quedarte dormida —le susurró él, antes de besarla.

La besó de verdad. No fue un besito ritual, sino intenso y apasionado. Cuando por fin alzó la cabeza, a ella le ardía la cara y los invitados reían y aplaudían.

—¡No iba a dormirme! Sólo me distraje un poco —protestó ella mientras salían de la iglesia.

—Lo imagino, el pastor tuvo que repetirte algunas preguntas un par de veces.

—Oh, no —se tapó el rostro con las manos—. Y yo que no quería avergonzarte. Al menos no tropecé con el vestido ni rodé por el suelo.

—Nunca me avergonzarías, Jodie. Eres deliciosa y el amor de mi vida.

Estaban rodeados de gente que los felicitaba. Tras saludarlos, Dean y Jodie subieron a la limusina que los llevaría al hotel donde se celebraba la recepción.

—Quiero darte un regalo antes de que lleguemos al convite —dijo Dean en el coche, ofreciéndole una caja larga y estrecha.

Un collar. Le había comprado un collar.

—Oh, Dean, muchas gracias.

—¿No vas a abrirlo?

—Estoy segura de que me encantará —dijo ella, alzando la tapa.

No era un collar. Había un sobre y una llave. Desconcertada, Jodie lo miró y él sonrió.

Abrió el sobre y encontró una nota y dos billetes de avión a Hawai.

—¡Oh, vamos a volver a Hawai!

—¿Por qué no? Allí empecé a conocerte de verdad. Esta vez nos

quedaremos el tiempo que quieras.

Ella abrió la nota y leyó:

No, no es la llave de mi corazón, porque ésa ya la tienes. Esta es la llave de tu nuevo hogar.

—¿Mi hogar? ¿Qué has hecho?

—Una conspiración. Pedí a Lynette que me ayudara a buscar una casa. Desde luego, si no te gusta puedo. .

Jodie se tiró a sus brazos y besó todo su rostro.

—Eres el hombre más prepotente que conozco —rió con deleite —. ¿Me has comprado una casa sin consultarme? —lo miró con desaprobación fingida.

—En realidad no la he comprado aún. No quería firmar el contrato sin que la vieras. La inmobiliaria me ha dado la llave; podríamos ir después de la recepción. Si te gusta, firmaremos antes de irnos de luna de miel.

—Estoy deseando ver qué has elegido.

Estaba segura de que le gustaría la casa, porque Lynette la conocía muy bien. Y le gustaría más aún porque Dean había querido sorprenderla con ese regalo.

Sabía una cosa con toda certeza: no habría un momento aburrido siendo la esposa de Dean Logan.

FIN